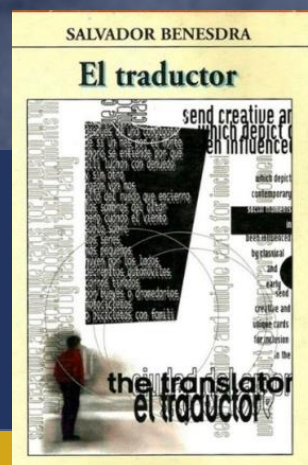




Visita
al territorio de

Salvador Benesdra



CAPÍTULO 1

Me dije que tal vez era cierto después de todo que las ideologías están muertas; me regodeé mirando por la ventana del bar cómo el sol caliente de la primavera de Buenos Aires comenzaba a fundir todas las convicciones del invierno. Sospechaba por primera vez que podía haber un placer en el vértigo de flotar en ese caldo uniforme que se había adueñado hacía tiempo de todos los espacios del planeta. El sol volcaba su fiesta de distinciones sobre todos los objetos de esa esquina, pero yo sentía que por todas partes estaba drenando una noche gris de gatos universalmente pardos, una apoteosis de la indiferenciación que por primera vez no lograba despertarme miedo.

Empecé a jugar con esas sensaciones. Me imaginaba que no solo había caído el Muro de Berlín, y podía desaparecer la URSS, y con ella la izquierda víctima y la izquierda verduga, sino que el sol mismo se había puesto a transgredir sus propias normas. Se prende y se apaga, se prende y se apaga. Ya titila como una lámpara descompuesta, como los juegos de luces de las discotecas. Los circuitos del planeta se excitan con la alternancia, se recalientan. Están por reventar en una eyaculación final.

—Perdón, ¿lo molesto?

—...

—Estamos trayendo el mensaje del Señor a todas las almas que buscan la salvación.

—...

—Si no le molesta, le aconsejaría que lea estos textos sagrados. Solo el Señor nos ayuda cuando estamos en un momento de angustia.

Solo cuando sus manos depositaron con un gesto inesperadamente femenino los folletos protestantes sobre la mesa del bar me di cuenta de que era una mujer. Tal vez una adolescente. Sus rasgos ligeramente aindiados me impedían calcular su edad y el pelo violentamente estirado hacia la cola de caballo remataba con su traje de chupacirios de provincia una imagen tantas veces vista en la marea proselitista volcada por las sectas protestantes sobre la ciudad que no reparé en su femineidad cuando entró con otros correligionarios en el bar. Ahora me miraba con el gesto severo de los predicadores. Si venía a consolar angustias, disimulaba muy bien su piedad. Tampoco tenía yo la desolación que ella estaba buscando. Pero ahora que había advertido que era una mujer, sabía que no iba a poder evitar dedicarme concienzudamente a la tarea imposible de levantármela, la misma tarea en la que fracasaba metódicamente con todas las desconocidas que cruzaban unas palabras conmigo en los lugares más sugerentes para el encuentro erótico: la calle, el colectivo, las plazas, el bar. Busqué en los folletos alguna punta para empezar a hablar. Pero no había ni rastro de textos sagrados. Solo propaganda ramplona, pequeñas frases sueltas, a lo sumo párrafos supuestamente extraídos de la Biblia, pero seguramente seleccionados por algún funcionario digno de figurar en el staff del *Reader's Digest*. Empecé a sentir la descompostura infaltable en esos casos. No podía decirle que esas frases eran soberanamente idiotas, que no revelaban nada de ninguna religión, que menos aún hacían justicia a la Biblia, e invitarla trascartón a sentarse, a tomar algo y después a admirar de noche los frisos de alguna iglesia. Me quedaba la opción de ponerme a elogiar la Biblia. ¿¿¿Por qué, Dios, no me hiciste leer en mis 36 infinitos años el Libro, por qué dejaste que pudiera aprobar Historia de primero en el colegio solo con un Pentateuco leído a las apuradas??!! Si había algo que jamás había hecho en todas las partidas jugadas contra tantas apetecibles desconocidas, era darles en la apertura la ventaja de conocer mis lagunas intelectuales. Que yo no supiera manejar un auto podía exhibirlo como un blasón. Pero no haber leído la Biblia me equiparaba de pronto con los imbéciles que habían escrito esos folletos anodinos.

Que se entienda bien, no era un problema de orgullo, ni siquiera de saludable autoestima. Nadie se avergüenza de reconocer que no habla un

idioma extranjero frente a un analfabeto. La Biblia no era ahí un tema de cultura. Era el terreno mismo donde tendría lugar la batalla. No podía esperar atraer a una puritana encandilada por las divagaciones de algún gurú protestante si no estaba en condiciones de competir en el mismo terreno donde algún caradura pretendía hacer brillar su palabra iluminada. Pero además estaba la cuestión de las armas. Jamás había batallado por la conquista de una mujer usando otras armas que las de la seducción intelectual. En realidad, nunca había bregado por nada que no pudiera —o pareciera que no pudiera— conseguirse por la vía de la exposición argumentativa, por el deslumbramiento de la palabra, de los conocimientos o de la pura convicción. La propia vida me la ganaba con la palabra, como traductor. Sabía que había otra vía. Sabía que existía todo un mundo diferente donde los actos no consultan a cada paso a los pensamientos para atreverse a ocurrir. Pero nunca había sido un hombre de acción y no podía pensar que iba a poder cambiar solo para poder acercarme a una mujer desde ese otro mundo desconocido, donde cada objeto tiene toda la abrumadora fuerza de la materia y ningún espacio para la duda en su interior, y donde los cuerpos se mueven por una oscura vocación innata con una inercia más pujante que cualquier convicción. Sin las armas del pensamiento yo no era nada.

Pero el tiempo se me iba y la evangelista estaba a punto de recoger sus folletos e irse a probar suerte a otra mesa. Sentí que me empezaba a faltar el aire, que la respiración se me aceleraba y la sangre me martillaba en la cabeza. De pronto tuve la absurda convicción de que ese encuentro sería crucial en mi vida. Un desvío en la ruta, que me apartaría a una distancia infinita de la dirección que había mantenido hasta entonces. La evangelista recogió con silencio decepcionado sus folletos, yo me sentí abismalmente estúpido, avergonzado, despreciable, y armé con toda esa escoria de sentimientos el valor para preguntarle:

—¿Sos evangelista?

Me miró con reprobación. Yo no podía salir de mi asombro y temí que en mi esfuerzo por ocultar mi vergüenza hubiera pasado por alto algo demasiado evidente. Me pregunté si le había dicho efectivamente “evangelista” o había hecho un lapsus espantoso, como haberle dicho

“comunista”, por ejemplo. Pero adoptando muy lentamente una paciencia pedagógica, ella explicó:

—No, no somos evangelistas. Somos adventistas —y calló, satisfecha de haber abundado en tantos detalles.

—¿Cuál es la diferencia?

—...

—¿Los adventistas no son evangelistas? —insistí, y sentí profundamente la futilidad de la supuesta revelación que me había llevado a pensar que estaba encontrándome con mi destino. La adventista parecía más tonta que una evangelista. Pero no se iba.

—No —dijo al fin ya casi ofendida—. Los evangelistas hablan en lenguas. No respetan el sábado.

—¿Nada más?

—Ellos creen que hay una vida después de la muerte; que el alma sigue viva.

—¿Y ustedes no? —Empecé a sentir un atisbo de curiosidad teológica.

—No.

—¿Y cuál es el consuelo que da la religión de ustedes?

—Nosotros creemos en la profecía.

—¿Qué dice la profecía?

—Que habrá un segundo advenimiento del Señor y resucitarán los muertos.

Obvio, *adventistas*. Estaba por preguntarle por qué no “hablaban en lenguas”. No oía esa expresión desde los tiempos de la secundaria, en que me enfrascaba en el estudio de la Edad Media. Pero vi que sus ojos se habían puesto a brillar, los labios, gruesos, carnosos, a sobresalir como en una mueca de desafío, y comprendí simultáneamente que era definitivamente hermosa y que estaba a punto de irse. Entonces subí a la cima más alta de mi coraje y me lancé sin paracaídas:

—Yo no leí la Biblia —empecé, secándome las cataratas de sudor sobre la frente.

—Es algo maravilloso, nosotros la leemos todos los días. Tiene enseñanzas para todas las situaciones de la vida.

—¿La leen también en grupo?

—Tenemos escuela sabática. Y además uno puede ir a la iglesia cuando quiere. Todos los días hay seminarios. En esos folletos está la dirección. Puede venir cuando quiera.

—No, a mí siempre me gustó estudiar solo..., o a lo sumo de a dos. Más de dos ya no es un intercambio sino un tumulto. Se pierde mucho tiempo. Nunca falta el que quiere sobresalir o el que necesita que le expliquen hasta los nombres.

—Entonces hable con el pastor. Tal vez él le consiga a alguien que se reúna con usted.

¡Hable con el pastor!

—No me lo querría tomar tan formalmente. Preferiría hablar con vos — los ojos se le desvían hacia la ventana pero parecía más importunada que intimidada—, por ahí podríamos reunirnos una vez a la semana en un bar o en una plaza. El tiempo se está poniendo muy lindo.

—No, yo no tengo tiempo. Trabajo y estudio y termino muy cansada todos los días.

—¿Y hoy no trabajás?

—Hoy me dieron asueto porque la compañía está haciendo el balance. Por eso aprovechamos con los chicos para salir a difundir. Los adventistas no hacemos nunca obra misionera en los bares, pero nosotros queríamos probar.

Los otros miembros del grupo ya habían terminado la recorrida por las mesas y la esperaban en la esquina. Podía sentir sus miradas de reprobación clavadas como alfileres de vudú en mi cuerpo para exorcizar los mil demonios del ateísmo. Pero bien podía ser que fuera todo lo contrario, que estuvieran festejando inocentemente el acercamiento de un nuevo cordero al rebaño. Nunca se sabe hasta dónde la gente se toma en serio el lado generoso de sus convicciones. Es más, a como estaban las cosas no me quedaba otra que apostar a la piedad cristiana. Otro salto sin paracaídas.

—Te ruego que te quedes a acompañarme un rato. Me acaba de pasar algo terrible en el trabajo —mentí.

¿Mentía? Para lo que eran mis hábitos de sinceridad dogmática, sí, como un descosido. Porque si había algo de terrible en lo que me había sucedido, yo era quien más lejos estaba de percibirlo. Nada demasiado

terrible le puede pasar en el trabajo a un traductor. Tres días atrás me habían encargado una traducción que parecía de rutina, pero que estaba terminando de remover las pocas coordenadas ideológicas que todavía me ayudaban a orientarme en el mundo. Eso era todo. Dudas sobre la editorial de izquierda, mi editorial, que me había ordenado el trabajo. Dudas sobre mis propias ideas. Nada capaz de impresionar a una predicadora que esperaba un segundo advenimiento de Jesús. ¿Qué iba a decirle? “¡Mamita, se me cae la estantería ideológica!”. Miré a la mamita. No debía tener menos de 24 años, pero de golpe su rostro había adquirido la expresión atontada de los creyentes y parecía mucho más joven aún, y también más fea. No me interrogaba siquiera con el gesto, ni parecía esperar una continuación. Simplemente no se iba. La opción de la mentira desembozada apareció por primera vez en mi cabeza y se fue abriendo paso a codazos entre una multitud de imperativos morales y pavores hasta llegar a mi boca.

—Soy traductor de una editorial. En los últimos tiempos empezaron a encargarme trabajos muy raros, medio sospechosos —su rostro permanecía impasible—, creo que pueden tener que ver con el contrabando y hasta con drogas.

Mi esfuerzo desorbitado para ocultar mi incomodidad por recurrir a un truco tan burdo pareció finalmente ser tomado como prueba de que estaba confesando un secreto muy importante, porque lentamente sus cejas comenzaron a esbozar una interrogación. Pero me le adelanté. No podía correr el riesgo de que me pidiera alguna precisión.

—Estuve pensando en hablar de esto con alguien. Pero antes quiero estar bien seguro. Hace muchos años que trabajo ahí y no quiero tirar todo por la borda. La gente del trabajo y mis amistades tienen muchos vasos comunicantes. Creo que serías la más indicada para empezar a oír de qué se trata.

Sentía que andaba en un carruaje, tropezando a violentos sacudones con los baches de un histrionismo desconocido y fue entre esos bamboleos que solté la última frase, con la resignación de quien quiere cumplir con el libreto aunque sus torpezas actorales ya han echado a perder la obra. Por supuesto, dicho y no hecho. Sus ojos grandes, aborígenes, almendrados, no

muy oscuros, empezaron a mostrar la urgencia de la timidez, y sentí el vértigo de estar empezando a ganar la batalla.

—Es que ahora no tengo tiempo. Tenemos que volver con los chicos a la iglesia, porque ya terminamos la recorrida y queremos hacer una evaluación.

—Te espero, entonces. Ya te dije que necesito hablar con alguien.

—Bueno, pero si no vengo hasta las seis es porque no hice a tiempo y no me espere más.

—Entonces dame tu número de teléfono.

Y decime cuándo carajo me vas a tutear.

—No tengo teléfono.

—El de tu trabajo.

—Ahí no puedo recibir llamadas.

La paciencia se me escurría entre los labios y estaba a punto de soltar una puteada.

—Entonces voy a quedarme aquí hasta el día del segundo advenimiento.

Rostro atontado de creyente a punto de tornarse predicadoramente admonitorio. Silencio. Nuevo intento del ateo.

—A propósito, ¿cuándo va a ser el segundo advenimiento? No sé si el bar aguantará hasta entonces.

—Cuando llegue el fin del mundo —dijo encrespando una vez más el entrecejo, y fue caminando hacia la puerta, mientras su mano parecía intentar a sus espaldas el saludo que su dueña había olvidado dirigirme antes de partir.

Quando se fue me quedé mirando hacia el punto exacto del espacio donde había estado su cara mientras charlábamos. Trataba de evocarla, pero sobre todo de indagarla, de descubrir en el fantasma conjurado por mí las cosas que no había alcanzado a conocer de ella. Me preguntaba hasta qué punto su belleza la haría inaccesible y compensaría en la imagen que ella tendría de sí misma el efecto usualmente desvalorizador de una cara de india. Tampoco es despampanante, me tranquilicé. No podía tener una

cotización demasiado alta en el mercado del apareamiento. ¿Y qué cotización tendría yo?

Desde que había empezado a traducir a Ludwig Brockner todo se me aparecía por momentos bajo esas formas crudas y obscenamente simples. La complejidad arborescente de las ambiciones humanas, la diversidad de sus valores, podía ser de golpe triturada en el orden unidimensional de mandar y ser mandado, de comprar y ser comprado. Era una sensación muy parecida a la que había tenido de chico al leer los análisis de Marx sobre el capitalismo. Pero aquello había sido un deslumbramiento. Ahora la revelación era un espanto. Marx me había descubierto la forma en que se generaba la riqueza, la plusvalía, bajo un sistema de intercambio formalmente igualitario, de pago justo por cada mercancía, que reproducía en realidad las diferencias de clases que la humanidad arrastraba desde el fondo de los tiempos. Lejos de negar que el capitalismo funcionara así, Brockner reconocía en él la forma más perfecta de perpetuación de las diferencias de clase, a las que su libro entronizaba como la quintaesencia del progreso humano y defendía hasta su insondable carozo biológico, allí donde la apología de la supremacía de los superiores desemboca ineluctablemente en la afirmación de la superioridad de alguna raza. Marx quería superar el capitalismo porque este solo simulaba la igualdad económica y política, sin lograrla. Su comunismo era un llamado a la democratización radical, a la realización de esa ilusión igualitaria. En cambio Brockner alababa la democracia porque era para él el sistema más seguro para garantizar el predominio de los superiores y la subordinación convencida de los inferiores. Era la primera vez que encontraba la defensa del capitalismo liberal en un racista, y leyéndolo me invadía la impresión escalofriante de que todos los liberales tendrían en realidad esa misma convicción en el rincón más íntimo de sus cabezas, donde no llegan las piadosas correcciones del cristianismo. Pero más allá estaba el auténtico horror: la posibilidad de que, después de todo, esa fuera la verdad y las diferencias de clase no fuesen una injusticia que solo el estado precario del desarrollo social podía explicar, sino el orden adecuado en el que cada persona podía y debía encontrar su justo lugar. ¿Había que admirarlos entonces a los triunfadores, no a los obvios, a los genios, a quienes

despiertan la gratitud de todos los que disfrutaban sus creaciones en el arte y en la ciencia, sino también a los otros, a los que simplemente mandan, en las fábricas, las universidades, los clubes de barrio, el Estado?

Miré a los mozos. Las caras jóvenes no me decían nada, pero los viejos eran una puñalada. ¿Cómo se puede llegar a los 60 años como mozo? No como *maître*, no como pequeño mandamás de una minúscula jerarquía gastronómica, sino simplemente como mozo. Recordé haber leído que los salarios en las empresas japonesas aumentaban progresivamente con la edad, independientemente del nivel jerárquico. Era un consuelo para los mozos de sesenta.

Junto a las ventanas del bar que daban al sol dos tipos jóvenes, con toda la apariencia de yuppies, discutían con los gestos ceremoniosos de quien está tomando decisiones. Me acordé de pronto, tal vez por primera vez desde que lo había leído en la adolescencia, de *Los caminos de la libertad*, de Sartre. Una escena de la Segunda Guerra Mundial. El protagonista, un francés, está por primera vez frente a frente con el enemigo. Solo los separan los respectivos refugios. De golpe ve salir a los alemanes de su escondite como si fueran dioses, avanzando seguros de la invulnerabilidad que la propaganda nazi embutió en sus cabezas arias. El protagonista duda en disparar porque sabe que es inútil, pero finalmente cumple el trámite, y acierta, y los ve caer, y no lo puede creer. Llega la euforia por la salvación, pero también una decepción inesperada porque los dioses pueden caer como ratas y el poder termine siendo un asunto tan banal como unas balas.

Tal vez fue recordar a Sartre en 1990 lo que hizo que no me sorprendiera al verla entrar de nuevo en el bar. Estaba ya tan sumergido en la atmósfera irreal de ese anacronismo existencialista, que me pareció natural ver acercarse hacia un ex trotskista a esa adventista acudida supuestamente para oír confesiones desgarradoras sobre las fechorías narcotraficadoras de una oscura banda internacional. Pero además había algo en su regreso que parecía ubicar repentinamente todo en el orden indicado para que por primera vez las cosas devolvieran aunque fuera un tenue reflejo de lo que a uno le pasaba por la cabeza. Esa cadera subrayada por la

pollera negra y la blusa blanca que saldaba de un fognazo definitivamente hembruno todas las dudas del caso ¿podía ser obra de la casualidad? ¿Podía haberse sacado el saco de predicadora solo por el calor mezquino de una primavera incipiente? ¿Podía avanzar hacia mí con esa mirada implacable de cirujana si no estaba dispuesta a cortar de un solo tajo todo lo que se le interpusiera en el camino? ¿Podía yo dudar de que por fin había un camino? Como una cáscara seca, una piel de mis trece años comenzó a desprendérsese del cuerpo:

1966: leo por obligación para el colegio Sin rumbo, de Eugenio Cambaceres. El protagonista, Andrés, y el libro me resultan incomprensibles, lejanos, arbitrarios. Hasta que llego cerca del final y leo: “¿Cuándo era que había visto él más allá de sus narices, cuándo había atinado a prever nada? Bastaba que en las mil vicisitudes, en las mil alternativas de la existencia se anticipara a los sucesos, predijera algo, un acontecimiento, un hecho cualquiera del dominio físico o moral, para que saliesen erradas las conjeturas y resultase lo contrario de lo que había pensado o calculado. ¿Temía que su hija se muriera? No podía adquirir más seguro indicio de que iba a vivir sana largos años...”. Como en una llamarada, la historia de Andrés se me vuelve de golpe terriblemente familiar, se cuela en el reducto inexpugnable de mi pieza de los trece años. Su profunda sensación de derrota frente a la imprevisibilidad de los sucesos establece inesperadamente entre él y yo un parentesco íntimo que supera las distancias abismales entre nuestros universos. Yo también he vivido con mis trece escasos años ese mismo extrañamiento, y he quedado marcado a fuego por el temor de una fuga repentina hacia un mundo donde ni siquiera las más naturales secuencias respetan el orden necesario para edificar sobre ellas un plan, un proyecto humano. El suicidio de Andrés al final, con su furia occidental contra sí mismo desbaratando el orden ritual de un despanzurramiento a la japonesa, transforma el parentesco conmigo en la inquietante posibilidad de una identidad fundamental. Siento en ese momento que una mano oculta ha puesto a mi alcance el libro para que yo una esos cabos y entienda la advertencia. Toda una sucesión de sinsentidos

cobra de pronto la fuerza apremiante de un destino prefijado. La profesora de castellano, que se atreve a prescribir a alumnos de trece años un texto apenas tolerado clandestinamente por las letras nacionales como fundamento desafortunado, bastardo y corrompido de nuestra literatura contemporánea. Andrés, ese aristócrata racista y diletante, que vaga por la vida como por una pampa sin norte hasta que se inventa un rumbo en la hija que le engendra a una campesina de su estancia, y ve derrumbarse todo con la muerte de las dos. Mi padre, esa figura esquiva que se la pasa prometiendo hacer cosas de padre y falta indefectiblemente a cada cita con sus promesas. Todo el maldito entorno toma la forma de una metáfora de esa geografía sin coordenadas que es la Argentina en la que Juan Carlos Onganía acaba de dar el enésimo golpe militar para poner orden. Pero me digo y me repito que yo no soy de aquí, que no me va a pasar lo mismo, que no me voy a confundir con ese paisaje donde espacio y tiempo defraudan sistemáticamente toda promesa de una dirección. Que entiendo la advertencia, pero que en mi caso está de más. Yo no soy un estanciero haragán, no me voy a tener que refugiar en los pañales de una hija para encontrar mis metas. Me sobran vocaciones, tengo mis propias coordenadas interiores, las de la física, las de la matemática, las perennes y universales que seguirán existiendo aunque la pampa se trague al planeta. Me lo digo y me lo repito, pero el calendario se pone en marcha y tritura uno a uno los proyectos. Año a año voy descubriendo que no seré físico, ni matemático, ni puedo siquiera “atinar a prever nada”, y un día pierdo la vergüenza intelectual y me encuentro leyendo humildemente el horóscopo para ver si esta vez sí es el momento oportuno para acertar; para poner la mira en unos ojos de mujer y decir esta será mía, y que sea mía; para dar en el blanco de una vez por todas con una sola flecha, en lugar de pasar la vida tirando con perdigones a la manada y recogiendo la presa, siempre la más inesperada, que cae en la volteada.

La presa vino hacia mí esquivando a su paso las mesas del bar. Oí el redoble de los tambores del destino retumbando entre esas maderas y estuve a punto de volver a entregar mi suerte como tantas veces en el pasado a lo

que mandara un texto inaccesible escrito para mí desde al menos un tiempo antes de ese momento de vértigo total. Pero me detuve a tiempo, dispuesto a pelear para inventar mi propia ruta. Hacía ya mucho tiempo que no leía horóscopos, pero no porque hubiera recuperado las certidumbres del racionalismo o las riendas de mi propio andar, sino por resignación, porque las promesas de los astros se revelaron tan mentirosas como las de los hombres. Ahora sentía en cambio un cosquilleo de libertad recorriéndome la piel. No sabía qué decían los astros ni los hombres, pero quería que todos anunciaran un nuevo fracaso, para que fuera yo esta vez quien los defraudara. Porque ya los estaba defraudando. Aun así mi voz tembló un poco cuando tuve una vez más a la adventista junto a mi mesa.

—Llegaste antes del fin del mundo.

Hizo una mueca que no pude descifrar si era de incompreensión o disgusto.

—No, lo que pasa es que la evaluación terminó en seguida —dijo finalmente con rostro serio y luego agregó sonriente—: ¿O tuviste que esperar mucho?

Imposible saber a qué se refería ese “no” inicial, a no ser que sirviera para proteger su orgullo de mujer por haber llegado antes de lo previsible a una cita. Lo que quedaba claro era que no había entendido el chiste, o lo había visto apuntando a su investidura femenina, no a las profecías de su secta. La broma y la ironía no entraban en el mundo de la religión blindada. Pero empezaba a oscurecer. Y ella estaba en mi mesa, apenas una hora después de haberla conocido... ¡y se había decidido a tutearme! Busqué con desesperación en mi cabeza el motivo de tanto milagro, para saber cómo continuarlo. Es decir, busqué otra razón que la única y evidente: la trampa, el subterfugio, la mentira. No es que me molestara tanto haber mentido. Hacía tiempo que había abandonado la concepción de caminos rectos irremisiblemente puros conduciendo a hechos unívocamente determinados. Sabía que hacía falta de todo para construir un mundo, como dicen los franceses, pero una cosa es un ingrediente y otra muy distinta el soporte principal de una comida. El plato fuerte por el que esa muchacha se había sentado a mi mesa era una intriga inexistente, y mi orgullo no terminaba de superar el desagrado de no poder descubrir un solo motivo de interés en mi

propia persona que pudiera hacer que ella se quedara el tiempo suficiente para que la timidez inevitable, la vergüenza de defraudar, la inercia, el compromiso involuntario, hicieran nacer entre nosotros una relación. Pero me hice una composición de lugar. Fijé mi mirada interior en los filos más cortantes de mis frustraciones, en la lenta degradación de mi posición laboral, en las últimas masturbaciones solitarias, en las fealdades con cuerpo de mujer que habían pasado más recientemente por mi cama prematuramente resignada, y apreté metódicamente mi orgullo contra un cenicero imaginario, quizá repitiendo con precisión inconsciente el gesto con el que había apagado años atrás el vicio romántico que me estaba carcomiendo los pulmones. Cuando terminé la operación me sentía preparado para mentir como un curandero.

—No, para nada —le dije—. Además estaba dispuesto a esperar lo que fuera necesario. Eso sí, me gustaría pasear un poco o ir a otro bar, porque este ya me está cansando. Tengo ganas de distraerme.

Me sorprendí de haber encontrado sin darme cuenta esa fórmula para ganar tiempo. Lo tomé como una demostración de que había decidido de verdad qué camino iba a seguir. Cuando uno sabe lo que va a hacer no se apresura, me dije. Pero mi inesperado aplomo no fue la única sorpresa. Todo a partir de ahí se volvió desconcertante.

—Sí, a mí también me gustaría ir a otro lado —dijo ella.

¿Y la vibrante confesión sobre la conspiración de contrabando y drogas? ¿La historia de aventuras y desgarramientos morales sin la cual era inconcebible que la adventista atravesara el abismo entre nuestros mundos para asomar sus narices a mis cosas? Nunca más se supo de ella. Se perdió entre las mesas del bar. Si me vi obligado a hacer más tarde, durante esa noche, alguna vaga alusión a esa intriga solo fue para calmar mis propios pruritos, para obturar mi horror al vacío y a los cabos sueltos.

Porque no bien salimos del bar la tarde, que se fue volviendo noche mientras recorríamos plazas y calles del barrio, se pobló de confesiones amistosas y sinceras, en lugar de las truculentas invenciones que había tramado yo. La adventista se dedicó a desmentir todo lo que yo podía esperar de ella. No de una manera acentuada, evidente, clamorosa, sino con el refinamiento de quien tantea el entorno y va descubriendo paso a paso el

camino más conveniente. Lo que me extrañaba sobre todo era la impresión que ella daba de tener muy clara su meta, aunque no supiera a ciencia cierta qué dirección debía tomar en cada momento. Al comienzo, ese vaivén entre la desenvoltura con que se plantaba en la situación y las vacilaciones ocasionales con las que tropezaba en algunas frases, despertaba en mí la cálida sospecha de una timidez prometedor. Pero a medida que avanzaba la charla lo único que surgía de esa combinación era una seguridad reforzada y hartamente inesperada en una predicadora que después de todo se estaba paseando con un hombre que solo muy torpemente había intentado disimular sus intenciones más bien paganas y con tanta rapidez estaba renunciando a todo subterfugio enaltecedor de sus fines terrenales.

Cuál era esa meta sobre la que giraban en esa noche como un trompo en equilibrio todas sus palabras y sus gestos es algo que nunca llegué a conocer. Dudo en verdad que haya sido algo preciso; y si lo fue, es seguro que debe haber cambiado a lo largo de esas horas. Más probable es que haya sido una mera intuición, una sospecha o un impulso tenaz aunque inescrutable, como el de un águila que se lanzara desde una cima hasta un valle devorado por las nubes, harta de haber esperado inútilmente que escampara.

Pero eso lo pienso ahora, que he pedido mucho del miedo que le tuve. En aquel momento su inesperada soltura solo despertó en mí la sospecha de algún interés subalterno. Pensarlo no era agradable, pero tampoco me ofendía. A los treinta y seis años y tan alejado de toda pretensión de perfección no me abrumaba pensar que una muchacha tal vez diez años, o más, menor que yo se paseaba conmigo solo por interés. Estaba por entonces dispuesto a creer que todas las relaciones interesadas que pueblan casi hasta el infinito el universo que la propia experiencia y los medios de difusión nos permiten conocer terminan tarde o temprano en algo muy parecido al amor, o al menos en una dependencia mucho más desinteresada de lo que sus propios protagonistas piensan. Solo que cualquier interés que ella pudiera tener en mí únicamente podía originarse en una confusión, o en mis frágiles mentiras, y eso sí me inquietaba. ¿Acaso pensaba que podía

llegar a afiliarme a su secta? Imposible. Por cierto evité sembrar inútilmente de obstáculos el camino entre nosotros y le ahorré toda manifestación demasiado franca sobre lo que yo pensaba de las sectas protestantes norteamericanas, pero tampoco le escamoteé información, y oyó todo lo necesario para formarse una idea de mí, en la que si cualquier posibilidad de pertenencia a un partido u organización quedaba excluida por definición, la eventualidad de un ingreso a una secta religiosa solo podía considerarse como una broma desopilante. ¿Creía que un traductor estaba en condiciones de brindarle un refugio económico contra las inclemencias sociales que degradaban cada vez más a nuestro país? Era difícil imaginarse tanta ingenuidad en una persona adulta: probablemente yo ganara dos, tal vez tres veces más que ella como empleada administrativa. Pero eso no alcanzaba para acceder siquiera a crédito a ninguna de las marcas distintivas del ascenso social. ¡Dios, si la estaba paseando por la ciudad a pie! ¿Cuántas muchachas habían puesto cara de despedida, minutos después de haberme conocido, al enterarse de que no tenía auto?

—¿Y por qué no tenés auto?

—Porque no soporto el tránsito y un auto solo me cargaría de problemas: seguro, patentes, reparaciones. Mil dolores de cabeza solo para tener el gusto de hacerme una escapada a la costa algunos fines de semana. No aguantaría usarlo en la ciudad. Por algo vivo siempre cerca de donde trabajo. No me gusta viajar. Me gusta ir a lugares lejanos, pero no el traslado hasta ahí. Eso me repugna. Tengo mucha paciencia, pero solo para las cosas inevitables. Si puedo prescindir de un traslado, de un tiempo muerto, siempre lo hago.

—A mí no me molesta viajar. Incluso en colectivo, en la ciudad. Hace un tiempo vivía muy lejos del centro, en Morón, y tenía que tomar tren y colectivo para venir al trabajo. Pero me gustaba. Sentía que era como un descanso. Tal vez porque viniendo de tan lejos casi siempre podía conseguir asiento. Pero a veces hasta parada me parecía que el viaje era una especie de paseo.

Eso era justamente lo que yo necesitaba. Alguien capaz de soportar las aberraciones del transporte urbano como si fueran un paseo, y las inclemencias del destino como si fueran una estratagema en los designios

de Dios. Tal vez era Dios el que le había sugerido algún proyecto delirante en el que de un modo arcano entraba yo, que me veía así autorizado a tomarle la mano en el impreciso momento en que empezaron a aparecer sobre la plaza las primeras estrellas, y logré balbucear alguna frase lírica acerca de la soledad del lugar, el contraste enrarecido de las últimas estribaciones del sol con la luz de los faroles y el probable convite de los astros. Nadie menos que Dios pudo haber autorizado que poco, demasiado poco después le tomara el rostro con la mano, siempre temblorosa, demasiado temblorosa en esos casos, y le diera en su boca religiosa algo que no dudaría en llamar un beso, pero que jamás podría adivinar qué nombre le habría puesto ella, pues no ejerció la resistencia siquiera convencional de una muchacha en flor, ni el desenfreno fluido de una hembra madura. La fatalidad, solo una fatalidad esclarecida pudo haberle ordenado que se entregara a mis torpes maniobras eróticas con esa resignación que acepté en un inicio como manifestación inesperada de un sometimiento piadoso pero que contenía la extraña amenaza de una indiferencia inexpugnable.

Cuando uno flota enamorado sobre las contingencias de la vida, cuando uno entra en la empresa que le ha robado a uno invalorable segundos, minutos, horas, días y años y saluda a todo el mundo alegremente, deja aquí una boca abierta de asombro, allá unos ojos intrigados hasta la inquietud, y un poco por todos lados la sensación banal y recurrente de que después de todo no hay quien pueda con la capacidad de regeneración de los tejidos del alma humana. Pero yo no estaba enamorado, sino alegremente desconcertado. Alegre porque la experiencia de la noche anterior no podía inscribirse concienzudamente en la interminable lista de los fracasos claros, nítidos, contundentes, de esos que forman como perlas de barata que uno va coleccionando a lo largo de la vida y terminan haciendo de nosotros, un día, figuras grotescas y más ordinarias que todas aquellas señoras gordas que espantaron nuestra sensibilidad ambiciosa en los días que nacía nuestro sentido estético. Pero tampoco había sido un éxito, de esos que acumulan siempre los otros y van formando en nuestros bolsillos como cavidades

desgastadas por el peso de la ausencia, como vacíos que rezuman esa convicción que llamamos frustración. Había sido, era todavía, más bien una intriga expectante. No le había arrancado más que un beso, porque la indiferencia con que recibió el primero que le di y los atisbos manuales que lo acompañaron fue seguida de una alusión a lo tardío de la hora, soltada con la misma ecuanimidad indiferente, sin un apuro que hiciera sospechar los desgarramientos de una duda, ni una demora que diera lugar a interpretaciones ambiguas. Pero al menos no me había prodigado el rechazo activo que podía esperarse de una predicadora.

De modo que fue arrastrando el ligero peso de esa intriga y volcado a la expectativa como entré al día siguiente a la editorial. Había cierto aire de revuelo. Pero yo estaba acostumbrado a los cataclismos que cualquier rumor podía provocar en una empresa mediana, donde la cantidad de gente no es tan grande como para ahogar en el anonimato los usuales dramas cotidianos de los empleados ni suficientemente pequeña como para que todos tengan una idea adecuada de las proporciones y comprendan que ni la historia universal, ni siquiera la de sus propias vidas, puede pasar por el divorcio de tal o cual, o el ascenso de aquel otro, o el traslado o hibernación de alguien más. Así que no me dejé interesar por los acercamientos ligeramente inusuales entre algunos de mis compañeros de trabajo y los atribuí a los ramalazos habituales que las olas del rumor intrascendente producían recurrentemente en ese lugar.

Pero a eso del mediodía se me acercó Diana, una empleada de ventas que lograba disimular una fealdad insuperable bajo un manto de simpatía tan generoso que al lado de ella uno oscilaba siempre entre una sensación de autoestima providencial por merecer un trato tan afectuoso y un fuerte sentimiento de culpa por no poder ser tan bueno como ella. Que Diana se me acercara, sin ningún motivo aparente, era ya el anuncio de una anomalía porque si bien su calidez no conocía fronteras yo era en la empresa un caso suficientemente especial como para constituirme en excepción de cualquier norma o hábito, incluso de los favores de esa abanderada de la ternura.

Hacía ya unos seis años que yo me había convertido en un caso laboral excepcional no solo para Ediciones Turba, sino probablemente para cualquier otra parte. Era el único traductor raso que yo conocía que

trabajaba a sueldo dentro de una editorial de libros. O casi el único. Desde los sesenta estaba el caso de una pequeña editorial creada a pulmón por unos intelectuales universitarios, que atendía en gran parte el mismo mercado de Turba. Pero la represión de los dos últimos períodos dictatoriales la había obligado a recortar drásticamente su personal, y el surgimiento ocho años atrás de Turba, sostenida con los campos y las industrias agrarias de los Gaitanes en Córdoba, le había dado el golpe de gracia, de modo que también esos pioneros de los folletos y los libros progresistas habían terminado por imitar a las demás editoriales, que encargaban sus traducciones afuera y conservaban a lo sumo un supervisor de traducciones en planta.

Yo había ingresado en Ediciones Turba semanas después de la fundación, como oficinista, y había tenido que esperar pacientemente para que poco a poco la realidad se acomodara a mis improbables proyectos. En Corrección no había vacantes y si hubiera intentado entrar como traductor, con la carta de presentación de todas las lenguas que hablaba pero ningún antecedente en el oficio, me habrían rechazado como a un desubicado, o mucho peor, habrían intentado conformarme con una relación como la que casi todos los traductores del mundo mantienen con sus editoriales, de pago por obra y trabajo fuera de planta, que en la Argentina representa normalmente un ingreso aún más ridículo que el de un maestro, y lo coloca a uno en la alternativa de convertirse en un escritor —normalmente de pésimas obras— o morir de hambre. Con una historia de varias carreras empezadas y abandonadas a medio camino y trabajos de cadete o de pura ocasión en la enseñanza, lejos de toda actividad contable, mis antecedentes ni siquiera eran suficientes para entrar como oficinista. Pero un poco por prudencia tras los años de dictadura y otro poco por esa especie de paranoia endogámica a la que siempre fue afecta buena parte de la izquierda, los de Turba tomaban solo gente de tajantes convicciones izquierdistas. Eso reducía drásticamente el espectro de candidatos a cualquier puesto y aumentaba concomitantemente mis posibilidades de obtenerlo. De mí tenían referencias indirectas de mis épocas universitarias. Mi paso juvenil por el trotskismo y una cierta perseverancia posterior como francotirador de izquierda les inspiraba suficiente confianza para tomarme como oficinista,

pero yo sabía que a menos que me integrara a sus proyectos culturales o políticos como un verdadero y obediente creyente, sin veleidades de independencia alguna, la confianza nunca llegaría al nivel necesario para que se me abriera el camino hacia un puesto más creativo. Incapaz de adhesiones incondicionales a ninguna cosa, no me quedaba entonces otra opción que refugiarme en un puesto técnico.

Me convencí entonces de que debía festejar la frialdad con que me recibieron, tan pronto pasaron los encantos del mutuo descubrimiento, como un estímulo bienvenido para recobrar esa vocación de traductor que había construido ocasionalmente sobre las ruinas de tantos sueños mucho más ambiciosos, en los que nunca me había visto como intérprete sino como creador de pensamiento, en cualquier dominio que fuera. Ni oficinista ni creador, ni amo ni esclavo, sino intermediario del lenguaje. El destino parecía indicarme un lugar remoto en la clase media del microcosmos social de Turba, desde donde toda falta de filiación podía levantarse como una bandera. Atrincherada en ese bastión, mi independencia individual pudo retornar ágilmente desde las zonas adultas de la política a las más tempranas de la vida, allí donde la soledad de cada uno solo se funda en las aversiones elementales de la piel y en cierta incapacidad, diferente según los casos, para fingir simpatía de acuerdo con las conveniencias. El personal de Turba en pleno retribuyó temprano mi aparente iniciativa de autoaislamiento desovillando alrededor de mí cada cual su madeja de lejanías en hilos sutiles de rechazo, respeto, desprecio o admiración, con los cuales mi impotencia fue tejiendo una malla cerrada, que se hizo cada vez más impenetrable a medida que fui logrando convertirme de oficinista clásico en oficinista sui generis, habilitado a ocupar parte de su tiempo en traducciones, y finalmente en ese caso atípico de traductor asalariado, con sueldo no muy superior al anterior, pero con el plus inocultable de satisfacción que crea el trabajo medianamente placentero. Unos meses atrás la malla se había vuelto aún más hermética, cuando me sumergí en una depresión porque Gaitanes, en lugar de nombrarme supervisor, distribuyó entre los tres secretarios de redacción el trabajo de supervisión de traducciones cuando se fue a vivir a España Antonio Salinas, que había desempeñado ese cargo desde la fundación. Diana estaba penetrando con su

soltura característica esa malla, y el hecho bastaba para que una alerta instantánea recorriera todos mis sentidos y el entorno se cargara de mil posibles interpretaciones.

—¿Estás enterado? —me preguntó con una voz de circunstancia que disparó en mi cabeza una multitud de humores sombríos. Entre mis neuronas brotó una bruma fantasmagórica, que dejaba entrever por sus pliegues desde el cierre de la empresa hasta una reducción de sueldos a la mitad para impedir una inminente y hasta el día anterior insospechada quiebra.

—Vos sabés que yo nunca estoy enterado de nada —le respondí, convencido de que no podía dejar pasar una turbación general ya tan evidente para hacer oír una señal de reproche propio. Pero la rapidez imperturbable de su respuesta me demostró que el drama colectivo no aumentaba la sensibilidad a las quejas individuales, al menos no a las mías.

—Despidieron a Juan José —soltó, casi con tono de reprobación, una reprobación global, indiferenciada, que no por seca y expeditiva dejaba de abrazar ecuménicamente en su rechazo cada falta de ese momento, desde la indignante indiferencia que yo estaba demostrando mientras ella me lo decía, hasta el propio despido, tal vez también el insoportable calor de esa anómala primavera. Pero un segundo después comprendió que lo mío podía no ser indiferencia, y entonces retornó a su habitual afectuosidad y añadió:

—Juan José Barnes, el lector.

—Qué cagada —dije. Tenía la impresión de que lo que cualquiera hubiera esperado de mí no era esa frase de conmiseración resignada sino “¡Qué hijos de puta!”. Sospechaba que Diana había atravesado la apreciable distancia que existía desde hacía años entre los demás empleados y yo solo para poder oír en mi boca esa frase que las ataduras más estrechas que todos los demás y ella misma tenían con la empresa les impedían a ellos siquiera pensar. Pero la conmiseración era ya una muestra de cortesía de mi parte, la hipocresía de una indignación me habría resultado imposible. Barnes me había parecido siempre un pedante inconcebible. Perteneecía como pocos a la estrecha malla de relaciones de las que había surgido y con las que se mantenía la empresa. Podía existir una gran o pequeña injusticia en su caída en desgracia. Pero nadie podía pensar que yo estaba al tanto de esas

circunstancias, y yo no era alguien que reaccionara a las cosas por “principios” antes de que todos los detalles de un caso sedimentaran en mi cabeza. Tampoco necesitaba yo esas reacciones automáticas, porque no era un hombre de acción, aunque últimamente me lamentara mucho de ello. Además, todavía tenía tiempo para ponerme más vehemente, aunque sentía casi físicamente la decepción de Diana.

—¿Por qué? —pregunté.

—Eso es lo increíble, nadie tiene la menor idea.

—¿Piensan hacer algo?

—No sé —paseó una mirada resignada por mi camisa—. ¿Qué se puede hacer?

Antes de responder disfruté un largo instante de la situación absurda: Diana preguntándome qué hacer para encarar un despido de alguien que ellos sabían que iban a dejar caer por más que lo estimaran y con quien yo tenía una relación aun más inexistente que con el resto de la gente de la empresa. Con un vértigo gozoso por la provocación que estaba atreviéndome a lanzarle, le dije:

—Bueno, normalmente existen las huelgas.

Por supuesto que existían. Pero si Turba se caracterizaba por algo era por su empeño, ambiguo pero no por ello menos ostensible y penetrante, en ser una empresa anormal, o como se decía allí adentro: “atípica”. Había publicado folletos, libros, tratados, enciclopedias, y seguro podía llenar toda una biblioteca con el solo tema de la huelga. La huelga de los linotipistas, “la primera del movimiento obrero argentino”, la huelga de los textiles, donde empezaron las mujeres, las huelgas de Estados Unidos por las ocho horas, por el Primero de Mayo, por Sacco y Vanzetti, por playas de estacionamiento para los obreros de la General Motors, las de Europa (occidental, de preferencia), las de África y Asia, las del batustán Transkei, las de cada rincón de América latina. En todas partes hallaba el ojo avizor de Turba la miseria, la explotación y la revuelta contra la injusticia, el grito vivo de los hombres brotando de sus laceraciones sociales. Pero donde no se concebía que hubiera sufrimiento social era en la propia Turba. Los dramas posibles incluían decesos, separaciones, enfermedades, mala suerte en la promoción, todo lo que pudiera ser entendido como una desgracia

personal, de esas que se combaten apechugando y peleando en el rincón de cada uno, no juntando voluntades para una huelga. A no ser que fuera para expresar solidaridad y conmiseración por tanta injusticia que andaba rondando por todos lados y que se detenía justo en las puertas del edificio de tres plantas de Turba, terreno inmune a la explotación por las virtudes progresistas de los ideales de sus propietarios y de los clientes que compraban sus productos. No era lugar para huelgas, Turba.

Pero Diana tampoco era alguien capaz de señalarle a uno una desubicación tan grande como la de mi pregunta o de reconocer y responder a la provocación que encerraba. Me miró con una cara asombrosamente triste e insondable, desprovista de toda la ironía que mi actitud habría podido despertar en cualquier otra persona, como si lamentara que yo fuera tan infantil para gastar una chicana en un momento así. No cabía duda de que Barnes había calado mucho más hondo de lo que yo hubiera podido imaginarme entre la gente. La mirada de Diana logró hacerme sentir lo suficientemente incómodo para verme obligado a quitarle la posibilidad de una respuesta, y terminé haciendo el esfuerzo que ella me estaba pidiendo:

—¿Qué dice la Interna? —empecé, para hacerme un cuadro de la situación.

—Mucho no dice, porque Juan José no quiso plantearles el problema a ellos. Dice que no quiere que se lo trate como un problema sindical. Entonces Andrés dice que ellos no pueden hacer nada, si él no les pide que intervengan. Juan José debe tener miedo de que si se mete, la Interna termine siendo peor... Pero la verdad que mucho peor de como está ahora no va a estar.

—¿Alguien lo vio?

—Me lo crucé yo cuando salía hoy de la reunión con Gaitanes Junior. Estaba hecho pomada. No quiso decirme nada. Solo que lo rajaron.

—¿Mejía no puede hablar con Gaitanes?

—Él dice que ya lo hizo, pero que el viejo no quiere saber nada.

Traté de imaginarme durante un momento la inapelabilidad de una decisión de Guillermo Gaitanes. No es que yo tuviera constancia de una apelabilidad anterior en sus decisiones. Pero una acción solo conlleva resonancias irrevocables cuando sus propios efectos simulan o producen la

muerte, como lo hace un despido con la presencia de un empleado en una plantilla. Todo lo demás puede ser tarde o temprano enmendado por quien lo ordenó o por otro que lo suceda. El de Barnes era el primer despido del que yo tuviera noticia en Turba. Una suerte de bautismo. De iniciación. De despertar a una realidad tan banal como cualquier otra. De pronto me pasó por el cuerpo el escalofrío de una sospecha telepática: ¿Y si la historia que yo había querido inventarle a la adventista estaba ocurriendo en la realidad? ¿Si a Barnes lo habían echado porque se había enterado de que la empresa estaba mezclándose en un negocio de contrabando o drogas? ¿Si lo que yo había creído que era un inusual esfuerzo de desfachatez de mi parte para atrapar a la protestante había sido en realidad una captación telepática de algún hecho real, que aunque no fuera idéntico a la intriga que yo había imaginado se le parecía mucho?

Cuando uno piensa ese tipo de cosas la percepción del mundo se transforma por un instante hasta en sus mínimos detalles. Uno deja de ser una ínfima pieza sometida a los vaivenes impredecibles de un gigantesco engranaje y desarrolla un poder que lo hace protagonista de todo lo que importa, aunque sea por la vía subrogada del mero conocimiento, de la captación de la información de manera exclusiva, sin la intermediación común al resto de los mortales. Pero cuando uno está sano de la cabeza la sensación no se prolonga más que un instante, es solo un pantallazo fugaz que huye ante el esfuerzo de uno por no perder el tiempo que se necesita para indagar posibilidades más plausibles que expliquen lo que se trata de averiguar con los datos disponibles por los sentidos ordinarios y probados. Y yo por entonces estaba sano. Así que dejé las especulaciones extrasensoriales y pregunté más terrenalmente:

—¿Pero Barnes no se peleó últimamente con alguien de arriba?, ¿ustedes no supieron de ningún encontronazo?

—Vos sabés que con Barnes es muy difícil pelearse. Pero de todos modos yo no supe nada de algo así. ¿Vos?

—¡¿Yo?! Yo no tengo la menor idea de nada. Simplemente me extraña que no haya habido algún anticipo de lo que se venía, ningún indicio de que lo querían rajar. Y sobre todo, que ustedes no hayan sabido nada.

—Puede haber habido una pelea afuera de acá, pero aparentemente acá no llegó nada.

Era asombroso cómo Diana convalidaba el “ustedes” con el que yo trazaba una línea infranqueable entre “ellos” y yo. Eso me daba coraje para seguir sacando ventaja de la situación y desahogar añejos rencores, aunque yo mismo no me daba cuenta del todo con qué precisión cada idea que se me ocurría parecía especialmente diseñada para refregarles por la cara a todos los de Turba su supuesta cobardía. Creía en parte estar colaborando de veras y en parte estar tratando de quedar bien, de cumplir con las reglas de la cortesía. Pero cuando le sugerí que se hiciera un petitorio para que reincorporaran a Barnes, Diana, en lugar de acobardarse, se entusiasmó con la idea. Me sentí tan ridículo que el deseo de humillarlos apareció finalmente en mi conciencia como una revelación, aunque borrosa y distante, como todo lo desagradable que captamos de nosotros mismos cuando la visibilidad no nace de la ecuanimidad de la victoria sino de la lucidez de la derrota. Solo había querido humillarlos otra vez, pero ahora ya era tarde para buscar una vía más adecuada para esa meta. Con mi torpeza había puesto en movimiento en ese reino del tabicamiento individual un engranaje colectivo que ya no podía esperar parar.

—¿Un petitorio? —sus ojos se encendieron mientras esbozaba una sonrisa extrañamente divertida—. Qué bueno, no creo que eso le caiga mal a nadie.

Claro que no. Era el sindicalismo de buenos modales. Ni siquiera en Turba debía caer mal. Pero si yo tenía un consuelo en el mismo momento en que todo parecía salirse de control era porque pensaba que también un petitorio podía ser visto ahí como unos pies que se salen del plato del decoro. Y Diana se embarcaba ya en fantasías de itinerario rosado que confluían mullidamente en la reincorporación de Barnes, pasando por reuniones y tal vez fiestas del personal que convirtieran finalmente a Turba en ese lugar especial que pretendía ser. Dijo:

—Tal vez Andrés lo podría hacer circular. Podríamos reunirnos antes para charlarlo entre varios. Acá hablamos cada vez menos entre nosotros. ¡Ah, ya sé! ¿¿Qué te parece si hacemos una fiesta el viernes y lo invitamos a Barnes!?! Le levantamos el ánimo y de paso nos ayuda a hacer el petitorio.

Sí, por qué no. ¿Por qué no podía ayudar yo a que esos feligreses del culto de la progresía en busca de un sacerdote pudieran de una vez por todas congregarse y tener al fin una misa como Dios manda? ¿Por qué no ser yo directamente el oficiante que sus pupilas piadosas buscaban en la noche de la incredulidad argentina? ¿No era Turba el único reducto de la generosidad socializante que quedaba en el país? ¿No valía una misa y la ofrenda de mi sacerdocio? Mucho más simple aún: ¿tenía yo otra alternativa que decirle que sí, después de haberla dejado transportarse en su fantasía hasta una utopía íntima, tanto más merecedora de satisfacción cuanto aparentemente más modesta?

No, Ricardo, claro que no la tenías. Y le dijiste que sí, y te metiste en un berenjenal que aportó su cuota para que todo terminara como terminó, y vos comprendieras finalmente hasta qué punto no tenías idea de cómo las cosas eran como vos decías que eran. Pero en ese momento no podías seguir dándole vuelta todo el tiempo al mismo pánico que te empezaba a subir por las venas subterráneas, esas que te mantenían atado con veinte nudos de rutina, confort, rencor, resignación y anestesia a los cimientos de tu trabajo más prolongado, único refugio visible en los márgenes de la selva de la desocupación. Y no le diste más vueltas. Dejaste que Diana se volviera a su escritorio llevando su paquete de estratagemas como una bomba de tiempo ingenuamente confundida con una caja de bombones, y abriste en la página 37 el libro de Brockner. Pero todo el vértigo, el misterio, la densidad frondosa, seductora y repugnante de un pensamiento ajeno hasta el delirio estuvieron ausentes de esas páginas, se reabsorbieron sobre sí mismos dejando un hueco que desmentía toda posible presencia anterior. Las líneas opacas con su monotonía de acero rebotaban contra tu mirada extraviada, que solo lograba detenerse sobre un punto interior, donde se retorció tejiendo su propio enigma la imagen flameante de la adventista.

¿Cómo definir ese encuentro con la adventista? Apenas 24 horas habían pasado y ya se había transportado en mi memoria hacia un lugar remoto adonde solo llegan las fantasías que nunca habrán de realizarse y que no acarrearán en sus pliegues más materia que su sólido regusto a frustración. Sí:

ni siquiera podía asegurar que el encuentro había ocurrido. Tenía todavía en el cuerpo todas las sensaciones de vuelo y hallazgo, la fiesta de las células recibiendo una noticia feliz hasta el absurdo. Una muchacha que había aceptado —contra todo lo previsible, contra toda la corrosiva regularidad de mis fracasos anteriores ante la belleza mayúscula— pasar de un intercambio casual a una conversación, prolongar la conversación en un paseo, sellar con un beso la inconcebible promesa del momento. Pero más allá no había habido nada. Ni parecía que pudiera otra vez volver a haber algo. ¿Cómo confiar en el testimonio de las endorfinas, esa morfina del cerebro, cuando la misma droga y el mismo vuelo se tiene en cualquiera de los millones de sueños con que nuestra mente nos consuela por tanta falta de realidad que nos infiere cotidianamente la vida? Ni la euforia ya desdibujada de mis venas ni la suma de todas las pequeñas convicciones corporales que forman nuestro sentido de la realidad podían ser prueba suficiente de que un encuentro había sucedido, de que una puerta por fin se había abierto por donde yo pudiera ingresar al mundo en el que las cosas pasan, no se sueñan.

Más verdaderos que esas convicciones eran sin duda un par de hechos contundentes como lápidas: su asombrosa falta de interés en casi todo lo que yo le contaba, que tornaba inexplicable su permanencia conmigo, el entusiasmo de grado cero que mostró cuando le di el beso, su rechazo consistente cuando intenté darle otro, su negativa a acordar en la despedida un nuevo encuentro. Lo único que podía servirme de aliento era un atisbo de énfasis que asomaba en su rechazo, como un acento, un hálito de vigor, una marca de energía que era una muestra solitaria de que ella podía estar luchando contra alguna hebra de pasión. Y nada más.

A lo largo de una noche su imagen había tardado mucho tiempo en emerger de la bruma de su silencio tenaz para moldearse con algo de realidad gracias a algunos datos desconcertantes que la acercaban a mí, al mundo conocido y tangible de los porteños. Eran esos datos los que creaban una sospecha de realidad y la arrancaban de la jaula exótica de chupacirios salteña en la que mi mente la había clasificado. Porque era salteña y adventista pero también bachiller y empleada administrativa, algo más cercano a las realidades con que uno puede tropezar en la ciudad. Pero lo que volvía creíble que existiera una articulación de carne y hueso entre la

esfera abstracta e imposible de su protestantismo aindiado y la mundanidad corriente de su empleo era la fuerza, la convicción de su rechazo a mis aproximaciones físicas, tras esa primera entrega incomprensible de paloma muerta bajo mi beso.

Que esa cruz estafalaria de determinaciones pudiera engendrar una persona solo podía aceptarse si la lógica de la observación tenía que rendirse ante una prueba irrefutable: una manifestación material de existencia, una resistencia opuesta por una masa que uno no podría concebir pero allí aparecía, indesmentible, como una titilación delatora en la pantalla de un detector. Su mano derecha alzada, con el meñique separado, abruptamente femenino, apartando una avalancha de mi cuerpo apenas insinuada, había sido la primera y hasta ahora única prueba que tenía de que ella era finalmente real. Real en el mismo sentido en que lo eran las hembras a las que me había aproximado en tantas ocasiones anteriores en situaciones semejantes, aunque en sideral contraste con ellas solo hubiera subrayado su existencia con un punto, un trazo, un gesto casi al final.

Las otras, las que me habían acostumbrado a la resignación y al ejercicio rutinario del intento desesperado, del lance por si acaso, y si las moscas, desparramaban realidad desde el primer ademán, desde cada postura, desde cada mirada y desde antes del encuentro. Yo las veía venir, o me veía llegar hacia ellas, sorprendido del abismo de distancias que crecían con cada pretendido acercamiento entre los cuerpos, con cada palabra intercambiada o preparada en la mente para el intercambio. Reales como una desgracia desde todos los poros de sus cuerpos, solo creaban con ellos barreras, lejanías, vallados, donde todo rechazo no era más que una redundancia, un cartel prohibiendo el paso sobre una mucho más elocuente barrera que lo impedía. Plástica como una fantasía dispuesta a ceder ante el menor capricho de quien la piensa, la adventista obedecía en cambio a las leyes de las antípodas: solo sus negativas podían precipitar como torrente la realidad en el mundo evanescente que su presencia creaba en derredor suyo. Por eso mismo ninguna negatividad de sus rechazos podía compensar la enorme atracción que esas pelotitas de materia ejercían sobre cualquier cuerpo una vez que eran soltadas en el caldo indiferente de su impasibilidad habitual. El mero contraste bastaba para crear poderosas corrientes,

verdaderas tormentas eléctricas entre las partículas de rechazo y el gas inerte que emitía la apatía de la adventista. Y solo cuando me vi atrapado por esas corrientes noté que no sabía siquiera cómo se llamaba la fuente de la que emanaban. Se lo pregunté, y me dijo:

—Romina, ¿y vos?

—Ricardo.

Pero finalmente lo lograste, pudiste concentrarte de una vez por todas en esas páginas en las que pulsaba más que tu trabajo una curiosidad enroscada en lo más sensible de tu mente. Y mientras Diana asentaba operaciones contables, y soñaba la fiesta para Barnes, mientras el avispero se aquietaba en Turba y todos se resignaban o felicitaban por cómo habían logrado dejar atrás lo que había parecido la inauguración trágica de una nueva era en su trabajo, mientras los kioscos de la ciudad mostraban en las portadas de los diarios la euforia desatada de los alemanes acariciando un triunfo levantado sobre todas las murallas de su historia, vos conseguiste enfocar con tus ojos agotados por una noche de insomnio el último párrafo que habías alcanzado a leer de Brockner, y que ahí seguía, intocado por la maquinaria de tu traducción, como un hito que no se supera impunemente:

Es ist verblüffend, dass der Wille zur Macht immer noch als eine philosophische begründete Kategorie gilt, während die Wissenschaft Beise über Beweise liefert, dass gerade dieses Streben nach Überlegenheit der Faktor ist, der die lebendige Materie dazu veranlasst, sich in immer komplexeren Strukturen zu organisieren, die ihrerseits die Grundlage bilden für jeglichen materiellen und geistigen Fortschritt, den einzig bekannten Fortschritt, das Leben, nämlich. Der Einfluss der sogenannten fortschrittlichen Kräfte in den Reihen der Akademiker hat dieses Phänomen verborgen; er zerriss die Verbindung, die sich zwischen dem Rückgang dieser Strömung auf politischem Gebiet, wo sie unter den Trümmern des zusammenbrechenden Sozialismus begraben wurde, und der Entwicklung der Ideen im wissenschaftlichen Bereich hätte herstellen Können; in den Reihen der Akademiker weigern sich viele der wichtigsten Kopfe immer

noch die allgemeine und offensichtlichen Schlussfolgerungen zu ziehen, die ihre Einzeluntersuchungen mehr als ausreichend legitimieren. Selbst die brilliantesten Ausnahmen dieser Regel sind überaus vorsichtig, wenn es darum geht, aus ihrer wissenschaftlichen Arbeit praktische Lehren zu entwickeln und berauben damit die Wissenschaft ihres ethischen Fundaments. Der Nobelpreisträger Konrad Lorenz ist vielleicht der Ausnahme der Ausnahme, denn als Biologe und Vater der Verhaltensforschung arbeitete er auf einem Gebiet, wo das Besondere fast immer zugleich das Allgemeine ist und Wissenschaft mit der Moral zusammenfällt. Trotzdem ist das Gewicht seiner Selbstbeschränkung und zweifellos der "fortschrittlichen" Zeiten, in denen er schrieb, in seinem späten und wichtigsten Texten spürbar. Niemand enthüllte so deutlich wie er die Rolle der Aggression —und zwar nicht nur bei der Verteidigung des eigenen Territoriums—, sondern in der lebensschaffenden Kraft der Liebe. Seine Zeichnungen, die zeigen, wie die Werbungs- und Angriffsbewegungen des Gänserichs sich plastisch aus den Werbungs- und Angriffsbewegungen herleiten, sind wahre Denkmäler intellektuellen Mut, denn sie belegen, wie die Liebe selbst sich aus der Aggression ableitet; es gibt keine Bewegung ohne Aggression, und die Liebe ohne Bewegung konnte nicht aus ihrer platonischen und kontemplativen Unfähigkeit entkommen und sich dem Weibchen nähern. Keiner machte wie er deutlich, dass die Aggression innerhalb der eigenen Spezies das Fundament für die Individualität bildet und den Übergang von den undifferenzierten Arten, die in Herden leben, zu höherentwickelten Spezies, die sich um die Familie und die Individuen herum organisieren, ermöglicht. Nur we wies der Liebe ihren wahren Platz im "Parlament der Instinkte" zu: als fundamentale Komponente der Kohäsionskräfte der Spezies, die aber nur handlungsfähig ist zusammen mit und in Unterordnung unter die Aggression. Aber eine Art von Resignation angesichts des damals als sicher geltenden künftigen Sieges des Sozialismus hinderte ihn, alle Folgerungen zu ziehen und gab seinen Schriften den Ton eines nörgelnden Ideologen der versucht, die Reste seiner Schlagwörter inmitten der Niederlage zu retten, statt Konzeptionen zu entwickeln, wie Lorenz sie sicher entwickelt hätte, wenn er in Zeiten des Triumphs des Individualismus den wir heutzutage wahrnehmen, gelebt hätte.

Y agradeciste que solo te hubieras topado con ese texto por exigencia de tu trabajo, y que tuvieras la obligación de traducirlo, como quien vadea por determinada obligación un lodazal inmundo que algún pueblo primitivo considera lleno de misteriosas riquezas y lo hace con la oscura satisfacción de sacarse las dudas por si acaso, por si alguna pizca de los mitos esconden una cuota de verdad. Y tradujiste:

Es curioso que se siga considerando la voluntad de poder como una categoría fundada en el pensamiento filosófico cuando la ciencia no hace más que arrimar constantemente pruebas y más pruebas de que es esa ansia de primacía la que empuja a la materia viviente a organizarse en estructuras cada vez más complejas que son el fundamento de todo progreso material y espiritual, del único progreso conocido, el de la vida. El peso del llamado progresismo en las filas académicas ha ocultado ese fenómeno evidente, rompiendo el vínculo que podría haberse establecido entre el retroceso de esa corriente en el campo político, donde está quedando aplastada bajo los escombros del socialismo en derrumbe, y el desarrollo de las ideas en los ambientes científicos, donde muchas de las principales cabezas siguen negándose por ese motivo a sacar en un plano general las conclusiones evidentes que sus propias investigaciones particulares podrían ya legitimar sobradamente. Aun las brillantes excepciones a esta regla se muestran excesivamente tímidas a la hora de extraer enseñanzas prácticas de su trabajo científico, y amputan así a la ciencia de su verdadero fundamento ético. El premio Nobel Konrad Lorenz es tal vez una excepción dentro de la excepción, pues como biólogo y padre de la etología trabajó en un campo donde lo particular es casi simultáneamente general y lo científico, moral. Pero aun así el peso de sus autorrestricciones e indudablemente de los tiempos “progresistas” en los que le tocó escribir se hacen sentir en sus textos tardíos, los más importantes. Nadie como él reveló tan palmariamente el rol de la agresión, ya no en la defensa obvia del propio territorio, sino sobre todo, en la fuerza generadora de toda vida, el amor. Sus dibujos mostrando cómo los movimientos de seducción del ganso se derivan plásticamente de los

movimientos del ataque perdurarán siempre como verdaderos monumentos estéticos al coraje intelectual, porque mostraron cómo el propio amor se deriva de la agresión, pues no hay movimiento sin agresión y el amor sin movimiento no lograría salir de su impotencia platónica y contemplativa para acercarse a la hembra. Nadie como él mostró tan claramente cómo la agresión dentro de la propia especie construye el fundamento de la individualidad y permite el pasaje de las especies indiferenciadas, que viven en manadas, a las superiores, organizadas en torno de la familia y sus individuos. Solo él le dio al amor el verdadero lugar que le cabe dentro del “parlamento de los instintos”, como componente fundamental de las fuerzas cohesivas de la especie pero solo capaz de actuar unido y subordinado al de la agresión. Pero una suerte de resignación ante el por entonces descontado triunfo futuro del socialismo le impidió sacar todas las conclusiones, le dio a su prosa el tono quejoso del ideólogo que intenta salvar los despojos de sus consignas en medio de la derrota, en lugar de lanzarse a desarrollar concepciones como las que sin duda Lorenz habría desarrollado si le hubiera tocado vivir el triunfo del individualismo que vemos en nuestros días.

Y sentiste una impresión de aberración difundiéndose en tu entorno, como en esas asambleas de la facultad en que de pronto todos parecían ponerse silenciosamente de acuerdo para considerar como axiomas tácitos de un debate las afirmaciones más improbables, las presunciones más inconcebibles, y vos sentías una apremiante sensación de ahogo trepándote por la garganta y la necesidad impostergable de levantar la mano y hablar, hablar hasta que el delirio colectivo cediera aunque más no fuera un poco, hablar para que algunos de los otros elementos de la realidad se colaran por tus palabras en el recinto abruptamente dominado por un olvido hermético. Pero antes hablabas, y la nube de caos discursivo que flotaba en la asamblea cedía siempre un poco, como si encontrara en tus palabras —o en las de otro desentonado— un peso que lo hacía descender hasta un nivel de desubicación menos intolerable. Ahora no sabías en cambio qué decir. Era como si tuvieras enfrente no una masa de gases inconsistentes emanados de alguna absurda hipótesis apresurada, de algún error desprolijo de

percepción o pensamiento que pudiera rebatirse con palabras, sino un verdadero tejido de aberraciones solo improbables, brotadas de un par de verdades incontrovertibles —en las que nunca te habías dignado reparar— como un tumor insidioso capaz de simular el más respetable de los órganos, la más baladí de las constataciones.

El tumor no invitaba a la refutación sino a la repugnancia, pero el par de verdades tiraba de tu curiosidad como un peso arrastra por la soga al alpinista hasta el borde del precipicio. Decidiste lanzarte al vacío sostenido por la única coartada del trabajo. Hojeaste las páginas siguientes, donde debían asomar los paisajes de ese mundo inconcebible, de esa otra cara de la luna que habías presentido a lo largo de tu vida sin haberle dado más crédito que el saber que existía, y diste con los dibujos: peces en danza guerrera midiéndose antes de un combate que no habrá de tener lugar, porque sus rayas dictaminarán con sus cambios de color cuál tiene la primacía, como si el anuncio de una victoria inscripta en los pliegues genéticos del macho fuese transmitido con precisión cibernética por esa suerte de juego de luces a su condenado destinatario en ese mundo sin empates de los arrecifes de coral; el cuello de un ganso torcido como una amenaza hacia la izquierda en un cuadro, en otro subiendo como un embrujo desde el primer gesto hasta una punta de tensión magnética capaz de atraer como un imán a la hembra, esta que reconoce la imposibilidad de un ataque de un macho hacia ella y traza un movimiento de espera para completarlo con otro de excitada aceptación. Todo un universo de convites y amenazas, de señales y códigos inesperadamente amoldados a la estupidez binaria de un lenguaje casi informático, de macho o hembra, imposición o sumisión, ataque o fuga fue girando hipnóticamente por las páginas hasta que pudiste ver claramente dibujada sobre una de ellas la mano alzada de Romina diciendo no, y sentiste ascender desde tus tripas el conocimiento macizo de que debía haber una estocada masculina capaz de desbaratar al vuelo ese rechazo y te dijiste que de ahora en más no había destino más central en tu existencia que dar ese golpe, y otro, y otro, aunque tuvieras que acabar convertido en una parte de vos mismo, en una punta que concentrara todo el imán y la amenaza, toda la guerra y el fuego.

Me lo dije. Sí que me lo dije. Pero pasaron tres días hasta que pude volver a verla. Mantener el estado de ánimo que me había llevado a proponerme volver a verla no fue fácil. Tuve que hacerme casi permanentemente una especie de lavado de cerebro. Me levantaba por las mañanas y me imaginaba que era un personaje de oficio particularmente viril. Eso me daba ánimo para no llamarla por teléfono de inmediato y sin embargo mantener el objetivo de llamarla cuando hubiese transcurrido el tiempo necesario para que retornase en los dos el deseo de un reencuentro. Estaba seguro de que toda la relación con esa chica solo podía justificarse si yo me negaba sistemáticamente a cometer los mismos errores que habían arruinado mis relaciones con las mujeres en el pasado. Estaba dispuesto a cualquier nuevo fracaso, con tal de que fuese de verdad nuevo, a cualquier equivocación y sufrimiento con tal de que no fuesen la repetición de los que había sufrido en el pasado. Por eso no estaba dispuesto a apresurarme, a volver a llamarla, ni a rogar por el reencuentro, ni a rendirme al fracaso para poder sacarme el estorbo de la cabeza. Sobre todo, no estaba dispuesto a dudar demasiado. Me negaba a rumiar como de costumbre las distintas estrategias que tendría que usar para conquistarla, mataba en el huevo todo atisbo de fantaseo sobre el futuro con ella, incluyendo cada intento de imaginarme el próximo reencuentro, o hasta el llamado telefónico que tendría que hacerle.

Solo me concentraba en la ímproba tarea de tratar de incorporar en mi personalidad los trazos de carácter que al compás de la lectura de Brockner y de mi propia desesperación por conquistar a Romina terminaban apareciendo ante mis propios ojos como imprescindibles para la conquista amorosa en el reino animal. Era como si acuciado por una oportunidad única de capturar una belleza tan real como el más auténtico de los sueños de uno yo hubiera decidido jugar mi suerte al saber de una tradición vieja como las cavernas, con la difusa esperanza de que mi dominio de las reglas del juego terminara por disculpar mi desprecio por ellas y legitimara mi participación en una justa de la que solo me interesaba el premio. Era un ejercicio de asimilación o mimetismo. Al comienzo me daba un tremendo

vértigo, y vergüenza, y temor. Pero pronto me di cuenta de que podía dejarme hipnotizar por una imagen completamente ajena, funcional, útil tal vez para los fines perseguidos, y perderme totalmente en los equivalentes humanos de la bestia absorbida unilateralmente por su propia masculinidad, sin romper definitivamente amarras con mi personalidad, con mi historia, con mis impotencias, que tal vez eran mi marca más distintiva. Porque en realidad, lo que uno sentía como un vuelo sin retorno hacia una mutación definitiva no era nunca más que una incursión casi turística del propio ser por los parajes quizá imposibles de otras personalidades, otras opciones, otros mundos.

Tan pronto temía uno no poder retornar nunca más al mullido hogar de la personalidad que uno conocía de sí mismo, tan pronto se sentía la frustración de no poder salir de verdad nunca de las propias determinaciones. Y en ese vaivén lo que había asomado como un peligroso desafío esquizofrénico se convertía en casi un juego, donde solo un regusto con sabor a ridículo horadaba la convicción del emprendimiento. Un juego adulto, donde lo que se juega no son realidades, teatralizaciones, objetos, sino conceptos. Uno no trepa a una silla para lanzar desde lo alto una flecha de cazador certero sobre una presa casi materializada por la imaginación en su fuga despavorida por los rincones de un comedor. No comanda desde la quilla de un sofá el coordinado ajetreo de la tripulación de un buque ballenero. No hunde ni levanta con llamados telefónicos en el aire el destino de las grandes empresas de Wall Street. Uno trata más bien de levantarse por las mañanas y lavarse las manos con la unción guerrera de un combatiente sarraceno. De acomodar los muebles con la decisión de un jefe de Estado Mayor. De poner la mesa con la indiferencia de un verdugo. De cocinar y comerse el almuerzo con la sobriedad secamente resignada de un capitán de barco ocasionalmente privado de su tripulación. De traducir cada página con la inclemencia epistolar de un dictador redactando decretos. De convocar cual talismanes todas las figuras que despliegan con sus artes consumadas las cualidades de las que uno carece miserablemente con la esperanza de que a uno se le infiltren por la piel y por el entendimiento las conductas que no logran brotarle del corazón. De responder con seguridad que sí, cuando tres días después de la primera idea sobre un petitorio por

Barnes, Diana lo invita a uno a la fiesta que se va a hacer para darle forma al plan de acción por su reincorporación.

Creo que fue la fiesta lo que terminó por precipitar las cosas. Un movimiento colectivo con un inicio más ordinario habría tal vez encallado rápidamente en las arenas de la indecisión y el temor y nada se hubiera salido de los cauces controlables que todos consideraban secretamente más importantes que el puesto de trabajo de Barnes y de cualquier otro empleado. Ya la propia concurrencia fue tan grande que puso desde el inicio a todos entre la espada y la pared, achicándole inesperadamente a cada uno el margen de maniobra que se había reservado para poder pasar por el rito solidario sin mayores compromisos prácticos. Diana tuvo la sagacidad de insistir en que se hiciera un viernes, en lugar del sábado, como habían propuesto varios, y muchos fueron creyendo que podrían hacer acto de presencia durante unos minutos y luego marcharse con la conciencia impecablemente tranquila. Fue el inesperado jolgorio que dominó durante la mayor parte del tiempo lo que actuó de señuelo y les jugó la mala pasada. Era en la casa de Hernán, y eso de por sí ayudaba: una vieja casona de San Telmo transformada por el diseñador de Turba en un gran taller de pintura y dibujo, que lo albergaba a él, a su mujer Sonia, y a alguna alumna que no tuviera donde caerse muerta pero demostrara talento para aprovechar los talentos de Hernán. Un lugar maravilloso para fiestas, y pude enterarme de que el detalle no había pasado jamás inadvertido para su inquilino.

Cuando llegué había poca gente, pero estaba Barnes, y eso era para mí una señal de que todo podía levantar mucho más vuelo del que yo había pensado, pues había dudado hasta último momento que el antaño orondo lector de mundo acusara públicamente recibo de su humillación y se dispusiera a ponerse al frente —o ser al menos cómplice— de un esfuerzo colectivo por enmendarla. Luego me enteraría de que en realidad habían tenido que ablandarlo bastante, porque su primera respuesta a la iniciativa de Diana había sido un rotundo rechazo. Pero allí estaba, en la última sala, visible a través de una arcada, rodeado de cinco o seis de sus ex

compañeros, con un poco menos del revoleo de siempre, pero sin mostrar verdadero abatimiento, apenas un expectante sosiego.

Me saludó apenas traspuse la arcada. Podía no haberlo hecho porque el ambiente, toda la casa, eran suficientemente amplios para que cualquiera pudiera hacerse el distraído. Pero era obvio que el despido —o al menos la fiesta— habían instaurado un nuevo orden en las relaciones: Barnes reconocería ahora a todo el mundo, sus anteojos no serían más aquella malla selectiva que solo dejaba pasar las imágenes exteriores de quienes tomaran la iniciativa de saludarlo. En el grupo estaban Diana, Oscar —otro administrativo— y otras caras conocidas que al acercarme me despertaron la ansiedad que siempre me ataca cuando tengo que conversar con gente de la que no recuerdo el nombre, y de las que sé que no podré mencionar más que por irrespetuosos pronombres en cualquier charla. Había cierta animación en la conversación, pero también la reserva de quienes saben que falta mucho para lo mejor de un evento.

Barnes contaba anécdotas, su especialidad. Recordaba la cara que le había puesto Gaitanes cuando le recomendó el primer libro de Baudrillard, a poco de entrar en la empresa. Gaitanes lo miró con cara de asco defraudado y le dijo: “Juan José, ¿en qué habíamos quedado?, ¿no sabés lo que es Turba?”. Pero Juan José se impuso, y durante mucho tiempo yo lo creí uno de los responsables de los cambios de los últimos años en las ediciones de la empresa. Para mí era la imagen andante del posmodernismo escéptico de todos los que estaban de vuelta de todas las pasiones políticas, ideológicas y literarias sin haber hecho jamás el viaje de ida, y no podía dejar de haber tenido un peso decisivo en la deriva que mostraba la línea de la editorial. Esto último era seguramente falso, pero sin duda correspondía también a las fantasías que el propio Barnes se hacía de su rol, porque esa era la impresión que intentaba dejar en ese corrillo. “No se imaginan la cara de Gaitanes oyendo las elucubraciones de Baudrillard sobre el simulacro y los vericuetos del deseo”, insistía. Yo hubiera puesto peor cara que Gaitanes ante la verborragia autocomplaciente de Baudrillard, pero Barnes estaba orgulloso de haberlo introducido en las ediciones de Turba, y no le preocupaba en lo más mínimo que ninguno de los que lo estaban oyendo no tuviera la menor idea de las divagaciones del francés sobre el simulacro.

Pero eso era lo de menos. La fiesta era por Barnes y se estaba ganando su merecida atención. Había sin embargo una exquisita moraleja sobre el poder en el hecho de que Barnes pudiera buscar, y en gran parte encontrar, simpatía para sus travesuras posmodernas en ellos, que seguramente habrían aborrecido a Baudrillard de haberlo leído, y que además lo hiciera cuando su prédica posmoderna en la editorial había triunfado hasta tal punto que parecía haberle costado la cabeza a él, tal vez porque descreía en el fondo hasta del escepticismo. Si no, ¿por qué lo habían echado? Era imposible enterarse oyéndolo ahí hablar a su gusto, rodeado de quienes habían venido por un motivo que él se empeñaba en eludir olímpicamente en su conversación con una soltura que en otro habría pasado por discreción, pero que en él me parecía más bien inherente a su superficialidad. Cuando me convencí de que Barnes no iba a mencionar el tema, me aparté del corrillo y me puse a recorrer la casa.

Unos minutos después las tres salas estaban repletas de gente de Turba y hasta de algunos amigos de los que la bohemia de Hernán no había podido prescindir por lo visto ni siquiera en una ocasión así. Dos horas más tarde la reunión había recorrido todas las etapas previsibles, desde los primeros intentos de convertirla en un mero homenaje hasta los entusiasmos danzantes y étlicos de las fiestas comunes y corrientes. Pero cuando todo estaba ya por entrar en carriles irrecuperables para los fines esforzados de la solidaridad social, Diana se paró en el medio de la sala más grande y dijo que como ustedes ya sabrán organizamos esta fiesta no por un motivo festivo, valga la redundancia, sino por una razón triste, si se me permite la expresión, y es que nuestro querido Juan José hace ya unos días que no puede estar trabajando con nosotros, y si es por como están las cosas ahora, tampoco va a poder volver a hacerlo, porque recibió un telegrama que no se lo va a permitir.

—Como que lo rajaron, digamos —dijo un criollo corpulento, mosca blanca por morocho en la reunión, al que me parecía haber visto alguna vez que pasé por Empaque.

Una onda profunda y caudalosa corrió por toda la gente. Miradas furtivas cabalgando de a dos en dos por los rostros, carraspeos, manos acomodando cabellos perfectamente ordenados, vasos buscando ansiosos

bocas saciadas de toda sed. Danza generalizada de incomodidad, de embarazo.

—Bueno, sí, lo despidieron —concedió Diana, en un supremo esfuerzo de realismo, mientras echaba un vistazo a su derecha como para encontrar la mirada de Andrés, que la flanqueaba aparentemente satisfecho de poder participar en ese sucedáneo festivo de una intervención sindical que no se le había solicitado—. Y nosotros estamos aquí para ver qué podemos hacer para que la empresa revea su decisión —concluyó.

—Eso no tiene sentido, la empresa puede tomar las decisiones que considere correctas en función de sus necesidades, y no tiene que andar consultándonos a nosotros si estamos de acuerdo o no, porque para eso es una empresa. Eso no significa que nosotros tengamos que estar de acuerdo. Al menos yo no apruebo para nada lo que han hecho con Juan José. Me parece una injusticia, una cosa traída de los pelos. Pero otra cosa es pensar que porque han cometido ese error todo cambia, y la empresa ya no es una empresa sino un club de amigos donde vamos a resolver por votación qué se hace y qué no se hace.

Hablaba Eduardo Ibarra, un tipo de no más de 35 años que transmitía en su vestimenta, su porte y sus gestos la misma formalidad que denunciaban esas palabras, pero de quien hubiera sido difícil haber previsto un cinismo tan desenvuelto para el uso provechoso del sofisma. Era subgerente administrativo, a cargo efectivo del área por debajo de Gaitanes Junior, y era sencillamente inconcebible que hubiera sido invitado a una fiesta así, si no fuera porque se trataba justamente de Turba, una empresa con supuesta vocación de confraternización. Diana puso la cara de desconcierto de un chico que descubre que se equivocó al tomar por un juguete destinado a él un aparato de un mayor. Dos correctoras asentían en el fondo de la sala a otra que demostraba su inteligencia superior interpretando de inmediato como correctas e irrefutables las reflexiones que acababa de hacer Ibarra. Pero todos no disponían de una tan rigurosa capacidad reflexiva. Martín, que trabajaba en el Depósito, tal vez el más joven de todos, el único pelilargo con vena de rockero en la empresa, exclamó con la misma cadencia adolescente de siempre, pero con un inusual tono enojado en lugar del tono juguetón que usaba hasta para comentar sepelios:

—¿Eso significa que si mañana Gaitanes se vuelve loco y quiere matar a uno de nosotros, vamos a tener que dejarlo hacer tranquilo y después hacemos una fiesta para decir si nos gustó o no nos gustó lo que hizo? ¿Quién es Gaitanes? ¿Dios?

—Vos sabés perfectamente que Gaitanes no haría eso, y si lo hiciera seguramente provocaría indignación en todos, pero la indignación no nos serviría de nada. Solo la justicia podría encargarse del asunto —replicó Ibarra, aun más satisfecho del filo de su lógica que en la parrafada anterior.

—¡Vamos! ¿Vos creés en serio que si alguien va tu casa y mata a tu mujer vos te las vas a pasar mientras tanto buscando la guía de teléfonos para llamar al juez? —insistió Martín.

—Bueno, eso pasa cuando se ponen ejemplos traídos de los pelos. Gaitanes no mató a nadie. Despidió a uno de nuestros compañeros de trabajo, algo que (a diferencia de los asesinatos) está completamente amparado por la ley, aunque a nosotros no nos guste, y repito que a mí no me gusta para nada lo que han hecho con José María.

—¿Y a mí qué con la ley? ¿Es palabra de Dios la ley? Yo por mí me cago en la ley —el tono de Martín estaba describiendo una curva extraña, como amenazante: se volvía más calmo cuanto más insolentes y decididas eran sus palabras, como si la verdadera batalla con Ibarra y con cualquier duda que él mismo tuviera hubiera quedado atrás y ahora solo restara defender con el menor desgaste posible de esfuerzos el terreno conquistado. Pero Ibarra no era de resignarse fácilmente.

—La empresa, no. Si se cagara en la ley no le hubieran pagado a Barnes la indemnización que le pagaron —dijo, con una euforia triunfalmente contenida mediante una mueca de todo el rostro.

—Bueno, sigamos la ley, entonces, y hagamos una huelga. Son legales también, las huelgas, no solo los despidos —replicó Martín.

—Para que sea legal hay que denunciarla antes ante el Ministerio de Trabajo —mintió Ibarra con la solvencia que se suele tener cuando uno aporta argumentos a favor de no actuar.

Pero la propuesta de Martín superaba de todos modos lo que el ansia de contemporización de Diana estaba dispuesta a tolerar. Sin consultar esta vez con la mirada de nadie, Diana dijo:

—Bueno, tampoco la idea es meternos en un lío que después tengamos que lamentar. Pero no estamos obligados a quedarnos sin hacer nada. Lo que algunos habíamos pensado es que podríamos hacer un petitorio firmado por todo el mundo, desde Mejía para abajo, redactado en un lenguaje muy respetuoso, porque creo que todos respetamos mucho a esta empresa y no queremos que se malinterprete lo que hacemos. Pero al mismo tiempo queremos que se tome en cuenta lo que pensamos. Después se lo puede entregar a Gaitanes un grupo de compañeros que nosotros elijamos. No sé si Juan José estará de acuerdo. Pero yo creo que puede ser algo muy útil, que si no nos trae la reincorporación de Barnes, al menos va a dejar bien claro qué es lo que nosotros pensamos.

A esa altura ya no fue posible para Barnes seguir callando. Con un esfuerzo casi físico que sus habituales gestos displicentes no lograban ocultar, dijo:

—Yo querría aclarar primero que aún no cobré mi indemnización y que todavía no tengo demasiado claro qué es lo que voy a hacer. Todo pasó hace apenas unos días y me tomó muy de sorpresa. Todavía estoy bastante confundido. Pero me invitaron a esta fiesta, que me pareció un gesto muy simpático y decidí venir aunque no sepa muy bien qué es lo que podemos hacer para cambiar la situación, si es que se puede cambiar algo. En todo caso estoy muy de acuerdo con lo que dice Diana. Hay que pensar bien lo que se quiere hacer para que después no tengamos que lamentar consecuencias más negativas que las que queremos remediar.

Pero el morocho de Empaque no lo iba a dejar escapar así no más. Preguntó:

—¿Pero qué pensás de la idea del petitorio?

—Como idea no me parece mal. Pero habría que ver cómo se hace, como se la implementa para que sea lo más útil posible.

Y así, con un aval tan precario del principal interesado, nos embarcamos en esa modesta travesía por los mares de la lucha reivindicativa, que apenas una semana antes hubiera parecido inconcebible para cualquier empleado de Turba. Con la decisión sobre Barnes tomada, los últimos diques que impedían el desborde de los ánimos reventaron y la fiesta despegó rápidamente del acartonamiento de una diversión por compromiso para

alcanzar la temperatura absolutamente inesperada de un auténtico festejo. Impensadas corrientes de incipiente amistad comenzaron a conectar los polos más inesperados. Ibarra mismo dejaba filtrarse por entre los pliegues de su propia decisión también tomada contra todo lo que ahí ocurría gestos de clara simpatía, que él creía más fingidos de lo que en realidad eran, como si se alegrara de comprobar que a su vez los demás eran más sinceros de lo que ellos mismos pensaban en su flamante empeño por remediar el entuerto con un compañero de trabajo.

Cuando decidí irme, quedaban en la fiesta no más de diez personas, y ninguna de ellas parecía recordar que el objetivo del encuentro había sido Barnes. Él estaba apartado de ese último reducto de militancia festiva, en el patio de la casa, las manos en los bolsillos, una desacostumbrada curvatura en la espalda, la cabeza alzada hacia el cielo. Me pareció irreconocible. Quise acercármele, pero temí romper un encantamiento precioso.

De vuelta en casa, con la melancolía gozosa de un peligro superado (la fiesta podría haber sido un caos de enfrentamientos), mirando la noche desde la exquisita buhardilla que un azar inconcebible me había permitido alquilar tres años atrás —después de Turba, después de Barnes— me lancé como se lanza un sediento a un arroyo a bucear en mis recuerdos. Quería despejar una bruma enrarecida que subía desde las imágenes retenidas de la fiesta y me inundaba de una ansiedad insomne. La figura de Barnes, parado en el patio, recortada con una nitidez filosa en la vaporosidad indecisa de la fiesta, no era el punto de apoyo para despejar la bruma sino, todo lo contrario, la principal fuente de extrañamiento. Solo cuando lo entendí me di cuenta de que en el momento de esa visión Barnes había comenzado a existir nuevamente para mí, por primera vez en los últimos cuatro años. Y mucho, mucho después de que recuerdos salidos de un subsuelo olvidado me guiaran por los senderos de cuatro años atrás hasta el ingreso de Barnes a la empresa, volví a sentir por primera vez desde entonces la nítida expectativa que todavía tenía en esa época de llegar a ser lector en Turba, de salir del trabajo casi mecánico y agotador de la traducción para dedicarme a leer y comentar los textos que debían publicarse, por un salario mucho mayor que el que se gana quemándose las pestañas para encontrar la

palabra justa que solo detectarán los lectores finales, jamás el editor que paga el trabajo.

Porque ahora recordaba que yo me creía predestinado para el puesto que Barnes habría de ocupar finalmente, tras aparecer de la noche a la mañana en la empresa como un rayo en cielo despejado. Mis intentos juveniles de hacer literatura me habían dejado solo una sensación penetrante de incapacidad y despilfarro de energías, pero me jactaba de tener una formación literaria amplia, y un sentido del gusto que además de oponer su repugnancia contra mi propia producción podía servir al propósito más útil de comentar y evaluar la obra de los demás.

Esa jactancia había tenido incluso una derivación dolorosa, que fue mi entrevista con Gaitanes, la única que tuve con él durante años después de mi ingreso a la empresa. Días enteros estuve juntando fuerzas para atreverme a hablar con su secretaria y pedirle “una hora”, como todos decían en Turba aunque se tratara de cinco minutos pero yo no dije. Le pedí simplemente “una entrevista”, y cuando me sorprendió con un inesperado para qué le contesté que era por “motivos personales”. No tenía entre mis mil millones de neuronas, una sola que dudara de que una formulación de ese tipo dejaba meridianamente claro a cualquiera de qué se trataba mi pedido. Después de todo, con solo dos años en Turba y una timidez a prueba de todo intento de aproximación no había dejado sin embargo de darme a conocer entre la gente de la empresa por mis gustos literarios, que consideraba especialmente sensibles, y por mis variadas lecturas, que el dominio de cinco idiomas facilitaba mucho.

¿Pero a quién se daba uno propiamente a conocer? El que vive el poder desde abajo se lo suele imaginar compuesto de su jefe supremo, cerebro y corazón del sistema, munido de sensores, sus subordinados, que le transmiten más o menos fielmente lo que pasa en el mundo. Como toda representación precisa, esta es falsa, pero tal vez sea la más indicada para no sufrir mayores desengaños. Existe sin embargo otra representación, tan precisa y falsa como la anterior, que se imagina el vértice del poder fatalmente divorciado de su cuerpo, y a los sensores no como meros órganos fielmente perceptivos, sino como carnaduras llenas de todas sus propias ambiciones, mezquindades y generosidades humanas, más

interesadas en sus propias motivaciones que en las necesidades del sistema. Es seguramente la que tenían los campesinos rusos cuando siguieron al pope Gapón por las calles de San Petersburgo para pedir pan y ayuda al zar contra las inclemencias de este mundo y el zar les dio una respuesta que hizo pasar la jornada a la historia con el nombre de Domingo Sangriento.

Mi representación habitual del poder era la de los campesinos rusos, y Gaitanes se encargó de llamarme a la realidad con un Martes Sangriento. Sé que fue un martes porque yo había querido que fuera un lunes, para tener todo el fin de semana para prepararme, sin entrar sin embargo de lleno en la cotidianidad corrosiva de la semana, donde la costumbre de la resignación puede erosionar hasta las más poderosas fantasías de los días feriados y derribar los corajes más heroicamente levantados. Pero la secretaria (el campesino ruso nunca culpa al zar) no quiso y me la dio para el martes. Gaitanes me recibió con una cara de sorpresa tan bien lograda que despejó en el primer instante toda sospecha de que en Turba rigiera el sistema de “cerebro-sensores fieles”. Pero en seguida su sorpresa aumentó aun más cuando le expresé mis deseos, y con su esfuerzo por simular un esfuerzo de ocultar su asombro terminó barriendo también con toda esperanza de un zarcito benefactor.

Me dijo que bueno, Zevi, la verdad que no sabíamos (y sonó mayestáticamente) que usted tuviera esa ambición, para llamarla de alguna manera, y me parece bien que la tenga, Zevi, y que lo manifieste, pero necesitamos nuestro tiempo para estudiar la idea, nosotros consideramos todas las ideas del personal y tenga la seguridad de que la suya también la vamos a considerar, pero tenga en cuenta que usted no tiene experiencia en ese puesto y nosotros ya hemos estado considerando otros candidatos, cualquier novedad que tengamos se la vamos a comunicar.

La novedad tardó cuatro o cinco meses en llegar y no lo hizo bajo forma de una comunicación, en el sentido habitual de la palabra, sino de la estampa y figura de Barnes, que provisto inicialmente de puesto pero aparentemente no de trabajo hizo un día su aparición y comenzó a pasearse, en un periplo que le duró semanas, por toda la empresa con un aire mezcla de turista y de hijo culto de tasador de hacienda, sus anteojos un poco más grandes que los de Lennon, un poco menos redondos, bastante menos

modestos. Hasta que un día se instaló en una oficina, una “pecera” como decían en Turba, y todos supimos que era el nuevo lector por la simple razón de que allí había estado Jorge González, el anterior encargado de recomendar los textos a editar, que se fue con una beca al Canadá.

Gaitanes no volvió a hablarme durante años ni del asunto ni de ninguna otra cosa. El silencio en torno de mi pedido fue tan grande que hasta a mí se me borró de la memoria, y durante años estuve convencido de que nadie sabía que yo había añorado ese puesto, de que mi propio deseo había sido suficientemente vago para quedar encerrado entre mis fantasías y de que mi única entrevista con Gaitanes había sido a mi ingreso a la empresa para tratar las formalidades del caso. Hasta que lo vi a Barnes parado por primera vez humanamente en ese patio, y la vieja llaga volvió a arder.

CAPÍTULO 2

¿Qué se hace en la segunda cita con una muchacha cuando ya la primera tuvo la suficiente magia para tornar superfluo un marco convencional de acercamiento, como una cena, pero no la intensidad necesaria para hacer viable una verdadera aproximación física? Seguramente se repite la primera experiencia con la esperanza de llegar a la intensidad requerida por la vía de una magia reiterada, o uno se resigna finalmente al marco convencional confiando en que una desaceleración del acercamiento generará más misterio, interés y temperatura.

Pero yo no estaba en condiciones de darme ese tiempo. Tenía un papelito con la dirección de Romina calentándome el bolsillo derecho del pantalón y no estaba dispuesto a dejar pasar ni un día más sin sacarme las dudas que el primer encuentro me había abierto. Eso sí, pude dejar pasar el sábado, pero solo porque sabía ya que los adventistas observan el sábado en lugar del domingo como día de descanso y de prolífica prohibición, de modo que era inútil toda sugerencia licenciosa entre la caída del sol del viernes y la del día siguiente, que es como al modo judío cuentan los días en la secta protestante. Además yo arrastraba todavía la resaca de la trashedada por Barnes, de modo que sentí como si una oscura sincronización hubiera dispuesto una fiesta de Turba el viernes para que mientras Romina previsiblemente oraba y renovaba sus votos piadosos yo adquiriera en la fiesta y con el descanso posterior el estado de ánimo necesario para desembocar en un encuentro pagano con ella el domingo, cuando supuestamente se hallaría ligeramente liberada del riguroso control sabático de su Dios. Definir una relación con una mujer un domingo no me habría parecido posible en otras circunstancias: mi timidez y la legión de mis inhibiciones me obligaba de costumbre a refugiarme bajo el ala de los

códigos más comunes y los marcos más aceptables, que reservan los misterios de la intimidad o la expansión festiva para las noches del viernes, el sábado o a lo sumo otro día de semana, pero no para el remanso periódico que el domingo fabrica a fuerza de parques, plazas, casas de té, fútbol y facturas en las vidas de la gente.

Pero si ensayar una relación con la adventista tenía algún sentido no cabía duda de que este residía en la posibilidad de probar formas totalmente distintas de las que habían caracterizado mis vínculos con las mujeres. Con la sensación de extrañamiento por la inusual fiesta de Turba aun impidiéndome posar sólidamente mis pies sobre mis rutinas de los domingos, estaba en posición inmejorable para tirarme al vacío de una modesta innovación. Al menos era lo que pensaba mi cerebro, porque mi corazón todavía no me acompañaba muy entusiasta. Pero eso era lo de menos. Tenía miedo, pero reaccionaba ante él de manera diametralmente opuesta a como lo hacía de costumbre. En lugar de tomarlo como un sombrío augurio de fracaso quería —y asombrosamente casi podía— sentirlo como un indicio de que me preparaba a hacer algo que nunca había hecho, ni que jamás había pensado poder llegar a hacer. No sabía qué era, pero eso tampoco era importante, porque por primera vez en mi vida estaba ocupado más en seguir una dirección de acción, incluso de pensamiento, antes que en preguntarme las causas de nada. Sentía energía, eso sí. Una energía desacostumbrada en esos casos. La misma energía que me invadía cuando avanzaba a velocidad de crucero en medio de una traducción interesante o de una lectura que me abría un mundo nuevo. La energía que siempre me visitaba cuando pisaba seguro sobre un terreno intelectual sólido y sentía el impulso de empezar a correr.

Solo que en aquellas ocasiones no sentía únicamente el terreno firme debajo, sino que también tenía inscripta secretamente en algún lugar de mis percepciones la raya del horizonte para hacerme sentir la dirección indicada, aun sin conocerla a ciencia cierta. Ahora solo sabía en cambio que quería correr, sobre un terreno firme también, pero con una meta que desconocía completamente, sin la menor intuición de un horizonte, y preguntándome incluso de dónde podía venir esa firmeza que me daba impulso. Pero no me lo pregunté por mucho tiempo. Porque me dediqué en

cambio a cultivar, a alimentar, a reforzar con una concentración desesperada esa energía, para que me inundara hasta hacer emerger en la cabeza una meta, una dirección. Ya sentía los músculos de mis brazos y mis piernas preparándose para una acción indescifrable que tal vez nunca llegaría a conocer, pero que lograba sin embargo disponer todos mis reflejos para su consecución, como la materia viviente prepara a un niño para el instante del parto sin que él sepa qué es lo que está por suceder. Los dedos se me movían como exigidos por una irreprimible agilidad, los brazos buscaban abarcar espacio o caer con un peso solemne como para golpear un tambor, las piernas se me tensionaban como para saltar... ¿hacia dónde? Hacia adelante, hacia la meta, hacia...

¡Pero si lo que tengo que hacer no es ni un deporte, ni un asalto, sino ir a ver a Romina!, me dije de pronto, y me sentí infinitamente avergonzado, humillado por mi propia estupidez. O tal vez no era mi propia estupidez, sino Romina la que me había tendido la trampa, la que me había puesto en una posición que me forzara a hacer payasadas propiciatorias, como si cumpliera los ritos preparatorios para una justa, como si tuviera con quién pelear.

¿O tenía con quién pelear? Sí, ¿por qué no? Si eso era justamente lo que tenía ganas de hacer, y ya mismo, sin perder ni un solo minuto, sin dejar que la musculatura se perdiera esta preciosa ocasión de estar tan dispuesta a todo. Me moría de ganas de pelear. ¿Contra Turba, contra Gaitanes, de quien acababa de recordar la “consideración” tan atenta que había prestado a mi pedido cinco años atrás? ¿Contra Barnes, que se había quedado con el puesto que yo soñaba y se daba ahora encima el lujo de hacerme sentir obligado, crecientemente obligado a defenderlo? ¿Contra la Argentina, que con su deporte fascista de cerrar recurrentemente las universidades me había conducido como de la mano hacia mi propio vicio de abandonar carrera tras carrera y terminar teniendo que ganarme la vida como traductor, sin ningún título, ni esperanza de llegar a hacer algo creativo con tantos años dedicados al estudio?

No, no era eso. Algo me humillaba, algo me trababa, algo me aprisionaba, pero no era el pasado. Era algo bien vivo, presente como una circunstancia, insistente como un semáforo en una esquina desierta, pero al

mismo tiempo furtivo y artero como un encandilamiento en medio de una ruta mortal. Me puse a caminar como una fiera a lo largo y lo ancho de mi buhardilla. Miré por la hermosa ventana que me había regalado tantos atardeceres inolvidables. Vi el manto plomizo que se había extendido contra el cielo borrando de un soplo la incipiente primavera, y sentí por primera vez en mucho tiempo la tristeza adolescente por el domingo que mata la magia del fin de semana. Sentí como que un acto —¿una revolución?— pudiera descorrer el velo gris del día muerto, y me prometí volver a considerar la idea más tarde. Algo anda mal en este país si los domingos pueden volver a ser así, me dije.

Fue entonces cuando volví a ver diáfano, preciso, el gesto de la adventista apartando con una mano mis intentos. Y ahí sí se despejó toda duda. Primero bajo la forma de una vibración vaporosa, luego con un huracán que me arrastraba el cuerpo, un odio desconocido, denso, infinito invadió la habitación y se concentró en esa mano apenas despectiva, en esas pupilas aindiadas cerradas herméticamente sobre su propio rechazo. No me vas a cagar, puta de mierda, no te me vas a hacer la difícil para después despatarrarte bajo el primero que te sepa tener cortita, no me vas a tomar el pelo, le dije. E inmediatamente me sentí inmensamente ridículo. Estaba usando el lenguaje que siempre había considerado como una invención caprichosa y cobarde de los hombres más mediocres cuando se topan con la libertad de la mujer. Como imitador de imitadores, sentía que tenía incluso más histrionismo que ellos, lo mío era todavía más artificial e impostado, aunque más no fuera porque esa era la primera vez que usaba ese tipo de frases y nunca en mi vida había pensado que alguna vez lo haría.

Y sin embargo, más allá de la torpeza de las expresiones, más allá de la falsedad incurable de la pose, había algo infinitamente auténtico en el sentimiento, en el odio que tenía. Ese odio no quería perderlo, aunque me brotara en forma de expresiones que me resultara imposible reconocer como propias. Porque sentía que ese odio era algo nuevo y valioso con lo que nunca había contado y que podía ayudarme de manera decisiva a cambiar mi relación con las mujeres, con el mundo. Era una herramienta que por primera vez caía en mis manos, que prometía abrirme puertas que ni siquiera conocía ni mucho menos sabía si valdría la pena abrir, pero que

despertaba abruptamente mi curiosidad, como continentes inexplorados que emergieran de pronto en un mar brumoso. ¿Pero cómo usarla?

Sentía confusamente que algo del exterior podía plegarse a mi voluntad si lograba manipular ese odio, pero la furia también podía convertirse en un filo inmanejable que cortara —si no aprendía a usarla— mis lazos con todo, no solo con Romina. ¿Seguiría entonces apostando al equilibrio bienpensante de los sentimientos? Si de una vez por todas quería ganar, ¿no era hora de hacer un salto sin paracaídas de verdad? ¿De jugarme a alcanzar aunque fuera tan solo un punto de no retorno, sin resguardos, ni reaseguros, ni opciones de reserva? Tal vez sí, pero que me dijeran entonces cómo. Haría lo que fuera necesario, pero que me dijeran qué.

¿Qué hace un varón cuando está harto de esperar, cuando estuvo treinta años aguardando, cuando quiere dejar en claro que no va a aceptar renuencias ni postergaciones? ¿Pega? ¿A quién? ¿A la hembra? ¿Al rival? ¿Quién es el rival cuando solo un no cierra el camino? ¡Ah, si hubiera un rival! Un verdadero hijo de puta a quien uno pudiera —revólver en mano como en el mundo de Roberto Arlt— arrancarle la hembra de su lado, llevarla en medio de la fiesta al punto más visible del salón, y allí hacerla arrodillarse con el caño del arma en la sien para someterla escandalosamente en público al rito más privado del sexo mientras su macho mira desarmado e impotente y se vuelve así su ex macho, como el rival del rufián melancólico se volvía un no rival, no persona, nada, a medida que su hembra besaba con unción profanadora la pija de quien había sabido detectar el instante preciso en que un gesto, un revólver y un coraje podían lograr lo impensable.

La realidad tiene esa cualidad única de poder despejar como un viento de hielo, sin derroche alguno de argumentos, los vapores más densos de la fantasía. La realidad se colaba en mi casa por el teléfono, negro, sólido, clásico, muy pasado de moda pero por eso mismo más adecuado para hacerlo aterrizar a uno de las ilusiones imposibles al terreno de lo permanente y material. Era por ese teléfono por donde había oído la mayor parte de los no con voz de mujer.

Disqué el número de teléfono de Romina. Primera señal tranquilizadora: era efectivamente el de la pensión donde vivía. No me había tomado el pelo. Segunda señal alentadora: no se extrañó de que la llamara. Remate aun más inesperado: sí estaba de acuerdo en que nos viéramos; le parecía bien la Plaza Congreso; sí, tenía tiempo como para aprovechar la tarde nublada yendo al cine, o haciendo alguna otra cosa. Respuesta inevitable a la torpeza infaltable: no, la Plaza estaba bien; no, no prefería almorzar primero en mi departamento, aunque estuviera por llover.

Cuando colgué tuve un momento de euforia y la vi en mi departamento dispuesta a gozar de una eternidad compartida como había visto a tantas otras fingir en mis fantasías el mismo engaño. Pero pronto me repuse. Esta vez no, me dije. Esta vez seré todo trabajo, toda máquina en pos de su meta. Nada de engolosinamientos previos que solo sirven para distraerlo a uno y hacer luego más dura la caída hacia la realidad. Pensemos más bien en el estado de la partida. ¿Qué espera ella? Encontrarse con un intelectual. ¿Por qué dudó la vez pasada, después de haberse entregado a un primer beso como un pescado inerte a la mano del pescador? Porque estaba con un intelectual. ¿Qué es lo último que puede querer la acólita de un predicador iluminado? Otro palabreador que además ni siquiera tenga seguidores. ¿Qué es entonces lo que debe hacer Ricardo Zevi la próxima vez que la vea, a saber dentro de una hora en Plaza Congreso? Considerar el primer encuentro como inexistente, nulo y no producido, hablar apenas lo mínimo necesario para no resultar insoportablemente insolente. ¿Y? Y esperar. Esperar a que algo pase. A que uno aprenda en un golpe de inspiración a ser otro, a resultar... ¿macho? Macho o lo que fuera. Seductor, conquistador. Cualquier cosa que no sea de antemano un perdedor. O está bien, un macho, sí. Un pez macho de Lorenz, en la fuente de Congreso. Un ganso estirando el cuello con la furia del ataque hasta que el sexo le desvía el gesto, lo estiliza, lo afina, y lo vuelve cortante para la sensibilidad de la hembra, para que él pueda desgarrar la coraza excitada pero aún confusa, que protege un corazón hecho de ternura y fuego.

A ver. A verme en el espejo. ¿Cómo sería? ¿Así? Un poco a la izquierda. Otro poco a la derecha. Ahora con los ojos. ¿Debo hacer asomar esta sonrisa de perdonavidas como Humphrey Bogart? ¿Humphrey Bogart

sentía el ganso seductor que llevaba adentro para poner esa sonrisa? ¿Sentía el agua limpia de los arrecifes de coral curtiéndole el rostro de pez irascible y luminoso? ¿Se sabía bello porque se sentía pez, felino, ave? ¿O se sentía ave porque alguien le había dicho que era tan bello que acabaría por volar? ¡Cuánto hacía que yo no leía a Freud! Me daba cuenta ahora de que no podía dejar de imaginar que Bogart debía haber tenido un faro que diera ese brillo a su mirada, una primera luz que encendiera en él la convicción de su fuego, una madre, y que esa madre debía haberlo mirado con el embobamiento que el posfreudiano Lacan atribuye al circuito de fascinación que une la mirada de toda madre sana a la de su hijo. Si no, cómo explicar el narcisismo autosatisfecho de esa mirada.

Para mí sí que no había habido fascinación. Apenas si había habido madre. Eso siempre lo había sabido. Pero antes eso producía orgullo. Así como América latina estaba poblada de terratenientes ausentistas, yo había tenido padres ausentistas. Era un dato de mi realidad sociológica que me permitía sentirme un *self made man* de los afectos. Nada más. Algunas absurdas privaciones materiales hijas del descuido metódico y de la avaricia del desprecio —que tal vez me habían ayudado a encontrar la ideología política que tan irrefutable me había parecido luego— era todo lo que podía cargarse a la cuenta de ese ausentismo, había creído yo. Que yo no pudiera sentirme pintón frente al espejo era algo que no hubiese atribuido nunca ni a las escapadas permanentes de mi madre, siempre en algún viaje misterioso o en alguna fiesta recurrente, siempre satisfecha con verse representada *ad vitam* en su casa por las mucamas, ni a esa manera que tenía mi padre de sobrevolar sobre el hogar como un piloto de la timba en las tinieblas, siempre con algo más importante que hacer que echar siquiera un vistazo hacia el mundo pequeño de ahí abajo, donde no había ni telas, ni artículos de bazar, ni cinturones, ni propiedades, y ni siquiera una televisión suficientemente aislada de interferencias domésticas, como la que terminó devorándole sus horas cuando uno a uno los rubros del comercio se le fueron volviendo esquivos.

No, jamás hubiera pensado antes que la autoseducción a la que parecían abocados los galanes del espectáculo, esa manera reconcentrada de posar ante los ojos de los otros que parecía requerir de un esfuerzo por cautivarse

a sí mismos, tuviera que ver con la más elemental de las formas de autoestima, y pudiera originarse en ese encandilamiento mutuo del bebé y la madre que tanto sedujo al caprichoso Lacan. Nunca lo hubiera pensado hasta que me sentí más desamparado que un patito feo intentando esa tarde gesticular frente al espejo para ensayar la seducción de una muchacha que en una época menos tardía de mi vida hubiera considerado tal vez apenas digna de merecer mis esfuerzos, reducida como estaba en mi mente a su sola aunque terrible belleza.

Porque esa tarde sí sentí en la superficie misma de la cara, allí donde uno ventila involuntariamente las carencias más dolorosas, la falta de esa mirada de mujer, de ese baño de luz primordial que desde la adultez solo puede imaginarse como el halo con que uno mismo transforma la belleza corriente de la pareja de uno en un deslumbramiento capaz de vencer a todas las estrellas. Pero una vez más me salvó el odio. Estaba incompleto, de acuerdo, pero mano a mano con la sociedad. O mejor dicho, estaría a mano cuando me apropiara de lo que las circunstancias me habían negado. Si no podía conectarme con mi felino interior, ni con mi pez, ni con mi ave, si no había incorporado como un órgano interior esa caricia de ojos de hembra adulta que borra como un soplo todos los rubores y las dudas, apostarí a la única alternativa, la impostura. Esa también era una identidad. Seré el impostor, me dije. El que finge tener todo lo que hay que tener para circular por este mundo, alguien con los papeles de la libido en regla, alguien a quien no puedan detener en cualquier encrucijada de la vida para reclamarle cómo se atreve a salir a la calle sin registro de amator. Porque, se sabe, más vale tener documentos falsos que andar indocumentado. Me lo dije, y miré una vez más hacia el espejo. Mi rostro no simulaba seducción. Pero me miraba con una sonrisa cómplice que era la primera transgresión que le veía hacer en mi vida.

Estuve en la plaza con toda la puntualidad esperable en una cita con una adventista. Media hora después pude comprobar sin embargo que aun las iglesias más fanáticas sufren en estos tiempos de relajamiento la pérdida de virtudes cardinales como la puntualidad. Con paso lento, como si llegara

demasiado temprano, la vi acercarse al banco donde yo estaba, inesperadamente vestida con ropas aun más ordinarias que las que traía cuando la conocí en el bar. Quedé haciendo equilibrio entre dos sentimientos opuestos: uno era pensar que si no se había molestado en ponerse atractiva era porque ya había decidido que yo no le interesaba, el otro era suponer que ella no sabía cómo ni tenía los recursos para darse una mejor apariencia, lo cual a su vez me avergonzaba, me hacía sentir un seductor de rapiña alimentándome de las sobras que cualquier otro habría despreciado.

Pero logré salir de esa duda abandonando la especulación sobre ella y concentrándome en lo que tenía que hacer yo. Si de seducir se trataba, su desaliño podía ser en realidad una ventaja, me daría más seguridad, aplazaría mis miedos, la volvería más accesible a mis intentos. Debía ser menos difícil conquistar a una humilde pajuerana que a una princesa incaica hermosamente ataviada. Pero cuando la tuve frente a mí olvidé la sonrisa de Bogart y las campañas de conquista y me encontré súbitamente resistiendo desde las primeras líneas de defensa los embates de los nervios. No me intimidaba su apagado encanto sino la novedad de mi propio emprendimiento y la posibilidad de un fracaso de unas dimensiones aun para mí desconocidas.

—Apuesto a que a la iglesia nunca llegás tan tarde —le dije, satisfecho de mi diminuta estocada.

En seguida descubrí con asombro que había arrancado una primera victoria de envergadura: su sonrisa se hizo cada vez más amplia y esbozó una mueca de inesperada pero inconfundible picardía. Un sutil destello de lápiz labial ocre y opaco pareció desprenderse de su rostro. Comprendí que se había acicalado tanto como su decálogo protestante podía tolerarlo. Ni se me ocurrió entonces que ese código prohibía hasta ese atisbo de maquillaje y que Romina estaba cometiendo un gran pecado, solo me sentí sutilmente halagado.

—No, lo que pasa es que me puse a arreglar a último momento la pieza y se me pasó la hora —me dijo.

Nada mejor que una mujer para podarle a uno la vanidad. Pero su sonrisa seguía prendida de esa picardía que me interesaba más que un

halago.

Pese a todos mis intentos no pude ser parco. No pude dejar hablar a los gestos, la mirada, el silencio. Pero al menos logré hacer que ella hablara casi tanto como yo. Nos quedamos largo rato sentados conversando en el banco frente a la fuente. Me sorprendí de lo poco que había llegado a saber de ella en el primer encuentro. Pensé al comienzo que se trataba simplemente de una versión magnificada de un fenómeno que a menudo me ocurría debido a la verborrea incontenible en que incurría por los nervios infaltables de todo primer encuentro. Pero a medida que elementos insospechados de su personalidad y su historia comenzaron a asomar con lentitud exasperante fui comprendiendo definitivamente que ese déficit inicial de información no sería esta vez fácil de superar porque no obedecía casi en grado alguno a mi incontinencia verbal sino a una avaricia comunicativa tan abrumadoramente tenaz en la adventista que ni siquiera desaparecía cuando su boca se llenaba de palabras, lo que de todos modos no era nada usual.

Resultó ser mucho más culta de lo que hubiese podido esperarse de una militante de una secta religiosa. Por cierto, tenía regiones enteras de la cultura deformadas por el adoctrinamiento. Darwin y toda forma de evolucionismo biológico eran “ridículos”, “increíbles”, “absurdos”, porque la Biblia ya nos dijo cómo todas las especies surgieron directamente de un acto creador de Dios, por ejemplo. Pero había de hecho pocas cosas elementales que no figuraran, deformadas o no, en el campo de sus conocimientos. Yo, que no le había creído que había hecho la secundaria — no podía imaginarme un bachiller siguiendo al pastor Ramos—, tuve que aceptar finalmente como plausible su relato sobre su frustrada incursión en la Universidad. Había ingresado a la facultad de Filosofía de Salta con la esperanza de encontrar un alimento sustituto de sus inquietudes teológicas, que como protestante no tenía muchas posibilidades de satisfacer en este país católico. Pero pronto se había dado cuenta de que en esa facultad secular tenían aun menos consideración por los teólogos de cualquier procedencia que la que podían tener los elucubradores católicos hacia los protestantes. Al año su carrera universitaria había concluido sin haberle dejado siquiera amistades que justificaran el esfuerzo. ¿Extrañaba aquel

mundo nuevo que apenas había llegado a vislumbrar? A veces, sí. Cuando veía muchachos con libros bajo el brazo no podía dejar de pensar que pasaban sus horas descifrando a Platón en griego, aunque sabía que lo más probable era que estudiaran administración de empresas con manuales en inglés.

Rastreando su paso por la facultad pude enterarme de que no era tan puramente salteña como me había dado a entender unos días atrás. Había nacido ahí, y su madre, que no parecía ser la más cercana a su corazón, era salteña. Pero su padre era correntino, descendiente de guaraníes. Cuando me lo dijo se movió dentro de mí el mar de fondo que siempre evocaba la palabra guaraní: alegría, expansividad, chamamé, belleza femenina, mucamas, cultura y lengua indígenas conservadas y vergüenza mía por la guerra de la Triple Alianza contra el Paraguay. Di alguna rienda suelta a mi entusiasmo filoguaraní, pero el tema parecía interesarle menos aun que cualquier otro. Salta acaparaba aparentemente no solo su biografía y su geografía, sino cualquier veleidad de orgullo indigenista que pudiera armonizar con los rasgos exquisitamente refinados de su rostro. Había hecho en Corrientes la primaria, pero luego toda la familia se había mudado nuevamente a Salta. No había pensado jamás en peregrinar hacia sus orígenes. Si de eso se trataba querría conocer algún día el Cuzco de los incas, no el Paraguay guaraní. Era evidente que ni siquiera le agradaba en lo más mínimo que yo evocara su origen indígena.

—Mis padres tienen sangre indígena, pero son familias muy mezcladas con españoles —puntualizó.

Recordé lo único que me habían dicho alguna vez de Salta —tradiciones hispanas, pretensiones aristocráticas, feudalismos provincianos— y lo que cualquiera sabe: una riqueza inagotable en música folclórica. A contramano del torrente hereditario que nutría su propia belleza, la adventista parecía haberse contagiado en alguna medida del rechazo de la aristocracia provinciana a los indios. Insistí, a riesgo de incurrir en soberbia pedagógica:

—Para mí todo lo guaraní tuvo siempre una significación especial, sobre todo por el Paraguay. En Paraguay se desarrolló a comienzos del siglo pasado la única sociedad industrial independiente que hubo hasta ahora en América latina. Como el país quedaba lejos del mar y Buenos Aires le

bloqueaba a cada tanto la salida por el Paraná, tuvo que crear su propia industria, en lugar de dejarse industrializar por el capital extranjero. Fue el primer país sudamericano en tener ferrocarriles y telégrafos, y además los fabricaba en gran medida localmente. Para lograr todo eso tuvo que seguir culturalmente un camino inverso al de la mayoría de América latina: puso por encima de todo las tradiciones propias y reivindicó la cultura y la lengua de sus indios. A los países vecinos y a los europeos esa nueva potencia les pareció peligrosa: Argentina, Uruguay y Brasil, que en esa época era un imperio esclavista, le hicieron una guerra de exterminio hasta que lo redujeron a cenizas. Fue el triunfo del atraso agrario contra la industria y el desarrollo social.

En su rostro pareció dibujarse un asomo de interés. Aproveché:

—Sabés que exactamente por los mismos años hubo una guerra equivalente en Estados Unidos, entre el Norte industrial, que defendía todo lo norteamericano, y el Sur agrario y esclavista, que era aristocrático y vivía mirando a Europa. Pero ahí ganó el Norte y el país pudo desarrollarse en todos los planos...

Su mirada se perdió antes de que pudiera terminar la nueva perorata en la fuente de la plaza, como si buscara un ganso de Lorenz capaz de hablar menos y hacer más. Comprendí que solo me había mirado con gesto interesado para alentarme a terminar cuanto antes con esos temas que la abruman, o por mero respeto. Logré salir de la turbulencia aterrizando de emergencia en el folclore salteño. Se entusiasmó. Hablamos de los hermanos Dávalos, de Falú, de Zamba Quipildor, de los Chalchalersos, de Valderrama. Me dijo que su única verdadera nostalgia era la música del interior. Todos los días al despertarse ponía Radio Nacional para darse un baño de folclore. Sentí que avanzábamos nuevamente a velocidad de crucero y podía continuar sin temor:

—¿Por qué te viniste a Buenos Aires? —le pregunté.

Ya se lo había preguntado la primera vez. Pero me había respondido con algunas vaguedades poco creíbles. Que las ganas de conocer la ciudad, que las mayores posibilidades de trabajo, que la fuerza mayor de su Iglesia en la capital. Nada capaz de justificar venirse a un lugar donde no tenía ni un solo pariente ni ningún conocido. No pareció recordar que era la segunda vez

que se lo preguntaba. Apartó la mirada de la fuente, me encaró de frente con el rostro despejado, como si fuera a comentarme que estaba haciendo buen tiempo o cualquier banalidad por el estilo, y me dijo:

—Porque quería alejarme de mi novio.

¿En qué quedamos? ¿No era una rigurosa chupacirios? ¿Cuán novio había sido ese novio? ¿Cuánto se habían desviado de la castidad cristiana?

—¿Hacía mucho tiempo que estaban de novios?

—Unos dos años. Pero con varias separaciones en el medio. Al final yo pensé que la única forma de separarnos definitivamente era que yo me fuera de la provincia, porque si no siempre volvíamos a juntarnos.

Sus cejas se juntaron como si buscara concentrarse o dominar un dolor. Luego su mirada se refugió una vez más en la fuente. Yo sentía que una distancia enorme iba creciendo entre nuestros cuerpos, y que el mío era el que se alejaba, arrastrado por una corriente de desprecio que lo empujaba hacia una isla perdida, fuera del alcance de cualquier mirada.

—¿Por qué querías separarte?

Todavía refugiada en la fuente, contestó con el rostro abstraído como si repitiera para uso de algún burócrata estatal las respuestas automáticas sobre sus datos personales:

—Porque no podíamos casarnos.

—¿Él era casado?

La insolencia del funcionario la arrancó del torpor burocrático. Lo miró asombrada por su ignorancia y le explicó el ABC de las buenas costumbres:

—Los adventistas no podemos salir con gente casada. Vivimos según los preceptos cristianos.

—Bueno, pero hay muchos buenos cristianos que... —antes de que pudiera terminar la adventista estaba embarcada en plena campaña proselitista. Pero su rostro y sus gestos de predicadora eran completamente inesperados. No se ponía irascible como un adolescente trotskista, dispuesto a despertar a su interlocutor de su letargo pequeño-burgués. Adoptaba un aire irónico y pedante, desgranaba con autosuficiencia sus verdades como el más redomado de los oráculos freudianos, como un jesuita en un debate de la Inquisición, lejos de cualquier conmoción interior, ni qué hablar del odio o la exasperación.

—Ellos se creerán buenos cristianos —comenzó, insuflando con una sonrisa que le desconocía un tinte aun más petulante a su actitud—, pero la Biblia establece con toda claridad cuáles son los preceptos que deben seguir los cristianos de verdad. No desearás la mujer de tu prójimo, dice. Y un casado o casada ya son del prójimo.

Yo estaba abrumado por una sensación de vulgaridad, vacuidad, estolidez supina. Que su único gesto de picardía, y hasta de arrogancia, estuviera apoyado en su capacidad para detectar esas banalidades en la Biblia me dejaba anonadado, me despertaba vergüenza ajena... y de la propia, pues al fin y al cabo llevaba ya varios días haciendo girar mis expectativas alrededor de esa muchacha. Sin embargo, esa marejada de sentimientos desagradables pero al menos conocidos se trocó en una sensación inquietantemente nueva, cuando me dije que después de todo nada me impedía aguantar unos minutos más hasta ver qué se escondía detrás de esa inesperada explosión de arrogancia provinciana. Porque en los minutos que siguieron me encontré poco a poco deseando que esa petulancia que me tomaba por objeto de su burla continuara. Descubrí con gozoso asombro que ya no me interesaba incluso qué se escondía detrás. Que la actitud acartonada y narcisista valía ante mis ojos por sí misma, justamente como un cartón que lograra pararse contra el viento por la fuerza de su propia convicción, vacía como un empecinamiento, y que lograría primero la atención, luego el respeto y finalmente la admiración de cualquier persona con sentido estético. Si hubiera tenido un contenido más espeso, un fundamento más sólido que la absurda certeza suburbana de una superioridad imposible de la propia persona por su mera filiación sectaria, su actitud no hubiera podido excitarme, como estaba empezando a excitarme, de la manera sexual más intensa, más vacía, más irracional.

Me dije que ese debería ser el juego de encantamiento mutuo en el reino animal que tanto deslumbraba a Lorenz. Un juego de máscaras y simulaciones, vacío de palabras y sin más sentido que el respectivo pavoneo de cada miembro de la pareja para encantar al otro mediante el propio autoencantamiento. Pero me lo dije sin sorna. Con respeto de flamante iniciado ante un mundo nuevo.

La alenté a que siguiera instruyéndome en las certezas incommovibles de la Biblia y los Evangelios. Mientras me hablaba de San Lucas, San Pablo y San Mateo, yo me preguntaba si ella estaría sintiendo algo aunque fuera remotamente parecido a lo que experimentaba yo y si la creciente seguridad que iba ganando a medida que discurría sobre su tema favorito acercaba para mí el momento oportuno de hacerle las únicas preguntas que me preocupaban, las mismas que ella estaba intentando postergar con su inesperada perorata religiosa: ¿por Dios, cuán novio había sido ese novio? ¿Era posible que una adventista —ingresada, me había dicho, a los quince años al mundo de la verdad revelada— hubiese violado el más pudoroso de los mandamientos, condenando a su alma a una estadía interminable en el infierno y tal vez a su cuerpo a un exilio no menos eterno desde Salta hasta la distante Buenos Aires? ¿No desearás la mujer de tu prójimo pero fornicarás con tu novio si no quiere o no puede casarse?

Pero no. Ese momento no podía haber llegado tan rápido. Si era cuestión de acelerar los trámites, más valía apurar un nuevo pecado como si fuera el primero, que desafiar la sensibilidad de ella escarbando en las viejas llagas por pura curiosidad. Aunque esa curiosidad tuviera el filo angustioso de los celos, esos celos retrospectivos que suelen ser augurio de amor y desdicha. Además ya me estaba aclarando que, bueno, la cosa no era tampoco tan, tan así. Su Iglesia se había aggiornato en los últimos años, y ella se sentía “orgullosa” de que hubiera podido hacerlo. Se predicaba la vida cristiana pero sin exageraciones. “Antes expulsaban al que fornicaba o era infiel, ahora se acepta mucho más la posibilidad de enmendarse. El adventismo se hizo mucho más tolerante”. Su propio aggiornamento no estaba alcanzando para que tomara a bien otro chiste sobre el punto: “¿Predican un adventismo gorbachoviano?”. Pero todo constituía una tremenda generosidad informativa en los bordes de sus llagas, que a su hermetismo le debía haber costado un parto, y lo razonable era que yo me diera por satisfecho. El momento que había llegado no era el de mostrar los flancos pusilánimes de uno sino el de acabar con los rodeos e ir al grano. Después de todo, ahora empezaba a entenderse cómo la puritana había dejado pasar al menos ese único beso de nuestro primer encuentro, y era posible que en cualquier momento estuviera dispuesta a dejar pasar mucho

más. ¿Hasta a pedirlo, quizá? Solo que me había olvidado que íbamos a almorzar, y que solo me quedaba tiempo para alguna pregunta más.

—Todavía no me quedó claro por qué no se podían casar —le dije.

—Es una historia muy complicada.

—Creo que no soy tan tonto como para no poder entenderla.

—No, no es por eso. Lo que pasa es que su padre murió cuando estábamos por casarnos, y él no quiso dejar a la madre sola.

—Podían haberse ido a vivir con ella —insistí, sorprendido una vez más por la capacidad endiablada que tenía la adventista de retacear información. Había que sacarle todo con fórceps, tenazas y bombas hidráulicas.

—Sí, yo también pensé eso en un momento. Pero la madre no me quería. Y Eduardo quería llegar a oficial antes de que nos casáramos.

¡A oficial! Las cosas de las que uno puede enterarse con solo preguntar. Tragué saliva y tautologicé:

—¿Es militar?

Sí, lo era. ¿Acaso yo no estaba buscando un rival a la altura de los matones de Roberto Arlt? Pero ella lo había conocido cuando todavía era un estudiante secundario sin uniforme. Era una especie de vecino lejano, en los confines de su barrio de Salta, que a los dieciocho años juzgó haber visto todo lo que tenía que ver del mundo de los civiles, o quiso prevenirse contra el fantasma de la desocupación, y se metió en una escuela de suboficiales del Ejército. Volvió a Salta convertido en un sargento y empezó a sentir inclinación por la adventista.

—No sabía que los suboficiales pudieran llegar a oficiales —le dije, cuando me sentí mínimamente recuperado del impacto.

—Normalmente no pueden. Pero él es muy inteligente, y el coronel lo quería mucho. Le dijo que iba a proponerlo para hacer unos cursos para llegar a oficial. Eduardo estaba contentísimo y estaba dispuesto a todo para conseguirlo. Pero después el coronel tuvo problemas y todo se fue demorando.

Su voz se apagó y toda ella fue transformándose nuevamente en la Romina retraída que yo conocía. Se había encendido con su sermón adventista. Había oscilado al confesarme la antipatía de su posible suegra hacia ella, y luego vuelto a remontar en un entusiasmo retrospectivo con los

sueños castrenses de su ex novio hasta excitar las cuerdas más dolorosas de mis celos, aunque guardaba una consoladora distancia con su propio relato, como la de un adulto recordando su infancia, o yo quise verlo así.

En parte esa impresión mía tiene que haber sido correcta, porque apenas unos segundos después la adventista pareció olvidarse definitivamente de la fuente. Me dejó estupefacto con una sonrisa de vieja amiga, y con una mano rígida por el esfuerzo de disimular su temblor vergonzoso apretó mi mano en un gesto que sin la menor sombra de duda quería ser de tierno acercamiento —aunque se sintiera como de pánico— y que le había costado un venerable esfuerzo.

La besé en la boca, que estaba vacía de toda pasión pero no tenía ya la indiferencia de merluza distraída de la primera vez, sino una tenue calidez amistosa. Cuando terminé estaba completamente desarmado. Sentía que todo marchaba bastante bien, pero que no podía continuar por la misma senda, porque solo iba a recoger en ella apretones amistosos ya lo sumo una repetición de las relaciones que había tenido con casi todas las mujeres que se me habían entregado: un plato de compañerismo con sexo por guarnición que había terminado indefectiblemente por aburrirme.

Prefería la fuga. Tomé distancia, y empecé a mirarla. Me esforcé en olvidar los millares de hebras sutiles que en solo dos encuentros nos habían ido atando ya casi irremediabilmente en un vínculo de una sola pieza inamovible, y traté de empezar de cero. Busqué una clave en sus ojos. La encontré. No me miraban con la sorpresa que había temido. Estaban chispeantes, ligeramente confiados, asombrosamente desafiantes. ¿Sería ese el rostro con que una mujer mira a un tipo que no conoce y al que está decidida a llevárselo a la cama o a imaginárselo esa misma noche a la hora de su masturbación cotidiana? ¿Cómo podía la adventista mirar así? Pero sobre todo ¿cómo se respondía a esa mirada? Hice un rápido cotejo del stock de actitudes y gestos que mi cuerpo y mi rostro conocían de mí mismo y me convencí de que yo no tenía en reserva algo que encajara ahí. Esa mirada no estaba dirigida a mí. Estaba dirigida a cualquiera que cayera de repente en esa situación, a un hombre tipo, que no podía ser yo y del que solo sabía que tenía que ser definitivamente atractivo, irresistiblemente hermoso.

Cuando lo comprendí, cuando sentí hasta en el último rincón de mi conciencia que esa sonrisa tenía un destinatario preciso que no era yo y ni siquiera el abandonado sargento Eduardo, sino alguien imbatible para ambos, tuve una viva sensación de *déjà-vu*, una abrumadora certeza de estar repitiendo una escena y una derrota que conocía de un pasado arcaico pero siempre al acecho. Pero justo en el punto en el que la rueda del pasado se disponía a recomenzar su ciclo de similitudes y reincidencias eludí la resignación, que estaba por ocupar su turno, y con un verdadero pavor conmoviéndome los huesos tomé la decisión desesperada pero irrevocable de robarle el lugar a ese alguien, de recurrir a la más desvergonzada impostura. Aplasté al paso mi orgullo, que protestaba porque me hubiera resignado a dejar de lado mi propia personalidad, y mi moral, hermana gemela de aquel, que desaprobaba también la treta peligrosa y fraudulenta.

Antes de que pudiera decidir qué cara poner percibí que el acento de la sonrisa de Romina se desplazaba brusco hacia los ojos. Los tenía húmedos, casi como si estuvieran al borde del llanto. Noté que me miraba como nunca en mi vida me había mirado una mujer. ¡Me estaba admirando! Un rubor vertiginoso trepó hasta mi rostro, pero antes de que llegara a sentirme incómodo debe haberse transformado en una radiación armoniosa porque lo sentí aquietarse abruptamente, como ganado por un aplomo inesperado. Sonreí convencido de que estaba emanando belleza de mis rasgos y la besé una y otra vez en los labios.

No eran nuestros labios los que nos estaban uniendo: ellos eran apenas un vehículo para la atracción irresistible que ejercían mutuamente nuestras miradas. Estábamos extasiados en una contemplación mutua, destilando y sorbiendo belleza por los ojos, y solo nos besábamos de tanto en tanto para descargar tanta admiración acumulada. Me asombraba hasta las lágrimas no haber descubierto antes que la adventista no era simplemente linda, era la encarnación misma de mi ideal de belleza, un ideal que no había podido conocer hasta que lo tuve frente a mí en esa plaza, junto a esa fuente, irradiando desde la piel de esa muchacha. La muchacha crecía a cada instante ante mis ojos hasta romper su envoltura de adventista provinciana para alcanzar las dimensiones de una diosa. Pero yo no me inhibía, como siempre se hubiera esperado de mí ante una diosa. Acompañaba sus

mutaciones con mi propia expansión. Me movía dentro de mi flamante envoltura narcisista como si jamás hubiese estado en otra parte que en ese dominio nunca visitado. Y por sobre todo, sentía que al fin estaba en un mundo despejado de toda interferencia extraña, vaciado incluso de los propios instrumentos que habían ayudado a instalarlo. No había Humphrey Bogart, ni animales en danza erótica, ni espejos para imitarlos. No había un pasado poblado de fracasos. Solo ella y yo, iguales a como habíamos sido siempre, festejando nuestro encuentro recíproco y de cada uno consigo mismo.

Estuvimos así más de una hora, sin pronunciar una sola palabra, sin soltarnos más que para volver a agarrarnos, ganando confianza en el juego del gato y el ratón de nuestras miradas, gestando visualmente una melodía de acercamientos y distanciamientos, de coqueterías y provocaciones, de veneraciones solemnes y desprecios juguetones. Y luego hubo una pausa diferente de las anteriores, prolongada. La máquina del encantamiento parecía haber agotado su combustible. Nos miramos como avergonzados, incapaces de reconocernos, confundidos, y juntos hicimos un esfuerzo por despertarnos del ensueño. Pero las sonrisas llanas y amistosas que nos dirigimos entonces delataban la seguridad interior de quienes tienen una decisión tomada y la confianza mutua, flamante pero acerada, de los viejos enemigos que los avatares de la lucha han empujado al mismo bando.

Miré la hora. Eran casi las tres de la tarde. Le mentí que a esa hora era muy difícil que encontráramos un lugar abierto para almorzar, y rogué que no supiera de la existencia de Pippo y tantos otros restaurantes que no cierran a la tarde. Me contestó que de todas maneras ella no tenía hambre. Había tomado un desayuno mucho más abundante que el habitual.

—De todos modos nos convendría picar por lo menos algo —deslicé haciendo un esfuerzo ciclópeo por parecer distraído para banalizar lo que seguía—. Lo mejor sería ir a mi casa...

Silencio.

—... porque además aquí se está poniendo un poco fresco...

Silencio.

—... y en todo caso si no tenemos hambre podemos tomar un té.

Silencio.

—¿Qué te parece?

Hurga en la cartera. Levanta la mirada hacia un horizonte inexistente.

—Está bien. Así de paso voy al baño.

Maestría eterna de la mujer para gritar como un tero en una parte y poner los huevos en otra, para pensar en la cama y hablar del baño. Exquisita hipocresía eternamente bienvenida porque no es una mentira que cierre el camino a la verdad, sino un manto astuto —no piadoso— que protege el camino hacia el encuentro. Una mujer realza tanto más su aceptación en los hechos cuanto más la niega en las palabras. La adventista parecía una mujer consumada. Pero yo temblaba.

Lo que yo llamaba mi buhardilla, ese periscopio habitable que solo me resignaría a abandonar años más tarde, poco antes de que tiraran el edificio al que coronaba, había sido siempre un as que yo guardaba en la manga o insinuaba ostentosamente antes de la partida, según cuán ardua se perfilara. Pero si había callado su existencia desopilante ante Romina no era por pensar que su invocación hubiese sido superflua, sino en parte porque había considerado demasiado remota la posibilidad de que ella llegara pronto a conocerla y comprobar con sus ojos que no había mentido al describírsela, y en parte por ensayar una nueva apertura en una partida que solo podía imaginar como la más difícil de todas.

Ahora la adventista estaba ahí y no mostraba el menor asombro. Recorría con ojos indiferentes, a media velocidad entre el turismo al paso y la morosa tasación inmobiliaria, la cúpula, el perímetro circular, las ventanas alargadas, las cortinas de paño negro, el collage de muebles rejuntados, el desorden riguroso campeando en todos lados, el despliegue vanidoso de los libros en las bibliotecas, la funcionalidad extemporánea de la *kitchenette*.

—Qué raro, no me imaginaba que hubiera departamentos así —soltó finalmente.

—No, yo sí. Era una vieja obsesión que tenía desde chico. Vi una vez, a eso de los diez años, una película con Jack Lemmon, que tenía un departamento todo de vidrio, salvo el piso, en la terraza de un edificio bien

alto de Manhattan. Desde la cama el tipo podía correr a control remoto las cortinas de las paredes o del techo para ver el cielo. Eso de poder ver el cielo todo el día, el sol, la luna, me fascinaba. Pero como algo así siempre sería carísimo me resigné en seguida a no pensar más en el tema. Hasta que nos mudamos con mis padres a un edificio desde donde se veía una cúpula donde parecía vivir un matrimonio. Nunca pude saber si vivían de verdad ahí o subían desde un departamento normal para ver la ciudad. Pero reemplacé mi obsesión de la casa de vidrio por la de una cúpula y no paré hasta que encontré una habitable.

Tardé un poco, como de costumbre, pero finalmente, como de costumbre, me di cuenta de que había hablado de más. Ahora vendría la pregunta inevitable. Hice lo posible para distraerla, para que no la hiciera. Para mantener durante un rato la duda. Para que creyera que era propietario al menos hasta que la tuviera desnuda. ¡Había visto a supuestas sobrevivientes del izquierdismo de los setenta poner semejantes caras al confesarles en plena ola conservadora que ni siquiera poseía ese departamento, y que solo lo había podido alquilar porque estaban por voltear el edificio! ¿Qué podía esperar de la adventista?

—No puedo ver el cielo por el techo pero veo más crepúsculos que el Principito. Y no creo que la gente se imagine que aquí vive alguien. Es como un periscopio espiando la ciudad. ¿Leíste *El Principito*? —la apremié. Preguntarle a alguien si había leído un libro siempre me había parecido agresivo, incorrecto. Pero ya empezaba a ver a la adventista como una amenaza. Todo valía.

—No, me contaron cómo es, y una vez vi en un programa de televisión que mostraban los dibujos...

¡Eso es, ahora a justificarse m'hijita! ¡A decir delante de tamaña biblioteca por qué no leyó siquiera *El Principito*! Enrédese en explicaciones no más. Eso es, desvíe la mirada hacia un costado, busque mentiras en los estantes, “acuérdesse” de aquella vez que estuvieron a punto de prestárselo y por esas mezquindades del destino se lo terminaron quitando de las manos. Tal vez crean que lo asimiló por imposición de manos. Una cristiana de fuste no tiene por qué leer del modo corriente. Pero olvídesse de la cúpula por un rato. Por un ratito no más.

Ni por un ratito:

—¿Ya estaba así, o vos lo arreglaste? —deslizó.

Su tono era meridianamente claro. Ya no hablaba del Principito.

—Lo agarré ya bastante arreglado ...

¡Eso es un lingüista! ¡Bravo! Ni “lo compré”, ni “lo alquilé”. “Lo agarré”, y que se entienda ella. Suficiente para pasar a otra cosa.

—... pero igual tuve que hacer bastante. Me sirvió como experiencia para trabajar un poco con las manos. Y también para comprobar que los amigos existen ...

¡Brillante! Y ahora seguí por la tangente, recordá a cada amigo que te dio una mano. Eso es, arrancá desde el comienzo, desde que Armando te acompañó a comprar la madera a la carpintería de Montserrat. O si no así, muy bien, desde la prehistoria. Porque Mario había aprobado el diseño, después de todo. Seguí así. Una adventista no va a tener el tupé de interrumpirte para decirte: “¿Nene, es tuyo o lo alquilaste?”.

No, no lo tuvo. Tampoco me dijo “nene”. Simplemente me dejó hablar hasta que yo mismo sentí que estaba poniendo en peligro todo el encuentro por escabullir esa miserable pregunta y las dudas comenzaron a aletargar mi perorata. Entonces le resultó más fácil.

—¡Qué lucha! —logró meter entre mis palabras, y ya era imposible detenerla sin hacer un papelón—, pero si yo tuviera un departamento así —agregó— seguro que me rompería tanto como vos.

Ya estaba. Solo le faltaba dar la estocada final. A mí no me quedaban fuerzas más que para esperar. ¿Tendría una adventista la maldad, el coraje, el caradurismo de clavármela hasta el final?

Los tuvo. Sí que los tuvo. Y en su cara pude leer con asombro que también tenía resto para mucho más.

—¿Es tuyo, o alquilás? —soltó finalmente con sutil desgano, así, sin artículo, sin un “lo” antes del verbo, como se usa en las inmobiliarias, como pregunta también la propia gente común cuando la mercadería no está a la vista. Para que quedara claro que ella se daba perfectamente cuenta de que la pregunta ya estaba de más y que no tenía ya ningún interés personal en ese precioso departamento, al que le había arrancado su principal secreto, ni

en mi relación con él, que ya era obvia. Lo dicho: nada mejor que una mujer para bajarle a uno los humos.

Tuve que hacer el consabido gesto de asombro ovejuno del empleaducho que deja confundirse a un cliente ocasional para que crea que él es el dueño del negocio y luego pone cara de yo no fui cuando el juego queda al descubierto.

—¡No, ojalá! —dije, mientras sentía que un rubor liso y llano, sin rastro alguno de metamorfosis estética, al menos no para mejor, se robaba mis mejillas. ¡Me acababa de dar cuenta de que solo ese “no” enfático era la confesión vergonzosa del truco! Hubiera bastado no fingir ese imposible asombro, no subrayar estúpidamente ese yo no fui, para que perdurara la duda de si había habido o no artimaña, de si yo me sentía o no tan poca cosa para querer hacerme pasar por el propietario que no era.

Exactamente como el empleaducho puede salir del aprieto si en lugar de poner cara de yo no fui finge que ni siquiera pensó en la posibilidad de que el cliente se hubiera confundido y que él cree que el cliente solo pregunta si él es el patrón por pura cortesía, una cortesía a la que se responde con halagada gratitud, no con sorpresa.

Cuando disminuyó un poco mi vergüenza me consolé diciéndome que la jugada salvadora se me había escapado no por falta de inteligencia, sino de experiencia. Nunca había intentado una impostura, no conocía el terreno. No imaginaba el torbellino de emociones que hay que controlar cuando uno se interna en esos lugares. Había tenido siempre tal desprecio por la impostura que jamás se me había ocurrido que además era algo muy difícil, que requiere habilidad, oficio, cintura ágil. Mientras la impostura fuera secreta, mientras se limitara a ser un juego privado en el que uno finge para uno mismo ser Bogart para obtener un atributo de personalidad del que carece lastimosamente, todo era más fácil, más inofensivo. Del mismo modo como el delirio solitario y narcisista de un loco avanza más fácil y más inofensivamente que la astuta maquinación de un falsificador.

Mientras yo me torturaba metódicamente con estos pretendidos pensamientos, Romina se había puesto ya a hablar de otras cosas, tal vez en un encomiable esfuerzo por curar la humillación que me había infligido. Pero yo no lograba recuperarme. Sentía que había perdido algo, una

seguridad, una solvencia, algún tesoro flamante se me acababa de escabullir entre las manos. De golpe Romina se cansó de hablar de los departamentos que había conocido que podían tener algo en común con el mío, y mi vaga melancolía se transformó en una sensación de derrota precisa, con nombre y apellido: ella parecía a punto de invocar cualquiera de las conocidas excusas femeninas para irse. Me quedé mirándola con ojos cansados, resignados filosóficamente a una partida inevitable, a una soledad anticipada que ya había empezado a organizar en mi cabeza para que no me tomara desprevenido. Si en ese momento ella me hubiese preguntado qué me pasaba, seguramente todo habría terminado ahí, con una derrota que yo habría aceptado una vez más con dolorida calma exterior hasta que la soledad me diera un refugio donde expandir mis angustias.

Pero no lo hizo. Tal vez por pura timidez, tal vez por una oscura lucidez que me era inaccesible, eludió la pregunta que parecía estar en la punta de su lengua, y apartó con un extraño gesto de desconcierto su rostro hacia la izquierda. Sentí una inquietud inesperada, como un temor que venía a barrer con el aburrimiento de mi frustración. Romina, que tanto me había asombrado con su inexpresividad inconmovible y su timidez hierática, acababa de sorprenderme con una pirueta teatral, aun más enigmática que su habitual mutismo. Tuve tiempo de preguntarme dónde había visto yo ese gesto. Y tuve tiempo de reconocer que era el movimiento de un rostro de mujer al que le acaban de dar una bofetada, ese movimiento que nunca en mi vida había tenido ocasión de ver fuera de las pantallas de televisión o de los escenarios de teatro. Pero antes de que pudiera comprender por qué se había producido, y por qué se desarrollaba como en cámara lenta, con el ritmo inesperado de la pantomima, con la morosidad inquietante de la locura, sus ojos me alcanzaron desde esa posición desplazada que había tomado su rostro y clavaron desembozadamente su contorno achinado en mis pupilas, como la daga de un samurai o la mirada desafiante de una geisha. Su rostro fue girando lentamente para volver a encararme sin que los ojos soltaran ni un instante su presa.

Decidí interpretar que la adventista había reiniciado la danza del encantamiento, ese duelo magnético de las miradas que yo había creído inventar en el banco de la plaza y que ella demostraba dominar con mucha

más maestría que yo. Al menos esa era la única forma de continuar aquella jugada inesperada sin temer que uno estuviera siendo cómplice de una demencia.

Llevé mi mano derecha hasta su rostro y comencé a recorrer con un dedo ligeramente tenso, apenas como correspondía a la tensión de su mirada, su sien, su frente, su nariz, sus labios, sus mandíbulas, apretadas como una tenaza. La tensión de su rostro pareció fundirse en una humedad general que cubría su piel y se agolpaba en sus párpados, a punto de desbordar. Antes de que una lágrima incipiente comenzara a rodar por una de sus mejillas, penetré con decisión sus labios, que dejaron pasar mi dedo como tomados por sorpresa. Pero cuando mi dedo se abrió camino entre sus dientes, huraños, reticentes, su labio superior se arqueó en el medio hacia abajo, y se elevó a ambos costados, en un gesto que pronto el resto de su actitud me ayudó a reconocer como el de un felino que esboza una primera amenaza, un instante antes de rugir. Pero Romina no rugió. Tiró del dedo con los dientes, pareció recuperarse de un momento de vacilación húmeda, lacrimosa, sensual, y me miró con un odio reconcentrado y seco, como para hacerme sentir con sus meras pupilas toda su furia de gata ensoberbecida. ¡La adventista era una fiera!

Una alegría propiciatoria me inundó las manos. ¡Tenía ganas de domarla! Si eso era ser macho, bienvenido fuera. Nunca había sentido esa emoción galopante de palpar la animalidad de una mujer, de un ser humano. Había sufrido de chico la impotencia urbana de querer orientar a un caballo por los senderos que la costumbre o el capricho equino le prohibían recorrer. Una y mil veces había visto al animal triunfar calmamente sobre mis intentos y tomar el camino que se le antojaba. Entonces me dedicaba a observar a los otros jinetes, a los más grandes, que eran los únicos que conocía capaces de domarlos y me convencía de que nunca lo iba a lograr: había en sus manipulaciones una energía que solo el odio o una rutina del mando podían brindar. Para los caballos, como para las personas, yo solo tenía propuestas. Las órdenes eran para mí una injusticia intrínseca o una atolondrada soberbia que nada me iba a llevar a avalar. Tampoco veía nada en el mundo que pudiera hacerme odiar a un caballo lo suficiente como para poder imponerle mi voluntad.

Ahora tenía frente a mí la fiera más hermosa que hubiera soñado en mi vida poder atrapar, y sentía con felicidad que había en mí una pizca de odio, lo suficiente para llevar a la presa en la dirección marcada por el amor que brotaba a borbotones de la palma de mis manos, de mis labios, de mis ojos. Di gracias dentro de mí a la adventista por haberme apartado la primera vez con aquel gesto de la mano. Le di las gracias por zarandearme el dedo de un lado a otro con sus dientes, por haberme desafiado con sus preguntas sobre el departamento, por estar llena de vida y de violencia, detrás de su apatía taciturna. Pero sobre todo, por haberme hecho sentir permanentemente, que era capaz de hacerme fracasar en la conquista como las hembras más hermosas con las que me había topado. Por haberme hecho sufrir una vez más ese viejo miedo, ahora que me sentía armado para aplastarlo.

Y alcé mi otra mano, cuyo temblor solo podía disimular con un supremo esfuerzo de voluntad, para desabrocharle la blusa, mientras ella seguía tironeando de mi dedo y mirándome como ninguna puritana protestante debe haber mirado jamás a nadie. Sin embargo, al segundo botón me tomó la mano con la suya, como para detener los excesos. Pero gozosamente para mí no tuvo fuerzas, ni convicción. Se limitó a acompañar mi movimiento apretándome la mano con crispación, como si tuviera más miedo que pudor o excitación.

Finalmente, soltó mi dedo que todavía disfrutaba de su prisión entre los dientes de ella y me miró angustiada, su mano todavía aferrada a la mía, casi temblorosa, implorante. “¡Por favor!”, susurró. La fiera había perdido en un instante, garras, dientes y fervor. Me quedé pasmado una vez más, a medio camino entre la euforia por la caída de unos obstáculos que habían parecido impresionantes y el temor de que los nuevos fueran los insalvables de verdad. Una fiera domada promete un cúmulo de energía al servicio de su domador. ¿Qué ofrece un patito mojado que pide clemencia? Nada capaz de satisfacer la voluptuosidad de un hombre. Durante la danza del encantamiento me había preguntado si estaría excitada una muchacha que podía aguantar todo ese roce visual sin entregarse a la fricción de los cuerpos. Ahora en sus ojos de gata abruptamente humanizados por el miedo no quedaba en todo caso rastro alguno del deseo que los pudo haber atizado.

Otra vez estaba confundido, desmoralizado. Una conquista que operara con la complicidad del miedo en lugar de la del deseo no había entrado en mis cálculos, y se parecía demasiado a una inútil violación. Pero había allí alguna veta que merecía ser explorada, aunque fuera porque no había ninguna otra. La adventista se había enredado en su propio juego y parecía dudar entre la vergüenza que le daba volverse atrás desde las cimas felinas que había alcanzado y toda la batería femenina de argumentos clericales, utilitarios, estratégicos que le recomendarían descender por el camino más corto disponible a las llanuras protegidas de su conducta habitual.

Era un momento crucial, de esos que exigen decisiones rápidas y no están llamados a ser aprovechados por un cavilador dubitativo como yo. Si hubiera imaginado esa situación y preparado una respuesta no cabe duda de que a la hora de concretarla habría vuelto a pensarla, repensarla y mejorarla, hasta que la adventista se hubiese marchado por aburrimiento. Pero todo me tomó tan de sorpresa que no tuve tiempo de pensar. Me sentía simplemente transportado a un universo irreal. La tarde exótica con la puritana-vampiresa-patito-mojado que cambiaba de frente como un viento tropical, mi propio entorno cotidiano, que se había puesto a dar cimbronazos fuera de programa con el despido de Barnes, hasta mi periscopio, que acababa de brindarme este servicio tan inesperado de recibir a Romina, todo parecía de golpe haberse puesto a fantasear. Pero yo no. Yo no fantaseé. Eché mano con la más desesperada urgencia utilitaria a los únicos recursos disponibles, y con la mente locamente aferrada a la imagen de un malandra de Roberto Arlt tomé por los hombros a la adventista, la hice arrodillar, saqué de la bragueta mi pija, solo a medias parada, y con una voz que el propio rufián melancólico hubiera respetado, le dije enérgicamente: “¡Chupá, turríta, chupá!”.

¿Fue para Romina un baldazo de agua fría incontrolable? ¿Se sintió oscuramente transportada al mundo novelesco de los años treinta que no había vivido, ni leído, ni tal vez siquiera sospechado? Lo cierto es que no salió corriendo, no me gritó estás loco, dejame ir, no me dijo si no me dejás salir ahora mismo llamo a la policía, no me suplicó aterrorizada por favor no me hagas daño, haceme lo que quieras pero no me hagas daño por favor, no se burló de mi delirio fálico, para colmo solo a medias logrado, sino que

miró hacia el frente con una expresión hipnotizada, como si no viera que algo estaba ahí tomando vigor, y soltó un “no” breve, tan temeroso, tan infantil, que solo una abuela malcriadora hubiera tomado como su última palabra. Yo no la malcrié. Pasé mis manos detrás de sus orejas para agarrarle la cabellera y se la tiré hacia atrás de la manera más leve que pude, para dejar oscilar el gesto ambiguamente entre una orden que no sabía cómo continuar si era desobedecida y una hipotética ayuda para que ella pudiera cumplir el acto que ya no se sabía bien por qué parecía condenada a cumplir sin ninguna omisión.

Ahí conocí una expresión de Romina que tendió entre los dos como un puente de confianza, porque disolvió con su autenticidad inesperada hasta el último resabio del acartonamiento que había mantenido desde que me había conocido: puso una cara de asco tan inconfundible, tan precisa, tan completa, que uno alcanzaba a ver detrás de la boca desencajada los platos más aborrecibles que debían haberle servido cuando era una beba. Y luego, abriendo la boca con la maquinalidad resignada que se adopta ante el dentista, acercó con admirable torpeza la cavidad a mi entrepierna hasta que el miembro quedó parcialmente dentro de ella. Pero tuve que tirarle nuevamente de los pelos, una pizca más enérgicamente que antes, y gritarle “chupá”, para que empezara a mover un poco la boca, al comienzo imperceptiblemente, luego con la parsimonia letárgica y discontinua de un bebé con su chupete mientras duerme, para alcanzar solo más tarde el ritmo casi normal de un infante con su mamadera. De excitación sexual, ni el menor rastro.

Solo cuando arqueé un poco las piernas y logré alcanzar con mis manos sus pezones tuve el primer indicio de que la adventista podría tal vez experimentar en un momento algún grado de excitación sexual. Y aun ese indicio no lo obtuve fácilmente. Primero me limité a acariciarlos y no conseguí ningún resultado, lo que me asombró, porque estaban sin embargo turgentes como penes. Pero cuando me cansé de los frotamientos infructuosos y los apreté abiertamente lanzó un quejido casi imperceptible y absolutamente ambiguo, lo que me alentó a manipularlos con toda energía. Y ahí sí, llevó hasta mi miembro las manos que habían descansado hasta entonces en sus muslos, y arrancó. No con una excitación generalizada,

sonora, transparente, porque estaba dicho que la adventista no podía dejar de silenciar siempre algún aspecto vital de su acción, sino con una repentina y enigmáticamente muda carrera succional. Chupaba y chupaba sin gemir, sin abrir los ojos, casi sin respirar, con una rapidez —ella sí— cristalinamente vinculada con mis manipulaciones en sus senos.

Sus movimientos enérgicos se me subieron a la cabeza. Y ahí sí, yo también arranqué. Por primera vez tomé conciencia de que la puritana que había conocido hacía apenas unos días estaba arrodillada ahí, a mis pies, cumpliendo el rito más sumiso que podía esperar un hombre de una mujer, y parecía hacerlo con respetable gusto. Sentí una alegría montarme desde la punta de los pies hasta el cerebro. El miembro, el cuerpo todo adquirió una rigidez eufórica de estatua saboreando su revancha sobre el tiempo, sobre sus fracasos, sobre mil esperas. Me inundé de un amor por Romina que no había sentido jamás por nada en mi vida: ni por las mujeres que la habían precedido en esa postura por cumplir un capítulo obligado en el programa del sexo, ni por aquellas, inaccesibles, que me habían esclavizado con su atracción hecha de seducciones y desplantes, sin dejarme siquiera llegar a las orillas de sus cuerpos. Sentí por ella el amor del amo, el amor del dueño, el amor del macho. Me dije a mí mismo “yo con esta hembra me caso”, y enrarecido por esa frase absurda, inesperada, verdadera como una puñalada cruzándome el cerebro, le apreté los pezones mucho más.

Se oyó un quejido sutil, como de un llanto. La adventista frenó abruptamente su acelerada carrera, se arqueó de costado como un personaje de teatro chino, y ablandada en todo su cuerpo por un asalto de ternura misteriosa, comenzó a mimar entre ínfimos gemidos mi pene como si fuera un niño, haciendo toda la pantomima de quien se enternece ante un bebé, una flor, una pequeñez irresistible.

Me quedé desconcertado. Antes de que la hembra que me había deslumbrado con sus prolegómenos felinos hubiese tenido tiempo de materializar en su cuerpo toda la excitación que prometían sus arrestos seductores, yo había arrancado del fondo de sus pechos con mis manipulaciones gemidos conmovedores de la más auténtica solicitud maternal. Era llegar a la apoteosis sin pasar por los pasos intermedios. Pero a estos no los había siquiera vislumbrado. ¿Habían sucedido en la

discreción de la boca de la adventista? ¿Habían sido en realidad sintetizados pudorosamente por ella para llegar cuanto antes a esa fase sexual posreproductiva que ni siquiera el más bienpensante de los freudianos hubiera imaginado? ¿Aguardaban más allá de esa fase como promesas de un erotismo deslumbrante que uniría los arrebatos lúbricos de la fiera con una ternura de madre? Tal vez si yo hubiera entendido el mensaje todo lo que siguió se habría evitado, y nuestra historia no habría ocurrido o al menos no habría sido tan caótica. Me inquietaba por cierto la posibilidad de que se tratara de un cortocircuito maternal ocasional por donde amenazaba escabullirse de esa noche toda sustancia sexual. Pero no imaginaba que esa versión sintética pudiese ser la única disponible para ella. Y menos aun que el intento de restituir algún día toda las fases omitidas de la excitación pudiera llevarnos a ambos al borde de la aniquilación.

Y sin embargo, en esa noche tuve todas las necesarias advertencias. Porque tras sus efusiones maternas la adventista se recogió en una indiferencia de hierro, que no por sumisa era menos insultante. Todo siguió el trámite usual, pero desprovisto de toda sustancia real. Su succión se volvió mecánica, ausente. Y cuando traté de alterar el curso de las cosas pasando a las ortodoxias consagradas, solo logré alejarla aun más de lo que estaba ocurriendo en nuestros cuerpos. Se dejó penetrar como un pescado muerto, dando señales de vida a cada tanto solo para quejarse —en palabras, ni siquiera con ambiguos o sugestivos gemidos— por algún dolor.

A medida que todos mis recursos fracasaban rigurosamente, el recuerdo de aquel primer beso insípido martilló mi memoria. Me sentí estafado con un billete de lotería ganador que tenía como premio un chasco, un muñeco con resorte, una burla siniestra. Con la boca amargada por el abrupto retorno a las frustraciones cotidianas encaré una conversación. Lejos de toda magia de las miradas, de toda comunicación íntima, de toda esperanza.

Confirmé lo que aun con mi nula experiencia en desfloraciones había podido colegir: la adventista no era virgen. El responsable, naturalmente, era el sargento Eduardo. Le había pedido la prueba de amor como condición previa para jugar su carrera militar casándose con ella. Ella había desconfiado de su sinceridad, por supuesto. Pero casi casi para salir de la duda había decidido probar, a contrapelo de la Biblia, de su Iglesia, y tal vez

de sus verdaderas ganas. La duda se la sacó. Pero la virginidad también. ¿Lamentaba más la insinceridad del sargento o la pérdida prenupcial de la virginidad? “¿No te das cuenta de que son la misma cosa?”. Claro que sí. Si descubrir la insinceridad del sargento era ya perder la virginidad. Pero también le dolía el desfloramiento. ¡Ay si le dolía! A mí, que desde que se me había entregado tan distraídamente al primer beso había puesto entre paréntesis su religiosidad, me costó entenderlo. Pero le dolía como una cicatriz en el alma, como un portazo que la dejaba secretamente fuera de su Iglesia, a merced de una libertad agazapada.

—¿Cómo se llevaban en la cama?

—Bien. ¿Por qué?

—¿Qué significa bien?

—Bien. Normal. Pero al que le gustaba el sexo era a él. Habría que preguntarle a él.

—¿Vos nunca se lo preguntaste?

—¿Qué, si le pregunté?

—Si a él le gustaba coger con vos.

—Claro que le gustaba. Si no, no lo hubiera hecho tantas veces.

—¿Y a vos te gustaba?

—Ya te dije. Al que le gustaba era a él.

—¿No se te ocurrió pensar que tal vez él no se casó con vos porque a vos el sexo te interesaba demasiado poco?

Ojos encendidos de odio. Rostro acusadoramente vuelto hacia el interrogador.

—Él no se casó conmigo porque tenía otra. Por eso lo mandé a la mierda y me vine para acá.

CAPÍTULO 3

—Vamos, turco. ¿Me vas a decir que vos podés convertirla en una fiera? Esas minas no se curan nunca. Es una frígida, turco. Una frígida. No te metás en esa, porque la vas a pasar mal. Te va exprimir la poronga, te la va a dejar seca como una pasa de uva, y lo peor es que ni siquiera te va a largar. Esas minas no te las sacás más de encima. Porque la gente cambia de pareja por calentura y una mina así no tiene la más puta idea de lo que es una calentura, tiene la concha para menstruar.

—¿Y por qué se va a quedar conmigo, entonces? ¿Justo con un judío sin guita, una chupacirios?

—Es que vos no parecés judío, turco. Si todo el mundo cree que sos una buena persona.

—Porque no saben que tengo lista una fórmula para hacer jabón con grasa de tano bruto.

—De la que me salvé por haber nacido acá. Un judío haciendo jabón no te debe dejar ni las mollejas.

Alzó los brazos como para expresar gran alarma, puso luego uno de ellos sobre sus muletas de acero, que descansaban contra una silla del bar, y disfrutó su triunfo por dentro, como siempre, sin una sonrisa. Porque para los chistes se ponía serio. Solo para eso. Era su forma de decirle al mundo que la seriedad era una payasada. Mario Schiavechia había nacido acá, por supuesto, como todos los “tanos” y los “turcos” del país, y completamente sano. Pero sus padres tuvieron el mal tino de pelearse justo cuando a él le tocaba darse la Salk. Mientras disputaban sobre quién se haría cargo, creyeron que unas semanas de demora no serían fatales, porque no había una epidemia. Pero se equivocaron. Mario reaccionó a la injusticia combinada de la estupidez paterna y del azar cultivando un previsible

escepticismo, pero también con un desclasamiento inusual, que lo llevó a ser un reo completo en una familia muy instruida.

—No te olvides que es una adventista, Mario. Salir con un judío le debe plantear demasiados problemas consigo misma como para que lo haga por mera curiosidad.

—Tal vez no sea por curiosidad. Pero por una calentura escondida tampoco es. Sacate esa esperanza. Eso no existe. La gente se calienta o no se calienta. Y punto.

Peinó para atrás con una mano sus cabellos, asombrosamente lacios para ser tan gruesos, y se quedó mirando un vacío hacia su izquierda, a través de una ventana del bar, pero en seguida volvió a la carga:

—¿Vos le dijiste que sos judío?

—Sí.

—¿Hace cuánto?

—La semana pasada.

—Bueno, entonces podés estar más tranquilo. Todavía te puede largar.

—¡Pero si lo debe haber sabido desde el primer momento!

—¿Por qué?

—Porque cogimos en seguida. Y además pronto supo que me llamo Zevi.

—No tiene por qué ser experta en numismática.

—¿Y qué habrá creído: que el prepucio lo doné a la virgen del Rosario?

—Turco, nos conocemos hace más de veinte años y nunca te dignaste decirme a quién se lo donaste. Así que no te extrañe si ella pensó que la agraciada fue la virgen del Rosario. Todavía hay esperanzas.

—Si me larga seguro que no va a ser por eso. Ella dice que los adventistas se aggiornaron mucho. Dejan que su gente se case con infieles, aunque todavía no les cae nada bien.

—¡Ah, no, entonces estás cagado! No te larga más. Una frígida es más dependiente que una ninfómana, turco, porque se muere de aburrimiento. La mina encontró algo divertido, un turquito que habla idiomas, cuenta historias, la lleva a ver Fellini —¿ya la habrás llevado, no?—, y trabaja de traductor. ¿Vos te creés que te va dejar así no más? ¿Te imaginás lo aburrída que debe ser la Biblia adventista, turco? ¡Por favor!

—Me gustaría creerte totalmente, Mario. Me gustaría que lo que estás diciendo fuera pura verdad revelada. Pero no puedo dejar de pensar que algo de la falla es mía. Ya hice de todo para desbloquearla. Incluso cosas que ni llegué a contarte todavía. Pero a cada dos por tres me viene la idea de que todavía debe haber algo que se puede hacer. Algo que no se me haya ocurrido o a lo que no me haya animado. Vos no me podés entender porque no la viste como yo la vi hecha una gata, una diosa la primera vez, y cómo vuelve a ponerse de nuevo a veces, cuando le agarra la inspiración, o cuando yo la pego en la forma de estimularla.

—Bueno, supongo que también debe haber buenas actrices que sean frías.

—No, en este caso eso no corre. Romina no finge para nada. Al contrario, entra en trance. Solo que es un trance que nunca le llega a la vagina, y que la mayoría de las veces es un trance de rechazo, de ausencia, en lugar de aceptación. Cuando le da el de aceptación se le detiene en los ojos, en la cara. A lo sumo le llega a los pechos. Pero donde le llega la transfigura. Te lo juro que la vuelve una diosa...

El tano estalló en una de sus carcajadas francas, abiertas, que sorprendían por la fuerza argumentativa que emanaba de su espontaneidad a quien no supiera que había empleado buena parte de sus últimos veinte años en pulir ese efecto. Entre las gárgaras, dejó oír:

—¡Turco, turquito! ¡Esa diosa la inventaste vos!

—¡Magoya, la inventé yo! Además, está bien, no te digo que sea una diosa. Digamos que hay una diosa que se encarna en ella completamente en algunos momentos exquisitos y que el resto del tiempo se queda como durmiendo a la vista de cualquiera en esos ojos gatunos que tiene, hasta que se despierta si uno sabe mirarla con la fuerza de todo un Olimpo. ¿Ahí la mejoré?

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Esa sí que está buena!... No, turquito. La habrás mirado medio raro en un momento. La mina te contestó con lo mismo. Y los dos se engancharon en un juego de pibes. Ahora cuando se cansan de no poder coger como Dios manda, lo vuelven a jugar. Es nada más que eso. Haceme caso turco, largala que te va a exprimir al pedo.

Finalmente me cansé de discutir y retorné al abatimiento en el que estaba instalado desde hacía varios días. Pero Mario tomó mi silencio como comienzo de aceptación y siguió machacando en caliente.

—¿Cuántas veces se acostaron?

—Qué sé yo. Todos los días...

Puso una cara como si hubiera encontrado una rata entera en su plato de comida.

—¿Qué me dijiste?

—Casi todos los días cogemos. Yo la paso a buscar a la pensión, o pasa ella por mi casa. Como yo ando sin guita y no están dando buen cine, casi siempre terminamos en la cama. Salvo un par de semanas que no cogimos para ver si la abstención la estimulaba.

—¡Turco! Haceme caso. ¡Por favor! ¡Hace tres meses que te la venís cogiendo todos los días, no pasa nada y vos insistís en que el problema podés ser vos! ¡Decile que se haga coger por todo el III Cuerpo del ejército o el que tenga asiento en Salta y si mejora que te venga a ver!

—No te creas que no pensé algo parecido ...

—Sería al pedo, turco. Aunque se la coja un regimiento... Pero decime una cosa, che, ¿es por esa boluda que estuviste desaparecido todo este tiempo?

—Toda apuesta requiere su dedicación...

—Ah, ¿todavía te acordás de eso?

—Es que parecía increíble que esos tilingos de izquierda fueran a hacer algo de una vez. La última vez que hablamos parecía que iba a haber jaleo...

En Mario “esos tilingos *de izquierda*” debía entenderse como “esos tilingos *de la izquierda*”. Porque para él la izquierda solo estaba formada por tilingos, por adictos a la pose y la simulación, por cobardes constitucionales, incapaces de toda rebeldía auténtica, condenados a consolar su impotencia con la sublevación vicaria de otros, siempre otros: heroicos pueblos vietnamitas-metalúrgicos-de-Córdoba-combativos-obreros-de-Villa-Constitución-y-gloriosos-compañeros-de-la-otra-sección, que nunca de la nuestra, porque dentro de todo a nosotros nos va muy bien, que si no, tendríamos que enfrentarnos a nuestro propio jefecito, a nuestros

propios patrones, a nuestros propios líderes que tanto nos forrearon y nos forrearán mientras protestamos por la desolación del mundo, tan forreado él. Y yo creía que tenía bastante razón. Pero que exageraba como un cochino. Porque ninguno de nosotros dos podía decir que los izquierdistas eran nada más que eso o que los derechistas fueran menos hipócritas, que respetaran más sus propios valores, sus sacrosantas familias, sus idolatradas lealtades personales, su cacareado coraje. Pero eso lo pensaba yo porque aún era de izquierda. Él la había repudiado a los catorce años, cuando lo echaron de la Federación Juvenil Comunista por el escasamente ocultable desviacionismo de usar el pelo largo. No tan largo como para que lo encarcelara la policía de Onganía, pero sí como para superar los márgenes de tolerancia de los llamados comunistas. Desde entonces era un “anarco-derechista”, pero acentuaba su anarquismo y olvidaba su conservadurismo cuando despotricaba contra la izquierda.

—Bueno, entonces quedate tranquilo, porque no hicieron nada —le dije. Pero Mario me sorprendió sorprendiéndose.

—¿Cómo que no hicieron nada? ¿Rajaron a su ídolo y no hicieron un carajo? —la furia anarquista le hacía olvidar que eso había sido exactamente lo que él había predicho.

—Bueno, tanto como su ídolo no era. Barnes era un tipo popular, nada más. Le caía bien a todo el mundo. Pero no era líder de nada. Además, después hicieron correr la bola de que el pibe se estaba garchando a la mina de Gaitanes. Seguro que era camelo. Pero parece que por eso Barnes no quiso apretar a la Interna para que hiciera quilombo. Y aparentemente eso le sirvió de excusa a todo el mundo para dejar las cosas en el aire.

—¿Decían que se garchaba a la mina del hijo? ¿No?

—¡No, qué a la mina del hijo! ¡A la del viejo Gaitanes!

—¡¿Y, turco, cómo querés que no lo rajaran?!

—¿¡Pero, huevón, no te digo que era camelo!?

—¿Por qué estás tan seguro?

—Porque toda la gente razonable, que no son muchos, pero los hay, dicen que todo era un delirio de Gaitanes. Parece que la pendeja se metió en un taller literario que dirigía Barnes. El viejo, que le debe llevar a la piba como cuarenta años, no se lo bancó y eso bastó para que lo rajara.

—Es medio raro que un empresario deje que se filtre una bola así, que lo deja tan mal parado. ¿No te parece?

—Es que ahí nunca se sabe quién hace correr las bolas. Todo es más misterioso que en un ejército. Mirá, a mí me encargaron hace poco traducir un libro de una especie de neonazi repugnante pero inconcebiblemente lúcido y aggiornato para ser conservador, y perdoname por lo que te toca...

—No es nada, turco, los conservadores también tenemos la lucidez de la indulgencia.

—Gracias. La cuestión es que no pude dar hasta ahora con una versión razonable de qué carajo quieren hacer con el libro. A mí me dijeron: “lo necesita Alonso”. Así, a lo misterioso, como siempre.

—¿Fermín Alonso?

—Sí, el sociólogo. Ya dirigió una colección de Turba, hace unos años. Pero yo no supe que se esté por lanzar una nueva colección. Por el tono con que me lo dijo el editor, Mejía, parecía que Alonso simplemente les había pedido que se lo tradujeran porque lo necesitaba él para uso personal. Traté de averiguar si Alonso entiende alemán, para saber si pudo haber necesitado que se lo tradujeran para leerlo él. Pero no pude. Y no les pregunté directamente a ellos porque esa es siempre la fórmula infalible para que se abroquelen haciéndose los clandestinos. Hay que esperar que se les escape a ellos la verdad. Pero la verdad de Barnes no creo que se les escape nunca.

—¿Che, cómo es eso, hay un editor además de Gaitanes padre e hijo?

—Sí, por lo menos tuvieron ese realismo. Administrar estancias y procesadoras de granos no es lo mismo que editar folletos, libros y videos. Igual, el viejo mete la cuchara absolutamente en todo, por lo que se dice. El hijo no existe. Es un imbécil bulímico. Se supone que es muy bruto solo porque lo apasionan los deportes, no por estúpido. Pero desde que lo conocí viene engordando un kilo por año. Sus famosos deportes deben ser las comidas.

—¿Cómo fue a parar Gaitanes al progresismo?

—No, parece que siempre fue progre. Es un ex republicano español. La versión oficial dice que era un obrero, otros dicen que ya venía de una familia de guita. En todo caso, acá hizo mucho más guita fabricando zapatos en Córdoba. Cuando tus queridos conservadores de toda laya

hicieron mierda las industrias urbanas, el tipo metió toda la guita en campos y se convirtió en un superestanciero.

—Pero ¿y por qué Turba?

—Dicen que fue un berretín del hijo, que posa de ex militante, pero tal vez el propio viejo quería volver a la ciudad y no quemarse de nuevo con una industria. En realidad era la solución cantada para los dos. Porque Turba les dio acceso al jet set, que es lo único que les calienta a esta altura del partido. Se mueren por aparecer en televisión, en los diarios, donde sea. Como financian publicaciones, la juegan de intelectuales entre la farándula. Tal vez el viejo haya sido alguna vez menos cholulo. Pero en ese caso el hijo o los campos lo contagiaron hasta la médula. No se pierden una fiesta de la gente que es despellejada sociológicamente en sus publicaciones. De todas maneras para ellos fue una pegada también comercialmente. Turba les dio cualquier cantidad de guita.

—Bueno, ponete contento, que estás en una empresa sólida. Hoy en día eso no le pasa a cualquiera.

—Sí, eso me gusta... y no solo eso. Toda la idea de la editorial en cuanto a publicaciones me parece buena. Gaitanes aterrizó de afuera, sin tradición ni experiencia en el rubro y por eso lo renovó increíblemente, tanto por los productos que sacó como por los contenidos, que ayudaron a renovar bastante a la izquierda. La gran estructura, mezcla de editorial de libros y productora de textos periódicos y folletos, la tomó del Centro de Estudios para el Progreso Latinoamericano, que en su época de gloria llegó a tener más de cien personas. Por eso Turba como editorial es enorme, tiene tres secretarios de redacción en planta, además de los directores de colección de afuera. Gaitanes añadió la figura de un lector en planta, además de los externos, que leía de todo. Folletos y revistas extranjeras, y libros. Lo que se le antojaba. Era Barnes. Pero además Gaitanes añadió cassettes, videos, una estructura de diagramación fuerte para mejorar las presentaciones, y una diversificación enorme de contenidos. Publica desde novelas hasta libritos humorísticos. Con un toque por cada costado hizo algo totalmente distinto, nuevo. Pero es la renovación del vikingo. A hachazos. De las puertas para adentro todo es más bien la copia de lo que dicen criticar. Es la verticalidad absoluta. Y de los salarios, ni hablar. Con el

cuento de que era empresa nueva empezamos con sueldos no tan malos como para que no pudieran tomar a nadie, pero suficientemente modestos para que buena parte del personal solo entrara para hacer sacerdocio editorial. Solo que desde entonces están haciendo guita a carradas y seguimos igual.

—Turco, es una empresa. ¿Qué querés?

—No tiene nada que ver. Hay empresas de los colores más diversos que no son tan jodidas. Creo que es más cuestión de tradición nacional o continental. Pero además acá mismo la cosa no es siempre así. Mirá el propio Centro de Ediciones para el Progreso Latinoamericano.

—Así le fue.

—¿Tu ídolo Onganía no tuvo nada que ver con que se fuera al bombo?

—¡Pero si surgió gracias a Onganía!

—Sí, gracias a que echó a carradas de profesores de la Universidad, por eso algunos tuvieron que ponerse a editores. ¿Videla tampoco tuvo nada que ver?

—Ese no es mi ídolo.

—Ah, no, así es fácil. Bancátelo que es de tu bando... ¡No, pará loco, qué hacés, que esas muletas son durísimas! ¿Dónde fue a parar tu indulgencia conservadora? ¡Está bien, está bien! ¡Abajo Videla, abajo Massera, viva la santa cofradía de los fachos no asesinos! ¡Viva el inocente Pinochet! ¡No, guarda, loco! ¡Está bien! ¡Está bien! Me retracto, me retracto... En realidad tenés razón, no sé por qué me las agarré tanto con los Gaitanes, si en realidad todavía no estoy seguro de si lo que me jode más son ellos o la gente. Al final no te terminé de contar cómo fue que se borraron con lo de Barnes, fue increíble.

—Dale, soy todo oídos.

—Pero dejá quietas las muletas.

—Concedido.

—¿Te acordás que la última vez que hablamos yo te había contado que se iba a hacer una fiesta para lanzar un petitorio para que lo reincorporaran?

—Sí, hasta ahí me acuerdo.

—Bueno, la fiesta se hizo y salió muy bien. (Dicho sea de paso, ¿sabés que fue incluso después de esa fiesta que me acosté con Romina por

primera vez?). Para mí fue muy importante porque por primera vez en ocho años pude relacionarme con todo el mundo, a pesar de ser sapo de otro pozo. Hubo una miniasamblea tensa al comienzo de la fiesta, pero después de que se aprobó hacer el petitorio la joda siguió muy bien. Una maravilla, en realidad. Pero todo duró muy poco, o casi nada. Tanto lo político, o más bien lo sindical, como lo humano. Habrá habido unos tres días de entusiasmo, hasta que entregaron el petitorio. Lo firmaron casi todos. Y muchos se creyeron en serio que Gaitanes lo iba a reincorporar a Barnes. Pero Gaitanes hizo como si no se le hubiese entregado nada.

—¿Y eso qué tiene de increíble?

—Pará, te estoy contando... Lo increíble es que la gente hizo exactamente lo mismo. Pero lo mismo, ¿eh? No te estoy exagerando. Pasados los tres días de la recolección de firmas, no se mencionó más el tema para nada. Los últimos dos días de la recolección de firmas fue cuando corrieron los rumores y contrarumores sobre la mina de Gaitanes y Barnes. Después ni mu. Nada. Como si no hubieran presentado ningún petitorio. Y eso que lo firmaron todos. Salvo algunos jefes. Yo no esperaba tampoco que lo agarraran a Gaitanes a patadas. Pero se les fue la mano. Si ni siquiera la creía nadie, la historia de polleras. A lo sumo los más jodidos pensaban que Barnes habría hecho algo que no se podía contar. Hasta el día en que se entregó el petitorio todos seguían jurando que había que defenderlo. Al día siguiente, silencio total... ¿Vos sabés?, a mí mismo me había parecido que todo lo del petitorio podía no ser más que el producto de una noche de joda. Las fiestas son como espectáculos, como películas en las que uno mismo se mete: te quiebran lo cotidiano y te pueden hacer creer por un momento que vos y el mundo dan para cualquier cosa, hasta que dormís un poco y todo vuelve a ser la misma mierda de siempre. Yo pensé que podía pasar eso, y luego la gente iba a encontrar la forma de borrarse. Pero no de una manera tan alevosa. No podía entender cómo a nadie le daba vergüenza haber fantaseado colectivamente poco menos que con la toma del Palacio de Invierno, haber estampado la firma en una demanda concreta y después pasar días sin mencionar el tema siquiera tangencialmente. ¿Y sabés lo que dijeron cuando volvieron a hablar del tema, como un mes después? ¡Que todo era de lo más lógico, que habría sido absurdo que lo hubieran

reincorporado después de haberlo despedido! ¡Tendrías que haberle visto las caras, repitiéndose con lógica de mogólicos que si hubo despido no podía haber reincorporación! ¿Te das cuenta, tano? ¿Se puede ser tan boludo para no entender que por algo se debe haber inventado el verbo reincorporar?

—Turco, la lucha de clases no es un ejercicio de análisis gramatical.

—¡Ma' qué lucha de clases, tano! ¡Lucha de ovejas! Ahí son todas ovejas que tienen como pastor a la oveja más pícara del rebaño, el viejo Gaitanes, que está haciendo la mosca loca con sus publicaciones “progresistas” para después poder pavonearse bien gordito entre la farándula. No es que no entiendan. Es que tienen más cagazo que cabeza.

—Turco, ¿qué esperabas, la revolución en Turba?

—¡Qué revolución ni qué carajos! Pero no se puede pasar de la noche a la mañana de decir que se puede hacer de todo a fingir que se sabía que no podía hacerse nada. Si hasta se iban a formar grupos para preparar la supuesta campaña por Barnes.

—Vos lo dijiste, turco. Pasaron de la noche a la mañana. Si vos mismo me acabás de decir que la noche es para la fantasía. ¿Qué hacían los salvajes de noche alrededor del fuego? ¿Preparaban lo que iban a hacer al día siguiente? ¿Planificaban el trabajo, la caza, la pesca? No, turco, vos sabés que no. Se contaban historias. Historias de espíritus y de aparecidos, de magia, del mundo de los muertos. Esos ritos no los preparaban para enfrentar el día siguiente, los preparaban para dormir, para soportar ser nada como todos todavía lo somos, y poder soñar. Si los salvajes hubiesen pensado que podían cazar al día siguiente como cazaban los héroes de sus relatos, con armas mágicas y ayudas fantásticas, se habrían muerto de hambre, y hoy no estaríamos vos y yo charlando en este bar. La magia es divertida mientras no te la confundís con la realidad, turco.

—No me vengas con filosofías. No estoy hablando de la épica mundial, ni de los sueños telúricos de los zulúes, ni de tocar el cielo con las manos. Te hablo de un puto petitorio, de un recontramiserablerrequetempotecidito mamarracho de cinco líneas y menos de cien firmas, que se perdió en la nada con más magia que la que vos me atribuís a mí y a los zulúes juntos.

—Turco..., ¿sabés lo que me vas a decir ahora?

—No.

—¿Sabés lo que me vas a decir ahora, turquito?

—No, dale, decime.

—Ahora me vas a decir que vos no querés que la adventista se vuelva una diosa Shiva del amor, que vos solo querés que tu chupacirios congelada tenga un archirrequeemputecidito orgasmito de Walkiria que le ponga rubios los pelos de la concha...

—¡No, para nada! Un orgasmo puro y simple, como Dios manda. Y con la concha más negra que alquitrán, si es por eso.

—Dios no manda tener orgasmos, turco. Manda rezar mucho, apartar los malos pensamientos, casarse y tener cristianitos, muchos cristianitos, turco, de esos que tanto te gustan a vos. Bien negritos, en este caso, por lo que puedo suponer.

—Chupame un huevo, tano. A vos tampoco te gustaba tener hijos.

—No, pero me aggiorné. Hice mi perestroika y ya tengo tres.

—Más que perestroika hiciste la que quiere hacer Yeltsin, tano, una señora restauración.

Mario soltó finalmente una estentórea carcajada. De los chistes de los demás sí se reía.

—¡Turquito! No seas malo, no seas así. Si vos sabés que a mí me gusta Gorbi —y seguía desternillándose de risa, paladeando por anticipado el defenestramiento que solía augurarse para el primer comunista presentable.

—A la Thatcher también le gustaba Gorbachov.

—¡Y si la Thatcher era un genio! La voltearon de boludos. Todo el mundo hace ahora lo de la Thatcher. Aggiornate, turquito, haceme caso. No te amargués porque los de Turba se hayan quedado en el molde. ¿Qué iban a hacer? ¿Un quilombo? Al primer amago Gaitanes hubiera cerrado el kiosco. Le daba una patada en el culo a todo el mundo y ponía una pizzería en la Recoleta para la farándula, como decís vos.

—¡¿Ahora me vas a defender a los de Turba?! Hace un rato me decías que eran unos cagones y despotricabas porque habían dejado a Barnes en la estacada.

—¡Es que son unos cagones! Los progresistas son siempre unos cagones, turco. El nombre ya te lo dice todo, Turba: atacan en manada o se

cagan en las patas.

—No, para mí es al revés. A mí el nombre me irrita exactamente por lo contrario, por fingir un coraje que no existe. Para la gente que nunca estuvo en una manifestación la masa o la turba son sinónimo de cobardía. Pero para el que estuvo en muchas los cagones son los uniformados que te cagan a gases, a tiros o a bastonazos. A todo el mundo, incluso a la gente que en este país forma una masa a cada dos por tres, la masa le parece vulgar porque se supone que actúa fácilmente por imitación. ¡Pero por lo menos la masa se imita a sí misma! O imita a otros, y por lo tanto puede cambiar, puede crear. La policía o el ejército que la reprimen son un solo uniforme que no cambia nunca porque solo acata órdenes, como hace todo el mundo en la mayoría de las empresas de este país, y así nos va. Lo lindo de Turba es que alude a una masa que no es una copia de un ejército, como la de los desfiles del Primero de Mayo en la Plaza Roja, o como el plantel de casi todas las empresas de este continente. El diccionario dice, Turba: una multitud desordenada. Es todo un programa.

—¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¿Un programa para qué, turco? ¿Para saquear un supermercado? ¿Para hacer un pogrom?

—No me jodas, Mario. No me vengas a correr con esa. Por supuesto que no hay programa. Nadie tiene programa para nada a esta altura del partido, ni en la derecha ni en la izquierda, a menos que esté loco o sea un chupacirios religioso o marxista. Pero quise decir que es una idea que sirve como todo un programa, una sugerencia de síntesis del individualismo y el colectivismo, de la justicia y la libertad, una intuición o como lo quieras llamar. ¿Te creés que el pogrom organizado, prolijo, ordenado por un tipo, solo, tranquilo desde su escritorio es mejor que uno desorganizado, anárquico, cometido por una turba? No me compares un individuo civilizado con una masa de canallas, compárame la masa de canallas con un solo tipo, pero que también sea canalla. Y ahí vamos a ver cuál es peor. ¿Qué pogrom de la historia fue peor que el del individuo Adolfo Hitler aplicando organizadamente su delirio? La gente se olvida siempre de que la cosa se puso pesada de verdad en Alemania después, no antes de la Noche de Cristal, es decir, cuando la pararon con los pogroms supuestamente

anárquicos de las turbas antisemitas y el individuo Hitler tomó las cosas más directamente en sus manos y creó los campos de concentración.

—Yo no te comparé nada con nada. Pero por más vueltas que le des no me vas a convencer de que el caos es más saludable que el orden, turco. Querés inventar la rueda cuadrada.

—Bueno, justamente, ahora se está descubriendo que hay un orden de la gran puta en el caos.

—¡Ja, ja! ¡Seguro, un orden de la gran puta!

—Te digo en serio. ¿No leíste el otro día el suplemento científico de *Diario Argentino*? Está dedicado a la teoría del caos. Empezó en meteorología y mecánica clásica y ahora está por todos lados. En medicina, en mecánica cuántica, en lo que sea. Te ponen una pelotita rebotando adentro de una caja hermética irregular, sin rozamientos, y te dicen: el movimiento es rigurosamente determinado, obedece a leyes necesarias, pero si la dejás rebotar bastante tiempo no hay computadora ni dios que te pueda calcular dónde carajo va a estar al cabo de un buen rato. El movimiento se vuelve impredecible. O más bien solo predecible en términos probabilísticos, como el clima, y tenés que considerar la pelotita como si fuera una nube de gas. Ni qué hablar si empezás a sumar más pelotitas. Pero siempre se puede descubrir a largo plazo un cierto orden, una ley del caos.

—Turco, turco... Ya me lo imagino ese orden...

—No, te digo en serio, Mario. Te voy a conseguir ese suplemento. Es una belleza. Trae fotos en colores de algunos fractales, que son las figuras con las que se puede representar ese orden que se manifiesta a lo largo del tiempo en cualquier fenómeno caótico. Ahora está muy de moda. ¿No viste que todo el mundo rompe las bolas con la mariposa de Pekín?

—Ah, sí, eso lo leí varias veces.

—Es por una frase que dijo un tipo para ilustrar cómo en un sistema que entra en un proceso de tipo caótico las pequeñas causas pueden resultar magnificadas por la interacción con el resto de los componentes hasta generar grandes efectos. El tipo dijo que el aleteo de una mariposa en Pekín puede desencadenar minúsculas turbulencias que terminen desatando por amplificación un huracán en San Francisco. Me gusta como síntesis

superadora del individuo y la masa: sin aleteo no hay huracán. Pero solo a una mariposa con delirios de grandeza paranoicos se le puede ocurrir que ella provocó el huracán.

—Turco, si seguís así vas a terminar teniendo futuro en Turba, ¿qué te quejás? Cuando llegues arriba lo convencés a Gaitanes de que cambie el nombre de Turba por el de Turba Caótica y ya está. ¿Qué más querés? Y si te da plenas libertades le ponés directamente Masas en Pleno Estado de Despelote... No te rías, no te rías... Yo también hablo en serio.

—Es que me encantó tu propuesta de Masas en Pleno Estado de Despelote... De veras que me gustaría ver al menos un periódico con ese nombre. Pero Turba me parece mucho mejor. Solo que en Turba el nombre es una pose, un camelo. Y no solo el nombre. Hasta la propia militancia de los que laburan ahí es un camelo. Se supone que todos fueron grandes militantes, y por eso cumplen disciplinadamente el sacerdocio progresista, sin quejarse por el verticalismo o pedir aumento de salarios. Pero los únicos que parecen haber militado son unos dos o tres que no pinchan ni cortan, o los que terminaron yéndose. La mayoría de los que quedaron son demasiado pendejos para haber militado en nada.

—Yo oí siempre que eran mezcla de ex erpios y maoístas.

—No, eso es la mitología. Hay dos o tres jefes que hacen todo lo posible por dar a entender que estuvieron en alguna de esas. Pero cuando los oís hablar es evidente que tocan de oído. Como no tienen mucha idea del marxismo tienen que insinuar un pasado militante. Es como con Gaitanes Junior. Se supone que es bruto porque hace deportes. En ellos se supone que no tuvieron tiempo para leer ni siquiera el Manifiesto Comunista porque militaban mucho. El único tipo que tiene idea de algo es Mejía. Un viejo cuadro del PC, que pasó después brevemente por el ERP. Sin él Turba no existiría. Pero lo puentean todo el tiempo. El que manda es Gaitanes... Mejía es una rara avis. Un ex profesor de historia, más frío que una daga. Medio aindiado, con barba, que mira a todo el mundo no con indiferencia sino con una especie de desprecio activo. Nadie lo quiere. Pero yo le tengo gran simpatía. Porque me da una cierta garantía de cultura, y como de adultez. Hay otra gente culta en Turba, pero en general con mucho menos manija que él todavía.

—¿Pero la gente en general, en qué anda?

—En nada. ¿En qué va andar, tano? Por el ochenta y dos, cuando se fundó la empresa, era tácito que todo el mundo que laburaba ahí tenía que ser “revolucionario”. Sin militancia pero leninista. ¡La cara que me pusieron cuando les dije que yo era reformista y socialdemócrata, que mi ideal político era una cruce de PSD alemán y los verdes! Me compraron por trotsko, haciéndose los magnánimos, con indulgencia de stalinistas aggiornados, y les resulté un sucio reformista. Juraría que más de uno pensó que yo era cana. Ahora hace años que son todos socialdemócratas de la primera hora. Y a mí me da ganas de ir a laburar con el martillo y la hoz en la solapa, como ibas vos al colegio en los tiempos de Onganía, Mario.

—Pero, turco. Es justamente lo que te digo siempre. Todo en los progresistas es una pose, por eso desaparecen del mundo. Hacés el mismo diagnóstico que yo, pero te resistís a sacar las conclusiones.

—Ah, no. Ni mamado. No es el mismo diagnóstico.

—¿Cómo que no?

—Yo antes de quedarme sin nada, prefiero la pose. Prefiero la pose progresista a la reacción.

—Turco, ahí sí que te desconozco. ¿Preferís la hipocresía a la verdad? Me hiciste pasar decenas de noches en vela cuando estábamos en el Mitre dándome la lata sobre la autenticidad, la sinceridad, la ciencia, la verdad. Y ahora te cagás vos también en las patas. Ahora ya está, ya se sabe qué es camelo y qué es verdad. Ahora podés optar por tomar las cosas tal como son. Ya se experimentó con el socialismo y ya se sabe qué dio.

—Mirá, dejame contarte algo sobre la hipocresía. Hace un par de años conocí en una fiesta a un brasileño que estuvo viviendo un tiempo por acá. El tipo era blanco, de izquierda, muy macanudo. En la fiesta la gente le preguntó cómo se vivía allá el tema racial. El tipo contestó que el tema estaba totalmente “reprimido”. Que reinaba una hipocresía total, porque todos trataban bien a los negros de la boca para afuera, pero en el fondo los despreciaban. Salvo una vez al año cuando venía el carnaval. Entonces pasó algo muy raro. Unas minas bien chetas, que seguro que si ven a un morocho por acá salen corriendo, empezaron a despotricar contra esa hipocresía. Me dio una tremenda vergüenza ajena. Las chetas del barrio norte daban desde

Argentina cátedra de crisol de razas a un país que mal que bien terminó no solo dando mixturas de todo tipo sino gestando toda una cultura donde el elemento negro es el central. Yo le dije entonces al brasileño que prefería esa hipocresía que había en su país que la costumbre que hubo durante décadas en Argentina de llamar cabecita negra a cualquiera que tuviera una gota de sangre indígena.

—¿Y eso a qué viene?

—A que también prefiero que por cualquier razón o presión social los patronos se vean obligados a tratar bien a la gente, en lugar de que se puedan cagar en ella en nombre de la franqueza... Pero además hay algo que no entiendo, Mario. No sé por qué si vos lo ves así no lo admirás a Gaitanes. Tendría que ser tu ídolo. Si puede cerrar el kiosco y darle una patada en el culo a todos es que es otro seguidor de la Thatcher. Es un verdadero líder empresario a tu gusto.

—¡Ni por asomo! La Thatcher siempre tuvo las pelotas de decir agua va y te mandaba agua, turco, vos sabés que te mandaba agua. Te empapaba. Por eso con ella la gente sabía a qué atenerse y todo marchaba bien. Tuvo legiones de imitadores en todo el mundo. Gaitanes hace la guita vendiendo un vino adulterado que le nubla la cabeza a todo el mundo, pero en casa, si hace falta, los va a empapar a todos con agua de la canilla sin decir ni mu. Un tipo así no es un líder. Es un loco, un peligro. Ese sí que está jugando al carnaval. Por eso, turco, haceme caso. Quedate en el molde que te van a empapar. Seguí si querés con tu mariposa y tu turba caótica. Pero no hagas quilombo. Te lo digo en serio.

—¿Y quién te dijo que yo no me quedo en el molde? Yo solo...

—Sí, ya sé, solo puteás. Pero ya te veo venir, metiéndote en un quilombo con la misma obstinación con que buscás hacer orgasmar al pescado congelado que te enganchaste.

—Quedate tranquilo, tano. Yo los orgasmos los busco solo en la cama. Los de la revolución no me interesan.

—Pero es que es lo mismo. Los que tratan de sacarle peras al olmo la pasan mal, tanto en las barricadas como en la cama. Dejáte de quijotadas horizontales y verticales. ¿Por qué mejor no te casás?

—¿Contra quién, tano?

—Con tu puritanita. ¿Con quién te vas a casar?

—Ahí sí que la hiciste linda. Estuviste más de una hora tratando de convencerme de que la largue y ahora querés que me case con ella...

—Casate o largala, turco, da lo mismo. Pero no rompas más las bolas con el orgasmo porque van a terminar los dos en un loquero.

CAPÍTULO 4

Los meses que siguieron al despido de Barnes quedarían más tarde en mi memoria como un oasis de paz. El mundo de Turba se había llamado nuevamente a sosiego, y entre Romina y yo habíamos terminado por labrar una rutina que tapaba con un manto piadoso de pequeñas satisfacciones la angustia recurrente de nuestro desencuentro fundamental. Habrán sido como seis meses en los que no pasó literalmente nada, ni para bien ni para mal, al menos en lo que hace al mundo real. Los días se confundieron en una sucesión apacible de salidas al cine o a cenar, de encuentros con los amigos, que terminaron por conocer a Romina como mi presunta pareja definitiva, de páginas traducidas con el distanciamiento profesional de quien ha dejado de creer que un libro puede torcer el rumbo de alguna cosa.

Pero lo que desde las turbulencias posteriores aparecería en retrospectiva como una tregua, como un respiro capaz de desatar la mayor nostalgia, evocó en su momento más la inmutabilidad opresiva de una cárcel que la monotonía complaciente de una felicidad vulgar. Fueron días de angustia, de ensayo y error, de búsqueda desesperada. Quería lograr un cambio en mi situación que me permitiera terminar de recoger una felicidad que asomaba provocativa al alcance de la mano y se retiraba indefectiblemente cada vez que yo hacía un gesto para alcanzarla. Mi vida hasta entonces no había sido un reguero de satisfacciones, pero tampoco había parecido ofrecerme mucho. Ahora me ofrecía o simulaba ofrecerme casi todo lo que más había deseado, y me hacía sentir así por primera vez plenamente responsable de mi infelicidad.

Apremiado por ese sentimiento de culpa ante el propio fracaso y por la promesa de satisfacción reluciendo en los ojos de Romina y en el puesto de lector inesperadamente vacante en Turba, estaba dispuesto a cualquier

esfuerzo y a cualquier cambio. A empezar desde cero para reconstruir mi personalidad completamente si era eso lo que necesitaba para alcanzar la paz. Ya no había nada en mi personalidad que me pareciera irrenunciable. Mi propia ideología estaba en suspenso desde hacía bastante tiempo, había empezado a estarlo aun más desde que había conocido a Romina, y el entusiasmo sindical en Turba se había esfumado tan rápido como había aparecido. Confiaba en que bastaría con seguir la orientación de mi intuición para evitar hacer algo de lo que luego pudiera arrepentirme demasiado, o que me resultara tan ajeno que solo pudiera realizarlo mal.

Pero pronto descubrí que no bastaba con mi disposición, por más osada que fuera, porque el sentido de los cambios necesarios no era tan evidente como había parecido al comienzo. Adoptando una dureza agresiva que antes me hubiera resultado inconcebible había logrado entablar con Romina, desde aquel domingo extraño, una relación completamente diferente de las que había tenido con otras mujeres. Era una relación más directamente sexual, de mayor atracción mutua, y mucho menos parecida a una mera amistad o a un compañerismo con cama incluida. Ella misma contribuyó a subrayar ese carácter al hacerse colocar ya al poco tiempo un espiral, algo que su Iglesia no condenaba pero que para ella representaba una complicación que nunca había pensado que iba a necesitar resolver. Pero paradójicamente esa relación tremendamente sexualizada se daba con una muchacha que aparentemente nunca había disfrutado del sexo y que aun conmigo solo lograba, entre cada período de frigidez absoluta, una excitación extraña, distante, difundida en todo el cuerpo, en los ojos, en los pechos, o en algún rincón insondable de su alma, pero nunca suficientemente focalizada en su vagina como para acercarse al orgasmo.

Dediqué semanas a explorar metódicamente la geografía de su sensibilidad, e infinitas charlas a sondear el mundo de sus fantasías, y solo encontré desiertos o espejismos tan fugaces como su excitación. Pero siempre que mi deseo estaba a punto de morir de sed, volvíamos a embarcarnos en una danza excitante, de tigresa y domador, de esclava y amo. Intentaba hacerle una caricia, me rechazaba. La traía hacia mí justo con la violencia necesaria para sacarla del encierro de su terquedad, se plegaba aún arisca, indócil, reservándose en el entrecejo fruncido, en las

comisuras despectivas de sus labios, el derecho a una protesta íntima pero esencial. Debía esforzarme en ver en esos signos mudos de una protesta latente la señal auspiciadora de que había logrado quebrar su indiferencia fundamental. Y muchas veces la esperanza se confirmaba. Seguía forzándola, la besaba con brusquedad, tirándole del pelo hacia atrás o con algún otro gesto de dureza o desprecio, y la protesta latente se convertía en gemido, el ritual del sexo podía empezar. Al comienzo fue eso todo lo que pude lograr. Pero con el paso de los meses los gemidos fueron convirtiéndose en una rápida introducción que daba paso a las palabras.

Romina, que había ostentado en un comienzo un récord imbatible de parquedad, se deshacía entonces en palabras, casi siempre las pronunciaba con tan inesperada convicción y calentura que salían de su mutismo habitual como rompiendo una cáscara de simulación para sacar a luz una verdad remota y deliciosamente bestial.

“¡Qué macho sos!”. “¡Qué hombre!”. “¡Qué bien puestas tenés las bolas, Ricardo!”. Largos meses me tuvo obnubilado con esas frases, pronunciadas en los precarios picos de excitación, entre beso y beso, entre el ir y venir de nuestros sexos, con el asombro de un descubrimiento, como si en esos meses, esas semanas, esas horas, hubiera estado poniéndome a prueba con una frigidez fingida, para ver si yo satisfacía cifrados requisitos naturales que me abrirían las puertas de su verdadera sexualidad. Pero pese a la aprobación contundente de sus palabras, las puertas no terminaban de abrirse jamás. Apenas se entreabrían, insinuaban, hacían más imaginar que vislumbrar. Y cuando uno se cansaba y empujaba los portones, decidido a quebrantar de una vez la voluntad propia y la ajena, la magia se quebraba como un juguete descompuesto, un mecanismo delicado al que no se había sabido destrabar. Bordeé la violencia verdadera, las bofetadas, las amenazas, los castigos en la frontera de la virtualidad erótica y la burda realidad, y si no entré muy de lleno en el campo despojado de los actos, si todo cabalgó en esa época más sobre la fantasía y las palabras que sobre la acción, fue porque ya en el umbral de los hechos se veía que cada dirección conducía a un callejón sin salida, a poco que uno comenzara a transitarla.

Creo haberlas transitado todas. Cuando el camino del amo se me cerraba, no dudaba en recorrer el del esclavo. Ya no la llamaba mi hembra,

ni mi esclava, ni mi puta, sino tal como la sentía en esa nueva sintonía: mi diosa, mi ama, mi señora. Ya no la sometía a la ley de mi deseo sino que descendía a sus pies a buscar la dictadura de todos sus caprichos, el gobierno de sus más despectivos olores, el régimen implacable de sus ojos y su sangre. Si un desacuerdo surgía a lo largo del camino, no huía hacia atrás, sino hacia adelante. Me plantaba ante los ojos glaciales que habían perdido la inspiración de la hora y los exhortaba a buscar en el pasado la furia y el viento, a resucitar la sed de venganza, a tomar el desquite por la hombría que había pasado aplastando voluntades por su cuerpo. “¡Pegame!”, le decía, le imploraba, le ordenaba.

Ponía mi cuerpo, aún endurecido por la luz de las primeras palabras sumisas de ella, al servicio de su aroma de hembra primordial, mi cabeza de macho alumbrado por sus primeros asombros se inclinaba ahora a merced de lo que la dueña quisiera mandar. Pero la orden no llegaba. El ama no mandaba nada. La mano no levantaba vuelo, y la bofetada moría en un manotazo perezoso. ¿Porque esa diosa la inventaste vos, turquito? No, porque los coros necesitan al menos de dos voces para funcionar, y yo no lograba enseñarle a cantar. Privada de su eco, mi voz enmudeció. Todo se volvió aun más repetitivo y monótono. Hasta mi propio deseo inveteradamente caudaloso terminó secándose en los desiertos de Romina.

Tal vez ahí fue cuando comenzó nuestra verdadera historia. Primero recurrí a lo obvio. Acepté lo que cualquiera hubiera sugerido, aun sin tener la facilidad de juicio de quienes opinaban sin terminar de ponerse verdaderamente en mi lugar: decidí separarme. Pero lo que siguió a partir de esa decisión terminó de convencerme de que algo especial había en esa relación. Algo que no podía encararse con la ligereza de un enfoque habitual.

Estábamos en una pizzería cuando le dije por primera vez que teníamos que terminar. Había elegido que fuera ahí, después de una salida al cine, para estar lejos de mi periscopio, como ella había empezado a llamar cariñosamente a mi departamento. Quería que hubiese la menor carga de nostalgia posible en la situación para facilitarnos a ambos las cosas. Ni siquiera le avisé que esa noche habríamos de hablar de algo especial, porque temía que ella se ilusionara pensando que podía ser una buena

noticia. No me equivoqué al suponer que esa confusión habría sido posible, porque cuando empecé a hablar el rostro se le heló como si estuviesen anunciándole la tragedia más inesperada. Miró petrificada hacia un punto que estaba más allá de mis ojos, en la línea de fuga de mi persona, allí donde tal vez suponía que se encontraba mi alma o el manojito de neuronas responsables de lo que le estaba diciendo, y dijo, con la primera voz quebrada que le conocí: “¿Pero por qué, mi amor, por qué?”. Apenas tuve tiempo de volver de mi asombro por esas palabras —incomprensibles después del monólogo interminable que yo había usado para exponerle mis razones, para glosar nuestras incompatibilidades— cuando la adventista me sorprendió mucho más brindándome una imagen que nunca pensé que iba a llegar a contemplar. En sus ojos de esfinge, que ya me había acostumbrado a imaginar como esculpidos en el hielo, unas lágrimas comenzaron a formarse, y mientras la terca rigidez de su garganta lograba repetir como un dispositivo de defensa automático la pregunta del por qué, un diminuto torrente de llanto rodó por primera vez ante mis ojos por las mejillas de piedra de Romina.

Para mí, el sacudón fue tan grande que abandoné instantáneamente mi propósito de dejarla. Una hembra que parece moldeada en un témpano no necesita deshacerse en lágrimas para derretir a cualquiera. Le basta con una mínima señal de que el llanto le es posible para provocar la impresión de que ha ocurrido una conmoción demoledora en los cimientos de la vida. Si me demoré aún unos minutos en proclamar mi retirada fue solo para seguir disfrutando —aun dentro de la infinita tristeza que me inundaba— del descubrimiento inefable de esa insospechada sensibilidad al abandono, que casi era suficiente para consolarme por la falta en Romina de otras sensibilidades más útiles para unir dos destinos.

Pero el llanto silencioso y corrosivo de la adventista demostró ser aun más fugaz y elusivo que su calentura. Mucho antes de que yo decidiera mostrarle que sus lágrimas habían ganado la batalla ella había descontado ya el pagaré de la victoria y se había gastado el monto íntegramente en el tendido de nuevos distanciamientos. Tras un momento de vacilación y cálculo, comprendí que ya era tarde para intentar hacerla llorar de nuevo. De modo que busqué la confirmación de aquella señal vital allí donde al

menos episódicamente había logrado antes encontrarla, en la inusual sexualidad de Romina.

La obstinación tuvo su premio. Inusitadamente, ella reaccionó desde el inicio incluso a la aproximación sexual tierna, que la dejaba habitualmente indiferente. Y luego, el recurso rutinario a los esbozos de violencia, usualmente imprescindible para sacarla de la indiferencia, permitió alcanzar nuevos picos de respuesta, como si antes esos gestos se agotaran en su función de precalentamiento y ahora, suplida de un modo aun más radical esa función por la amenaza de la separación, pudieran desempeñar un rol de combustible de mayor aliento.

Creamos así una nueva rutina, donde mi impostación viril se iba desgastando a medida que disminuía la respuesta de Romina y mi consecuente desánimo desembocaba inevitable en un anuncio de separación. Ella me convencía entonces con sus lágrimas de que todavía era capaz de sentir algo, y recomenzaba un nuevo ciclo, dominado por la ternura, que daba luego lugar al crecimiento de la simulación violenta a medida que aquella iba obteniendo menos resultados. Digamos: hielo > cachetazo > suspiro > beso > hielo > separación > lágrimas > beso > suspiro > hielo.

Al comienzo, cada eslabón de la cadena se las ingenió para intensificarse un poco, sin desmedro de los otros, como el espacio creciendo simultáneamente entre todas las galaxias en las teorías de la expansión del universo. Pero basta contemplar esa secuencia para comprender que, aun con un crecimiento generalizado, a la larga predominaba el hielo. Por eso, entre los otros eslabones, el que le siguió en crecimiento fue el que nacía del hastío: la separación.

Como el cachetazo; la separación dejó un día de ser un esbozo, y tuvo un desarrollo casi acabado. Incluyendo el surgimiento de otra relación. Nos separamos de verdad dos veces en ese período que podríamos llamar de nuestra prehistoria. Y en la segunda conocí a Eugenia.

Eugenia McCaffrey significó para mí unas vacaciones de Romina Sánchez tremendamente intensas. Pero así como todas las vacaciones profundamente logradas generan después de cierto tiempo una enorme necesidad de retornar al trabajo, el paso de Eugenia por mi vida me dejó el

alma limpia de dudas y dispuesta a recibir una vez más y para siempre la presencia corrosiva de Romina.

Eugenia era ligeramente rubia, tirando a rojiza, un poco pecosa, de piel lechosa y con un aroma entre de beba y de adolescente que tal vez fue lo que terminó dejándola fuera de juego. Al comienzo, todo eso jugó decisivamente a su favor. Todo en ella era un descanso de los interminables meses de esfuerzo que me había llevado establecer una relación mínimamente vivible con Romina. Su cultura de hija de profesionales de clase media. Su frescura abierta al diálogo. Su capacidad de escuchar desde el inicio en una sintonía similar a la de las palabras que le llegaban. Su disposición natural al orgasmo, sin una intensidad particular, pero también sin complicaciones que exigieran a su partenaire la adquisición de un arte recóndito. Su compañerismo apenas matizado por diferencias generacionales, que la hacían partir inopinadamente en busca de su independencia cada vez que la aproximación amenazaba con volvérselo excesivamente viscosa, ese compañerismo insobornable que le permitía retomar rápidamente para desmentir el distanciamiento con ternura a flor de boca cuando mis 36 años comenzaban a alarmarse.

Eugenia tenía veintidós, dos menos que Romina, y yo no dudaba de que si mis amigos la conocían la juzgarían mucho más linda que Romina. Y sin la menor duda, mucho más “normal”. Porque, salvo su izquierdismo, desactualizado para la década que comenzaba y que tal vez explicaba que hubiera atracado en mí, todos sus registros se daban siempre entre los valores medios de cada escala. Ni tan fría, ni tan caliente, ni tan culta, ni tan inculta, ni tan adulta, ni tan niña. Ni tan tan, ni muy muy en nada. Pero ni mis amigos ni nadie de mi entorno pudo conocerla. Porque a los dos meses me cansé de soñar que cogía con Romina y de pensar en ella para poder coger con Eugenia, y la fui a buscar.

Romina nunca fallaba cuando la tensión a su alrededor llegaba al máximo. Separaciones, tempestades, reencuentros y otros cataclismos la arrancaban de su letargo. Me recibió con una alegría tan poéticamente auténtica que me convencí de que algo maltenía que andar en mi cabeza como para que hubiera pensado en dejarla. Me festejó como nunca. Parecía un perrito brincando a mi alrededor. Ponía voz de nena. Ya lo había hecho a

menudo antes de separarnos, pero ahora lograba arrancar de sus propios fundamentos infantiles nuevos registros en la escala de la ternura, registros capaces de ablandar a una roca, y no dejaba de repetir: “Papi, Papi, volviste”.

Ya me había llamado “papi” antes, pero solo cuando cogíamos. Entonces había sido una vertiente más de un modelo sexual que ambos conocíamos. Pero en medio de ese reencuentro tierno, festivo y radicalmente inocente, el apelativo me impactó de manera muy diferente, con una resonancia literal que me hizo pensar por primera vez que quizá mis esfuerzos engegucidos por despertar la sensibilidad sexual de esa muchacha me habían abierto en su corazón un lugar mucho más importante del que yo pensaba. Un lugar enorme que me aspiraba y daba vértigo, y que resultaba tanto más incómodo cuanto que pese al poder inquietante que podía brindar no parecía servir en absoluto a los fines que habían presidido mis esfuerzos.

Desconfié de ese lugar desde el inicio, y traté de recuperar a brazo partido la dirección que me había fijado cuando decidí volver con ella. Cuando me preguntó por qué había vuelto, le dije la pura verdad, porque era en esa verdad animal, y lejos de toda inocencia, donde buscaba mi orientación.

—Porque extrañaba tu olor.

Me miró con cara divertida y ligeramente desconfiada. Sospechaba que había en mis palabras un halago, pero que estaba dicho en una lengua desconocida para ella. El elogio de su aroma salvaje se había llevado siempre la parte del león de mis tributos verbales a ella. Pero sencillamente la adventista no podía creer que alguien se guiara por el olfato para elegir mujer, y menos para desandar el camino ya iniciado con otra.

A decir verdad yo tampoco había sabido que ese era por entonces mi norte. Lo descubrí sencillamente cuando la tuve de nuevo cerca de mí. Tal vez mi cerebro había convertido ese olor criollo en una metáfora de la densidad particular que Romina tenía para mí en comparación con Eugenia, en un símbolo de la especial espesura psicológica de ella y de nuestra relación. Pero en ese momento a mí no me interesaba para nada comprender eso, porque la contundencia de su olor eliminaba todas las dudas respecto

del acierto de mi regreso a ella, y donde ya no hay duda todo conocimiento y toda explicación se vuelven superfluos.

—¿Pero cómo transmitirle esa certeza inesperada a ella?

—¿Por mi olor? —insistió.

—Sí. ¿Por qué te extraña tanto? También es porque sos hermosa y porque me gusta como sos. Y si te dijera que es principalmente por eso vos pensarías que es mejor. Pero el olor me parece mucho más representativo de una persona que su imagen visual, cambia menos que la imagen, menos que las opiniones, menos que la personalidad. Eso lo pensé siempre, pero solo con vos descubrí que a la hora de la elección el olfato es tan importante para mí como para un perro.

Al comienzo de la relación ese tipo de conceptos se los presentaba de a poco, se los iba insinuando y justificando con referencia permanente a la antropología o la etología para que le resultaran más digeribles y pudieran atravesar la cerrada malla de su protestantismo norteamericano y antediluviano, en el que el abismo de la creación separaba irreductiblemente la naturaleza humana de la animal, y convertía a esta en la encarnación del pecado, la mugre y el asco. Pero hacía tiempo me había convencido de que esas referencias eran contraproducentes, porque añadían a la diferencia de sensibilidades una polémica cultural en la que yo no tenía esperanza alguna de vencer y que solo creaba obstáculos suplementarios. Desde entonces me limitaba a perseverar en la afirmación de mi idiosincrasia, y como ella parecía no registrarla, había ido dándole una formulación cada vez más provocativa. Yo siempre había despreciado la obsesión por la limpieza. Pero frente a ella podía convertirme directamente en el trovador de la mugre. Quienes menospreciaban su propia parte animal me habían parecido siempre despreciables, pero para dejárselo en claro a ella era capaz de transformarme en un verdadero perro.

De hecho había vuelto a ella bajo el signo del perro, de un perro feroz excitado por el olor de su hembra. Pero me había encontrado con una chihuahua alegre y saltarina que me llamaba papi y me festejaba como a un padre pródigo. Con el paso de los días la adventista chihuahua fue arrancando uno a uno los dientes al perro feroz a fuerza de morisquetas, mimos infantiles y mohínes de niña adulta. Cuando me quise acordar estaba

convertido en un padre protector, comprensivo y compañero, que encontraba tiempo para enseñarle el mítico inglés, que abre en la fantasía de los pobres las puertas de todos los rebusques; a nadar, para que creciera en la lucha con el agua, y hasta a jugar al ping-pong, para que compartiera conmigo el cultivo de los reflejos, la danza veloz del cuerpo en su más precisa expresión.

En ese período de ternura infantil pero infinita no pude dejar de enseñarle cosas sin interrupción. La enseñanza, el adiestramiento, los aprendizajes pasaron a ser nuestro único verdadero intercambio, porque el sexo de Romina había vuelto a su aridez inicial y hasta iba logrando superar sus propias marcas de frigidez a medida que ella se entregaba desde su postura infantil a nuestra relación de manera más confiada e íntima.

Yo debo haber puesto una tenacidad especial, y además solo me lancé a enseñarle las cosas que dominaba, pero lo cierto es que Romina terminó sorprendiéndome con su capacidad para aprender todo lo que yo estaba en condiciones de enseñarle. Había que verla nadando en el mar, cuando su madre para dejarla partir de Salta a los peligros de la Capital y de la costa le había hecho prometer que nunca se metería al agua. Había que verla sumergiéndose y emergiendo en estilo mariposa apenas un mes después de haber puesto su primer pie en un piscina, cuando aquel primer dedo gordo remojado temblorosamente en el agua nos había costado horas enteras de explicaciones, órdenes, discusiones, ruegos mutuos... y hasta alguna bofetada —porque cuando las cosas no avanzaban los métodos recorrían todos los pasos que tan magro resultado habían dado con el sexo, pero que tan asombrosamente fructíferos resultaron con todas las otras cosas que intenté enseñarle.

Pero donde sobre todo había que verla era jugando al ping-pong con la delicadeza de una bailarina y la agresividad de un boxeador, después de haber pasado en los comienzos horas sin haber podido pegarle una sola vez a la pelotita. El ping-pong fue durante un buen tiempo el mejor símbolo del carácter que estaba tomando nuestra relación. Parecía reflejar sus corrientes más profundas. Visto desde afuera, desde la ignorancia de sus secretos y sus técnicas, o a través del juego de los inexpertos, el ping-pong no es más que un “tenis de mesa”, un producto subrogado y rebajado de un deporte

superior, aristocrático, su versión de salón para los días de mal tiempo o su forma plebeya. Pero los golpes más sutiles del tenis profesional son apenas burdos empujones simiescos comparados con los movimientos refinados, ágiles, milimétricamente autocontrolados o fulminantemente agresivos que exige el ping-pong mínimamente solvente.

Viéndola avanzar a Romina en el dominio del ping-pong no podía dejar de pensar una y otra vez en las teorías de Brockner, cuyo libro había quedado en mi memoria vinculado de un modo inquietante con Romina, por el hecho de que lo estaba traduciendo justo cuando la conocí a ella. Ese asombroso revisionista del conformismo se las ingeniaba para sintetizar todas las posturas reaccionarias que se sucedieron a lo largo de la historia en una reivindicación extremadamente conservadora de la democracia moderna. Me había sorprendido cómo un alemán como él, que encontraba lugar en su filosofía de la historia para dedicar elogios cruciales al revolucionarismo reaccionario de los nazis, lograba reservar también otro espacio para encomio de su antípoda tradicionalista, la aristocracia, y hasta alababa su preservación en Gran Bretaña por medio de la cámara de los lores. Sobre todo me había intimidado la fuerza persuasiva de su argumentación, la extensa justificación de las prerrogativas de la aristocracia por las virtudes troncales que ella debía supuestamente preservar para la sociedad, desde la osadía inicial de la conquista del territorio básico, hasta el refinamiento que se iba destilando con el paso de los siglos, y que según Brockner se infiltraba modernamente en los productos industriales “nobles” de Alemania y de otra sociedad aun más tradicionalista, la del Japón, y se plasmaba en su forma pura, gratuita, no utilitaria y ejercitativa, en los juegos y ritos de la nobleza.

Ahora podía tomarme una revancha de esa suerte de sentimiento de inferioridad personal e ideológico que me había asaltado al leerlo.

Si aristocracia era, como quería Brockner, destreza atávica en el manejo de las fuerzas más impetuosas e incontrolables de los seres y las cosas, era el ping-pong y no cualquiera de los deportes considerados aristocráticos el mejor instrumento lúdico para medir grados de nobleza. Y si aristocracia era también, como él decía, ambición, sed de conquista —y su instrumento — la agresión, el ping-pong parecía directamente su encarnación. En tenis

existe el juego fuerte como una técnica especial, pero aun para el principiante es imposible jugar al tenis sin pegarle fuerte a la pelota. La propia raqueta, con su peso y sus dimensiones, la cancha con su extensión, definen al juego como violento, arrancan a cada uno hasta su última reserva de agresión.

En cambio en el ping-pong el juego violento no es la única opción, sino la más arriesgada. La inercia que hay que vencer para jugar fuerte no es la de la paleta, que con su peso exiguo no tiene casi ninguna, sino la de uno mismo, la del propio temor. Temor a marrar el tiro en un juego donde el estilo cobarde y defensivo parece tener premio; temor a parecer demasiado ambicioso, temor a sentirse culpable por arriesgarlo todo cuando un golpe suave y conservador podría postergar la definición siempre un poco más y darle otra oportunidad al azar para intervenir en desmedro del contrario, que tal vez sí esté dispuesto a arriesgar y yerre el tiro. El tenis tiene una opción de juego suave, pero solo el ping-pong tiene la del juego tonto, que es la que elige invariablemente el principiante.

Sacarla a Romina del juego tonto, o mejor dicho, impedirle siquiera entrar en él apelando sin cesar a la provocación y al atizamiento de su ira y su agresividad fue extremadamente costoso, me demandó tardes enteras de esfuerzo, en las que más de una vez sentí que toda la situación demostraba irrefutablemente que yo estaba loco de remate. Pero a los pocos días, cuando ella comenzaba a reaccionar al pique de la pelotita en su campo soltando automáticamente su remate como un arma ciega y certera de disparo automático, sentí que la miel de la revancha ideológica subía por mis miembros profundamente flexibles, agilizados por las largas jornadas de juego, hasta alcanzar el lóbulo cerebral de la derrota, donde cada uno concentra todas sus humillaciones, para limpiarlo de amargura hasta el fondo e irradiar desde allí como un bálsamo que le endulzaba a uno toda el alma. Y más se la endulzaba cuanto más costaba.

—¡Vamos, vamos, con más odio, con más bronca! Siempre rotando el brazo y la paleta pero con más energía.

—¡Pero si le estoy pegando con todo!

—¡Con todo, las pelotas! La pelotita me llega muerta. Mejor no trates de darle energía, porque se ve que no te sale, te endurece el brazo y además

se te puede desviar el tiro. Dale odio. El movimiento tiene que ser idéntico al de antes, circular, pero con odio. Mete la bronca.

—...

—¡Más bronca! ¡Más odio! Reventala, hacela mierda la pelota.

—...

—¡Carajo! ¡Así, mirá! —y yo pasaba del tiro fuerte al remate violento, inatajable aun para un jugador experto desprevenido. La pelotita rozaba el campo de Romina como un suspiro, dejaba flotando en el aire un sonido delicado y esquivo, y se perdía entre las máquinas de videojuegos, que yo aborrecía por su ruido infernal y Romina por la sevicia suplementaria que añadían a la humillación de su parálisis frente al tiro al obligarla a buscar la pelotita entre sus carcazas horrendas, ante las que chicos, adolescentes u hombres, según los días, pasaban sus horas abstraídos como postes. El bosque humano iluminado por los videojuegos parecía registrar el acercamiento de la inusual deportista con un temblor sutil, ambiguo, que tal vez era percibido por ella.

Ni aun así lograba que Romina le pegara fuerte. Pero su rostro iba delatando una acumulación cada vez más grande de odio en su interior, y eso me sugería ya el nuevo paso:

—Romina. Odíame, desprecíame con toda el alma. Cagame a pelotazos.

—...

—Odíame como me odiás cuando me odiás.

Como si no supiera a qué me refería entonces, Romina seguía haciendo el torpe equilibrio del principiante entre la fuerza y la puntería, empeñada en demostrar con su inalterabilidad que mi alusión no había existido. Yo tampoco iba a cruzar la barrera para decirle: “Odíame como cuando te pego”, porque las escasas bofetadas verdaderas que le había dado eran una llaga demasiado ardiente como para que me atreviera a rozarla abiertamente con mis palabras, menos aun en público. No me quedaba otra opción que la insistencia, que el rodeo, para que aun sin reto abierto el calor en torno de la llaga se volviera insoportable y la hiciera reaccionar. Esperaba un poco más para ver si ella se decidía por fin a rematar, y ante la inevitable decepción, volvía a la carga:

—Si nunca me odiás, imaginate una situación en la que me odies tanto como para matarme y seguí cuidando que el brazo y la paleta roten bien.

A las dos o tres frases como esa el rostro de Romina se parecía demasiado, como para que existieran dudas, al que había puesto un par de veces en que quiso comunicarme —con holgado éxito en cuanto a detener mi propósito— que si le pegaba otra vez estaba dispuesta a hacer algo terrible, inconcebible. La alusión había sido finalmente aceptada. Tras uno o dos tiros más dubitativos, Romina empezaba sin transición alguna (¿pero había duda de que la transición tenía todos sus eslabones conscientes en su cabeza?) a rematar sin asco, con una violencia que yo alababa de inmediato y terminé envidiándole, y sin mayor puntería, como debe ser cuando un principiante o un experto inician los remates de un peloteo y se concentran más en alcanzar el nivel de energía y violencia que requiere el juego que en poner la pelota con precisión en el otro lado de la mesa. La muchacha estaba logrando frente a una mesa de juego lo que jamás había conseguido cuando yo la exhortaba a pegarme bofetadas.

Y pronto, asombrosa y envidiablemente pronto, los tiros de Romina se concentraban cada vez más, y con creciente violencia, dentro de los bordes de mi campo. Otro ciclo similar de apremios verbales se iniciaba entonces para que pasara del remate aislado a responder con sus remates a los míos y poder iniciar así un juego rápido continuo.

Mis instrucciones iban volviéndose cada vez más aisladas y del fárrago de los últimos señalamientos y elogios surgía nítida, reconcentrada y silenciosa la imagen danzante, ágil, fulminante, de una jugadora de ping-pong con una habilidad que yo jamás había visto en una mujer. Sus facciones indígenas comenzaban a relucir al calor de un orgullo cada vez más afirmado. Los nudillos de su mano derecha, con el codo que tenía la costumbre de levantarse un poco más de lo conveniente, evocaban en el drive casi los movimientos de un boxeador, desmentidos de inmediato por la sutileza intelectual del revés agudo, violento, a menudo más certero que el mío, que ubicaba con perfidia deliciosamente femenina la pelota justo en el rincón donde más me descolocaba.

Romina, a quien cualquier porteño hubiera llamado “la negra Romina” menos yo porque se había ofendido como nunca la única vez que lo hice

con intenciones afrodisíacas, durante un coito, la adventista de Salta que había leído poco más que la Biblia en toda su vida, la india de pelos gruesos, duros, hechos para soportar milenios de intemperie que podían condenarla en 1991 al papel de agradable objeto de contemplación folclórica y turística que los racistas democráticos del primer mundo reservaban a quienes no estaban dispuestos a dejar pasar “en excesivo número” sus fronteras, la criolla vulgar para cualquiera que no conociera sus berretines de reina incaica ni captara el refinamiento tormentoso de sus rasgos de cocktelera racial, aplastaba entonces grácil con sus pies (“¡Paralelos a la mesa, dejá de adelantar el derecho!”) a todos los Brockner y se levantaba por encima de todos mis temores a su altura de manojito de nervios privilegiado, de hembra sudorosa que dejaba sospechar entre remate y remate un crudo olor a vagina filtrándose entre sus piernas y espesado pacientemente en más milenios que sus pelos para marear a los machos mejor plantados.

Dúo particular, la criolla debutante de ojos inquietantes y el judío experimentado de rostro tímido enfrascados minutos interminables en el mudo diálogo danzante de remates, cortadas, saques y efectos. Un ballet escandido por el ritmo cronométrico del rebote blanco, puntual, sonoro, que acababa por llamar la atención de los postes humanos estacionados en los videojuegos. Un pequeño bosque de miradas, casi todas masculinas, se arracimaba entonces en torno de la mesa de ping-pong, y la adventista comenzaba a sospechar que existía un mundo donde la modestia impuesta por los popes de su secta no era necesaria, porque allí la ostentación no era falsa, no fingía lo que no se tenía, sino que exhibía la verdad inconfundible del propio goce.

Todo el placer que no había podido hacerle sentir en jornadas ininterrumpidas de esfuerzo erótico parecía subirle entonces a las mejillas, que mostraban el preciso grado de rubor de un gran tapujo moral cuando está siendo vencido por un deseo aun mayor. Asombrosamente diestra bajo las miradas que a cualquiera le hubieran hecho marrar todos los tiros, Romina emergía de esas pruebas delatando en el rostro una nueva solvencia que parecía no estar de ningún modo dispuesta a agotarse en el aplomo deportivo. Yo exultaba. Era la aristocracia no del linaje sino del esfuerzo, la

verdadera nobleza. Un diamante femenino producido al calor de un deseo incontenible; en primer lugar del mío, que me empujaba a dedicarle innumerables horas de mi vida con la esperanza, al fin lograda, de poner algo en movimiento detrás de esos ojos aindiados que habían prometido huracanes de energía y solo habían brindado brisas pasajeras. En segundo lugar, tal vez al calor del deseo de ella, que finalmente podía estar emergiendo, entrando en combustión como un grueso tronco al que se ha debido calentar con enormes cantidades de leños más pequeños hasta que se decidiera a arder.

Pero más allá, el fuego que estaba gestando con su calor ese diamante podía ser tal vez también el de los otros, el de esos ojos que le brindaban la misma admiración que yo le había prodigado muchas veces pero multiplicada por su número y por su anonimato.

Eso, por supuesto, no me hacía exultar, me inquietaba. Al comienzo fue incluso mucho más que una inquietud. Fue pavor. Un terror básico a perder no a Romina, que a esa altura del partido ni siquiera sabía ya bien quién era, ni qué podía darme, sino a perder ahí mismo todo, o al menos a perder algo que no sabía precisar qué era pero que representaba más que el propio todo, todo lo que pudiera tener valor para mí, y en primer lugar la posibilidad de no tener nunca más una mujer, si los lazos con Romina, que pese a todas las frustraciones eran ya muy profundos, podían tambalear por la experiencia relativamente banal (y rigurosamente ineludible en mi concepción posconciliar de los derechos femeninos) de que alguno de sus talentos floreciera en público a la vista de inevitables competidores sexuales. Pero luego me decía: “¿qué varón no pasa periódicamente por la misma?”, “¿quién no se deja llevar cada tanto por la propia inseguridad y lee en las mejillas sonrojadas de su mujer o en alguna turbación de sus gestos o sus miradas el deseo excitado por la mirada de otros hombres, cuando solo se trata de una timidez o una incomodidad cualquiera?”.

Mis propios celos no habían necesitado antes de tanta escenografía para adueñarse de mi cabeza en una danza macabra que me atormentaba, me azuzaba, me provocaba como provoca un rival, pero también la propia hembra, que tiene en el manejo oscilatorio de su interés, de su mirada, de sus llegadas tarde y otros sutiles desplantes un garrote potentísimo por si las

moscas. Desde el inicio, desde su demora de una hora en llegar a la primera cita, mi problema con Romina había sido que con ella las moscas parecían acechar permanentemente y el garrote perdía su efecto por abuso. Logré al comienzo que algunas veces me confesara que estaba llegando tarde para vengarse de alguna infracción: alguna mención de mi parte a una pareja anterior mía (los celos son más sabrosamente mortificantes a dúo), alguna demora mía que por mi puntualidad habitual ella cotizaba a una elevada tasa de cambio —una hora de retraso en ella se intercambiaba aproximadamente por cinco minutos de demora míos, pues es sabido cuánto más caros son los bienes escasos—, o alguna frialdad que yo le hubiera mostrado anteriormente en el trato y a la que ella aludía siempre con variaciones de la palabra “distante”, sin recurrir jamás a la familia de palabras vinculada con el frío para no aparecer de manera demasiado evidente como espiando la paja en el ojo ajeno a través de las ranuras de la enorme viga que tenía en el suyo.

Pero con el tiempo, y mediando los interrogatorios maratónicos que su mutismo imponía a cualquier curiosidad, pude convencerme de que la gran mayoría de sus llegadas tarde, de sus ataques de apatía, de sus reticencias iniciales a casi todas las propuestas de salida, o sus desplantes más irritantes, como negarse a acompañarme en escapadas que podríamos haber hecho juntos a la costa (y que a menudo yo terminaba haciendo de todos modos, solo), no respondían a ningún propósito consciente, sino que habían sido su “estilo” desde siempre, con todo el mundo. Quedaba una minoría de casos, los menos banales en todos los aspectos, que ella sí reconocía que obedecían a un objetivo prefijado: “mantener su independencia”.

Por respeto, por amor, por ideología y por el nunca ausente “sano interés” (sin alentar su independencia no existía esperanza alguna de “ponerla en movimiento”), no iba a ser yo quien frustrara tan legítimo propósito ni dejara de reconocer que en ciertos casos requería de conductas como las que tanto me molestaban. Pero por supuesto, tampoco dejé de indagar, con todas las armas de uso habitual en las parejas (oídos alertas a las charlas telefónicas con sus amigas, revisión minuciosa de carteras, bolsillos, libretas) y hasta con métodos supuestamente ajenos a tan

honorable escuela (apertura secreta de cartas), si la “independencia” no escondía alguna necesidad menos casta.

Pero no. La pesquisa implacable de mis respetables celos paranoides no pudo detectar el menor indicio de infidelidad. Ni bajo la forma de una inclinación, de una cierta “reverie”, de una ensoñación traviesa a la que las encuestas revelan desde hace décadas que dedican buena parte de sus ocios las mujeres de todo Occidente. No las puritanas adventistas. Su religión, que equiparaba el pecado “en pensamiento” con el que era de veras cometido “en acto”, parecía blindar a Romina contra cualquier deseo infiel.

Faltaba saber si eso servía de algo. Pero al comienzo yo no me lo pregunté demasiado —¿quién se hubiera atrevido a hacerlo?— y opté por la respuesta más tranquilizadora: que sí, que su aparente fidelidad de cuerpo y alma era útil, que nos daría a ambos el marco más seguro para atrevernos a calentarnos sin ponernos límites, sin temer que el fuego tan largamente buscado fuera finalmente incontrolable cuando apareciera y terminara calcinándole a ella todos los sustentos ético-religiosos que formaban buena parte de su identidad y su orgullo, y a mí ese carozo viril que temblaba por su pellejo cuando ella se demoraba demasiado en llegar a alguna cita.

Pero después vino el ping-pong. Y esas mejillas sonrojadas como para hacerse más de un pregunta, a uno mismo y a ella. Yo jamás había sido frontal con ninguna mujer en esas cosas. Era demasiado curioso como para espantar al pájaro acercándome bruscamemente y perder así la ocasión de oír su canto, aunque más no fuera para descubrir que estaba dirigido a otro y hacerlo volar para siempre de mi lado. Pero sobre todo tenía enormes tapujos morales, tanto más vigentes cuanto más flexibles, que apenas si habían dejado pasar entre sus rendijas algunas impostaciones machistas de pretendida función erótica y nunca me hubieran permitido rozar el ejercicio de una presión verdaderamente inquisidora para satisfacer mi curiosidad o calmar mis miedos, aunque fuera capaz de desarrollar una firmeza insospechada —aprendida sobre todo con Romina— y rayana en la violencia, cuando se trataba de enseñar algo útil a una muchacha empacada como una mula.

Tenía además, menos elegantemente, un poco la actitud del eterno postergado, del socialista demasiado consecuente o del narcisista soterrado

que espera que los demás reconozcan finalmente *motu proprio* los derechos y los méritos que le corresponden a él y siente que exigir su reconocimiento él mismo sería rebajarse o arrogárselos de prepo. Eso que un psicoanalista heterodoxo llamaría un mal amado... entiéndase, en los tiempos de la infancia. Alguien que solo está dispuesto a esperar que le den lo que precisa de los otros, porque arrancarlo para sí a la usanza occidental, cristiana, y tal vez inevitable, le parece algo ruin, o que solo puede generar como respuesta una entrega condescendiente e hipócrita, como la caricia más burocrática que maternal de una mujer demasiado atareada en emperifollarse para alguno de sus amantes y urdir excusas convincentes para su marido como para poder infundir a su mano la concentración del cariño, a la hora de tener que esquivar al más pequeño de sus hijos, camino de la puerta de calle que conduce a la aventura y a las cosas serias, a la verdadera realidad. De modo que mis preguntas a Romina debían sortear un campo tan minado por el derecho ajeno, los principios progresistas, la sensibilidad del pájaro y el terco laconismo de la muchacha empacada que parecían más caricias que preguntas. O si se quiere, más sesión analítica que escena de celos.

—Jugaste impresionante hoy.

—Se ve que le estoy agarrando la mano. Pero igual no alcanzo nunca a responder a tus remates.

—¿¡Cómo que no alcanzás!? ¡Si los respondías casi todos!

—No, los primeros, nada más.

—Los tantos del juego violento no duran veinte tiros.

—Bueno, pero yo siento que se terminan demasiado pronto.

—Es que además te estaba mirando mucha gente.

—...

—¿No te diste cuenta?

—Noté que había gente pero no presté atención. No vi si me miraban a mí.

—Yo creí que te dabas cuenta y hasta que te ponías colorada por eso. Me impresionaba cómo podías mantener el control de la pelota en esas condiciones. ¡Ya podés jugar en un campeonato con las tribunas llenas!

Ahí la adventista ponía una sonrisa reconcentrada, abrumadoramente inteligente, que decía “no me mientas, zalamero”, “¿y qué te pensabas, que

yo no daba para tanto?”, “¿por qué no dejamos mi juego tranquilo y pasamos a cosas más importantes?”, todo al mismo tiempo, en coro de luces y sombras sobre su rostro. Se veía que había almacenado los elogios implícitos en mis frases en un fondo inaccesible que ocultaba sus secretos, desde donde irradiaban ahora a la superficie empequeñeciendo todo en torno de ella: las mesas, las sillas del bar adonde íbamos después de jugar, mi persona. Mis preguntas morían bajo los efectos de la reducción microscópica, o se agazapaban a la espera de la noche, cuando la verdad de la cama devolvía a todo sus proporciones y volvía a demostrar que los problemas estaban, tenían que estar en alguna parte.

—¿Qué te pasa? —me decía, alguna de las peores noches, inesperadamente sensible al silencio donde yo trataba de encerrar las llagas que me acababa de producir una vez más su hielo.

—Nada. Estaba tratando de imaginarme qué sentís vos cuando cogés con tan poco entusiasmo.

—¿Lo decís por recién?

—Sí. Pero no solo por recién. En general. Daría cualquier cosa por saber qué sentís, qué pensás en esos momentos.

—Yo me sentí muy bien. Disfruté mucho. Pará de decir que no me entusiasmo, porque vos sabés que yo soy así. Disfruto mucho, pero no lo demuestro.

—Sí, sí, de acuerdo. Pero lo que me encantaría saber es cuál es la diferencia adentro tuyo, entre los momentos en que demostrás muchísimo y esos en los que como vos decís no mostrás nada, o mirás a la pared, o al techo como si estuvieras controlando la calidad de la pintura.

—Yo no veo ninguna diferencia. No veo eso que vos decís.

—...

—... Puede ser que haya momentos de mayor intensidad, como vos decís. Pero yo la paso bien en todos. Disfruto mucho.

Cuando uno tenía la paciencia para seguir, para insistir, que era casi siempre, alguna luz empezaba pese a todo a emerger del hermetismo rominiano, y el tanteo iba revelando líneas de menor resistencia que parecían conducir hacia la guarida de sus sentimientos. Un medio útil para avanzar por esas zonas era el intercambio. Fue confesión contra confesión

como logré hacerla hablar por primera vez de lo que pasaba en su cabeza durante los momentos de sexo, aunque nunca supe hasta qué punto lo que decíamos tenía que ver con la realidad, pues muchas veces yo mismo debía fabricar fantasías mías para convencerla de que me revelara las suyas.

—¿Sabés lo que para mí significa amar? —podía encararla de golpe—. Amar significa hacerse cómplice del propio amor. No combatir la propia debilidad frente al otro, sino aceptar el riesgo de alimentarla, de incentivarla para buscar una fusión total con el otro, aunque eso implique que la debilidad de uno crezca en secreto.

—No entiendo.

—Cuando yo me acerco a vos, yo noto que vos te alejás. Es como si se desdibujara la imagen del macho inaccesible que a vos te gusta, y entonces yo me cubro de una coraza para volver a atraerte. Pero a vos pronto te cansa eso también, y te volvéis a alejar. Entonces yo dejo de nuevo que seas mi diosa, apuesto con todo. Algunos días que no te veo hasta me masturbo pensando en vos. Es una forma de convertirte en mi ídolo inaccesible y de prepararme para intentar llegar a vos por otra vía. ¿Vos te masturbás?

—¿A qué te referís?

—A acariciarte vos misma, a excitarte sola.

—No, para nada.

—Qué raro. La mayoría de la gente lo hace alguna vez.

—No, yo no me acaricio sola. Creo que no podría.

—¿Tampoco te frotás los muslos y pensás cosas que te exciten?

(Sonrojada hasta la punta de los pelos:) —Ah, sí. Eso sí lo hago a veces.

—¿Y en qué pensás, cuando lo hacés?

—En nada.

—Yo pienso en vos. Y si estoy peleado con vos, a veces me masturbo igual y pienso en otras mujeres.

—...

—¿Vos nunca lo hiciste?

—¿Qué, si hice?

—¿Pensar en otros hombres cuando te masturbás?

—A veces, sí. Pero en general no pienso en nada.

—¿Y te excitás sin pensar en nada?

—Sí.

—Y cuando pensás en otros hombres, ¿cómo son?

—No sé. ¿Qué sé yo?

—¿Son hombres que vos conocés?

—No, nunca.

—¿Ni de la televisión, o del barrio?

—No, son tipos que no conozco.

—Pero ¿cómo son? ¿Rubios, morochos, jóvenes, grandes?

—No me los imagino tanto. Pueden ser de cualquier manera. A veces son jóvenes. Otras son viejos.

—¿No te imaginás tampoco las situaciones en que estás con ellos?

—Sí. En general me imagino que no los conozco y me los encuentro de casualidad. En el hall de un hotel, por ejemplo. Me imagino que estoy de viaje y conozco a un hombre en el hall del hotel.

—¿Siempre cambian los hombres?

—Sí.

—¿Qué es lo que más te excita de esos encuentros?

—No sé.

—¿Que nadie sepa que los tenés?

—No, me parece que el hecho de que son hombres que no conozco.

—¿Nunca les decís a esos hombres que sos adventista?

—¡Si te dije que no los conozco!

—Me refiero a las fantasías. ¿Las situaciones que te imaginás no incluyen decirles en algún momento a esos hombres que sos adventista?

—No, no pienso en eso en esos momentos.

—¿El anonimato de los dos se mantiene entonces siempre hasta el final?

—Sí.

—¿Nunca te imaginaste mientras cogíamos que yo era uno de esos hombres?

—No, nunca.

—¿No creés que si te imaginaras eso podría ayudarte a excitarte más?

—No. Cuando hacemos el amor me excita pensar en vos.

Oír palabras de amor puede a uno consolarlo de muchas malas cogidas. Pero no de infinitas. A la larga, el frío de la piel se impone sobre las

palabras más ardientes. Y cuando el frío llega al alma, el sexo ya no tiene salvación. Suena la hora de la pareja vegetativa. ¿Cómo salir de ahí si no es por medio de una fe irreductible? ¿Cómo construirla si no es sobre la base de suponer que todo es mentira y que hay en algún reducto inaccesible de esa mujer una brasa escondida?

Una de esas veces en que Romina parecía empeñada en voltear hasta mis últimas reservas erectivas con sus miradas a la pared o su cara de aburrida recordé con inquietud que en las últimas noches ella había llegado más tarde que de costumbre a nuestras citas. Es el tipo de constatación que normalmente desencadena en uno de dos cursos de acción: o la indagatoria, o el esfuerzo para reprimir los propios celos y no amargarse abriendo el paraguas antes de que llueva. Pero hastiado como estaba de su frigidez y persuadido más allá de toda duda razonable por mis pesquisas anteriores de que al menos en acto no me era infiel, incursioné con verdadero entusiasmo exploratorio por una tercera senda: empecé a imaginarme que ella no podía excitarse porque estaba conmigo y hubiera querido estar cogiendo con otro. No con un otro anónimo, como los que poblaban su imaginería autoerótica tal vez por mero temor religioso, no con uno que simbolizara como un emblema masturbatorio la comunión de nuestras impotencias, sino con uno bien concreto, de carne y hueso, con nombre y apellido, que la estaría demorando por las noches con uno de esos cortejos lentos pero sistemáticos que suelen marearle el corazón a toda histérica que se precie.

El primer sentimiento cuando uno imagina algo así es de humillación atroz, de derrota, de estar condenado a una inferioridad insuperable, no coyuntural sino mortal y definitiva. Y tal vez si yo hubiera tenido alguna prueba más tangible que su frigidez que me demostrara que ella quería estar de veras con otro, sencillamente no me habría atrevido a entretener mi mente un solo instante más con una suposición tan dolorosa, hubiera negado la posibilidad de ese deseo en ella o me hubiera separado definitivamente de Romina por mero instinto de conservación. Pero mis periódicos controles de sus efectos personales me suministraban garantías bastante confiables de que Romina seguía tan poco interesada en el sexo de los otros como en el mío, y sus amistades masculinas se limitaban de hecho a algún anciano de su Iglesia, algunos correligionarios jóvenes pero

casados, puritanos y aburridos hasta para ella, y un coprovinciano de 55 años, que tenía una vieja relación con su familia de los tiempos pasados en Salta, muchos hijos, un taller mecánico, y una cantidad de kilos en el cuerpo que le daban una envergadura nada apetecible.

Imaginarme en Romina un deseo volcánico que solo se refrenaba ante mi indeseada presencia era entonces un juego suficientemente protegido de todo contacto demasiado directo con la realidad y que tenía por eso mismo amplio margen para florecer sin riesgos explosivos demasiado evidentes. Seguramente fue esa protección lo que hizo que la misma noche en que empecé a imaginarme por primera vez a un rival fantasmático que estaba triunfando allí donde yo había fracasado pude pasar con un esfuerzo descomunal pero inesperadamente exitoso de la humillación infinita a un asombroso sentimiento de victoria: ¡por primera vez la frigidez de Romina no me humillaba, ni los celos me aniquilaban! Había aprendido a gozar con la contracara: su calentura oculta, soterrada, reprimida, dirigida en trenzas tortuosas de deseo, culpa y perversión hacia otro, como un fuego agitado, tormentoso, tan apasionante de ver, de sentir a distancia en todos sus subterfugios y sus trampas, en toda su agitación orgiástica, que podía disfrutarse como un espectáculo, por poco que uno supiera resignarse a no ser el protagonista de la escena. Era un juego delicado, que necesitaba de un equilibrio malabar de uno mismo y del entorno, pero que en las breves situaciones en que podía desplegarse adquiría tal dinamismo, se realimentaba con tal celeridad salvaje de los mismos elementos convocados para frenarlo, que podía transformarse en una criatura incontrolable, dispuesta a prosperar como la misma vida.

Prosperó hasta el hartazgo. Aunque libraba periódicamente combates ingentes para liberarme de ella, la fantasía sobre la sexualidad oculta de Romina resultó casi tan difícil de abandonar como la propia figura enigmática, esbelta e indeciblemente hermosa que la sustentaba. Me acostumbré a recurrir a ella cada vez que Romina me sacaba con su frigidez impenetrable las ganas de coger y hasta de vivir. Era como una droga de aplicación difícil y tortuosa, pero que siempre acababa por producir buena parte de los efectos que se esperaban.

Los mismos gestos de ella que antes me habían sumido en el desánimo se volvían ahora intrigantes y oscuramente afrodisíacos. Por supuesto que ya mucho antes había pensado a veces que si ella examinaba la pared mientras hacíamos el amor era porque hubiera querido estar con otro, y tal vez porque hasta tenía ya su amante. Pero mi reacción ante ese pensamiento cambiaba ahora radicalmente cada vez que yo mismo lograba decidir que era mejor que ella deseara a otro a que fuera de veras una frígida incurable. Ahora ya no exploraba esos gestos de frialdad y de aparente desprecio con la ansiedad del marido engañado que hurga entre los enseres de su esposa en busca de una prueba que le permita salir de la duda y tomar las drásticas decisiones del caso.

Más bien creaba yo mismo un mundo imaginario de infidelidades y desplantes con el que podía jugar en aras de mi propia excitación, para que no muriera de tanto contacto con el hielo, para que se mantuviera disponible, a la espera de esa combustión que algún día tenía que iniciarse en ella. Creer que una mujer lo desea a uno cuando ella contempla con olímpico desprecio los esfuerzos amatorios que uno le dedica es imposible. Pero suponer que ella tiene enormes reservas amatorias escondidas aunque aptas solo para otros está al alcance de cualquiera que esté dispuesto a correr el riesgo de la autodestrucción para encender el cuerpo de una mujer.

Yo no pude encender el de ella. Pero sí prolongué la excitación del mío mucho más allá de los límites que imponía la ausencia de una verdadera respuesta sexual en Romina, y sin duda ello contribuyó a que su propia respuesta pareciera alcanzar muy a cada tanto una modesta cima, una pizca más elevada que en el pasado. Yo mismo me sorprendí de ese resultado. Había entrado en ese terreno escabroso en parte movido por el mismo impulso temeroso que llevaría a alguien a recorrer cada rincón de una casa abandonada si por cualquier razón necesitara habitarla. Pensé que imaginarme la casa ocupada por peligrosos intrusos me haría más fácil enfrentarlos si de veras terminaba topándome con ellos, como era de esperar que me ocurriera con Romina dado el trámite frustrante que tenía nuestra sexualidad. Pero tras hurgar prolijamente en cada cuarto sin resultado alguno descubrí finalmente que podía vencer el miedo a esas presencias extrañas, que podía hasta desear profundamente que estuvieran

allí, acechantes, en algún lugar escondido de la construcción, porque esa vaga inquietud que aún me provocaban era la única prueba que yo podía tener de que el lugar era habitable.

Esos otros imaginarios estuvieron dentro de mi cabeza rondando nuestra relación durante meses. Eran los garantes de que la mirada caliente de Romina tenía un significado, de que su cuerpo desenfrenadamente sensual no era una broma injertada por el azar en una puritana pétéamente irredimible sino un mensaje de la vida, una sencilla verdad. Fueron compañeros infaltables de una pornografía fantasmagórica que pobló la mayor parte de nuestros coitos en esa época; temibles figuras de virilidad imbatible que aparecían sorpresivamente presagiando mi aniquilación y se esfumaban después como sutiles perfumes afrodisíacos cuando el cuerpo de Romina, un poco más excitado que de costumbre, imponía su casta realidad entre mis brazos y mi propia presencia de carne y hueso emergía al final heroicamente como responsable de tanto pase mágico. Durante un tiempo interminable solo con su ayuda pude imaginarme a Romina suficientemente excitada para poder penetrarla.

Pero como todo en la vida se gasta, las fantasías debieron hacerse cada vez más potentes, ricas, creíbles, para cumplir su función. Crecían y crecían por su propio impulso, por sus nutrientes, por la ejercitación, por el creciente dominio aparente sobre los propios celos, sobre los sentimientos de inferioridad, sobre la culpa y la depresión, por la excitación repentinamente liberada en apariencia de esas barreras internas. Pero también simplemente porque necesitaban crecer mucho, aun mucho más, para poder seguir desmintiendo la realidad. Porque constantemente se mellaba el filo con el que debían despedazar mi hastío, cortar las amarras de Romina a la indiferencia, tallar un refugio donde prosperara el amor mudo, retorcido, pero cada vez más evidente que empezaba a unirnos con una fuerza de hierro. Por eso, desde el interior secreto donde había florecido, mi pornografía íntima fue lanzando lengüetazos de fuego hacia el exterior, fue acariciando la realidad con sus llamas, para moldearla a tono con las necesidades de ese amor, aun a riesgo de un incendio incontrolable.

Un día me encontré finalmente tocando el tema en una conversación con Romina, empujado por la necesidad irreprimible de llevar las cosas a la acción para poder seguir creyendo en ellas, para que la función afrodisíaca de las ideas no desapareciera por completo. Le expliqué que yo pensaba que ella solo iba a poder asumir su sexualidad si atravesaba una etapa adolescente de experimentación con otros hombres. Si rompía en los hechos, aunque fuera de manera transitoria, con los preceptos monogámicos de la tradición y de su Iglesia, y aceptaba por un tiempo el placer como mandato supremo, sin concesiones a ninguna otra ley, a ningún otro interés, ni de pareja, de familia, ni de religión. “Para encauzar el instinto por las vías convenientes de una moral, primero hay que tenerlo, y vos mataste el instinto tan temprano que ni siquiera guardás de él un recuerdo lejano, es como si jamás lo hubieras tenido”, le dije.

Todo le pareció muy razonable, lúcido, incluso obvio. En teoría. Porque cuando me preguntó con cara de paloma herida si yo de veras quería que ella se acostara con otros hombres y yo le dije que más allá de mi deseo eso era lo necesario, y luego ella me preguntó que si más allá de lo necesario yo de veras lo quería, y yo finalmente le respondí, más allá de todo, del miedo y de cualquier verdad, aquello que necesitaba responderle para no amarrarla a la inacción, rompió a llorar.

—¡Pero entonces vos no me querés nada! ¿¡Cómo vas a quererme si no te importa perderme!?! ¿Si no te importa que me acueste con otros?

—Lo que me importa es que no hay pareja que dure sin sexo. Y vos no tenés sexo, Romina. No sé si eso servirá para que vos lo adquieras. Pero si tenés alguna idea mejor, decímela. Todo vale. La otra opción es la separación lenta o inmediata. Porque así no hay nada que pueda unirnos a largo plazo.

—¿Pero no te da miedo que a mí termine gustándome más estar con otro?

—¡Por supuesto, m’hijita! ¿Te creés que soy de piedra? Pero el miedo es el peor consejero. Si esa es la verdad, si vos podés ser una mujer normal solo con otro, que así sea, si tengo que perderte, no hay nada que pueda hacer para impedirlo. Porque de otro modo te pierdo igual. Te pierdo por aburrimiento mutuo, Romina. Yo no me casaría jamás con una frígida,

porque no querría tener hijos con ella, para tener que separarme después como todo el mundo que se casa con personas con las que no funcionan en la cama.

¿Se negó porque sintió el terror que yo tenía? Difícil saberlo, pero el terror yo lo tenía. Sí que lo tenía. De adolescente me había imaginado que el amor de verdad debía ser como el de Sartre y Simone de Beauvoir, libre, con apenas un acento especial en la relación principal. Pero bien temprano, por los veinte, me convencí de que no estaba en mis posibilidades alcanzar ese estadio presuntamente superior y si lo mantuve un tiempo más como modelo solo fue al modo de un ideal platónico al que renunciaba expresamente debido a la falta de condiciones en mi entorno para realizarlo: la escasez de dinero para los amoríos contingentes, la inexistencia en mí de atributos como la fama o la seducción que me permitieran acceder a aquellos sin un gasto exorbitante de tiempo y otras carencias circunstanciales servían de coartada para refugiarme en mis rutinas afectivas y preservar al mismo tiempo el ideal del amor libre de toda prueba con la realidad.

Más tarde, el tránsito de los utopismos radicales a otros más moderados me llevó a preguntarme si de verdad el desarrollo social conduciría algún día a parejas abiertas y al amor libre, y finalmente terminé reconciliando mis ideales con mi realidad, mis celos y mi contumaz monogamia, solo excepcionalmente alterada por alguna experiencia disímil. Entonces pretendí encontrar en la fidelidad y en la monogamia el único terreno donde una relación podía alcanzar la densidad de las cosas verdaderamente profundas y trascendentes, y aun arrastrando la duda culposa de quien se siente más filósofo de la propia resignación que sabio, dejé que los vientos de la moda arrancaran de mi cabeza mi viejo ideal afectivo tal como lo venían barriendo del mundo al influjo del renacer conservador. De modo que no había ya nada en mi propia ideología que pudiera volverme soportable la experiencia a la que había querido volcar a Romina. Nada más que la esperanza de verla arrancar sexualmente a ella de una vez y de vencer a los eventuales amantes que ella tuviera que tener, para poder quedarme finalmente con la hembra más hermosa con la que había salido, habiéndola convertido en una mujer completa.

Pero con su negativa esa opción desapareció, sin que muriera sin embargo la fantasmagoría erótica que me había movido a proponérsela. Esa pornografía secreta, amarga, dolorosa pero imprescindible para poder hacer el amor con ella, cumplió también otro papel decisivo en la relación. Me ayudó a seguir empujando a Romina hacia una independencia que mi ideología me obligaba a fortalecer en ella y que la propia defensa de mis intereses parecía exigir. Ejercitarme en la lucha imaginaria por atraer hacia mí el fuego que suponía dirigido desde Romina hacia otros hombres me dio el mínimo de confianza para atreverme a reencauzarla a ella con cierta calma por la senda de los estudios universitarios, donde descontaba que indefectiblemente aparecerían los intrusos de verdad, aquellos hacia los que no sería en modo alguno necesario que yo la empujara. Creía haberme preparado en la fantasía para las peores pruebas de la realidad. ¿Qué otra cosa podía pensar?

Mientras tanto, intenté seguir con los aprendizajes, que tanto nos habían acercado. Pero los resultados ya no fueron los mismos. Tal vez solo porque de algún modo había dejado para el final lo que intuía como más difícil para los dos, o lo que menos me interesaba enseñarle, el baile y la lectura. O quizá porque algo en los cimientos de la relación había sido conmovido de un modo muy fundamental como para que todo continuara como antes. Con el baile, el fracaso fue simple y terminante. La adventista no pudo deshacerse en lo más mínimo de los movimientos titiritescos con que las sectas norteamericanas trasplantadas aquí acompañan con distracción robótica los cánticos al Señor, aunque el Periscopio estuviese retumbando con los alaridos de Charly García, vibrara en todas sus maderas con una batucada brasileña o sometiese todas sus paredes al contoneo sinuoso de Rubén Blades. Ni el tableteo musical de Juan Luis Guerra, capaz de levantar de las tumbas a un ejército de amargados muertos de anemia y depresión, ese merengue almibarado y cortito que a ella misma le humedecía los ojos como si estuviera viendo una lluvia milagrosa de café bendiciendo el campo, lograba arrancarle la carcaza adventista enquistada en sus huesos. Bailaban sí, sus ojos, pero solo cuando el cuerpo descansaba

aun de los deberes piadosos sentado en una silla o recostado en un sillón. De pie, no quedaba en el cuerpo de Romina una porción capaz de sustraerse a los mil decálogos que la tironeaban en todas las direcciones menos una: la del placer.

La lectura defraudó mucho menos, pero siguió la pauta habitual de respuesta de Romina a las fuerzas más profundas de la vida: promesa inicial infinita, y colapso posterior, pese a que fue con el inglés uno de los pocos aprendizajes que pidió ella, y no que propuse yo. Inspiración mutua o golpe de suerte, la primera lectura no bíblica que hizo la dejó plenamente satisfecha y le arrancó un esbozo de aceptación de la verdad que podría haber en otras religiones que la de ella: *Siddartha*, la novelación libre de la vida de Buda por Herman Hesse, le pareció “interesante” y “noble”. Avancé entonces con *Demian*: su Abraxas, una cruz divina del bien y el mal, ya no le pareció tan noble y la novela, no tan buena.

Busqué el terreno más neutral posible. Le conté dos o tres cosas de Homero y le di a leer “El Inmortal”, de Borges. Ya lo estaba leyendo cuando comprendí que no me había acercado casi nada a la neutralidad: le había dado una apología de la mortalidad del hombre, la defensa más bella y brillante que yo conocía de la finitud humana, a alguien que soñaba con la resurrección de los muertos. Igual el cuento le pareció “inteligente” y “lindo”. Pero no quiso más cuentos. Quiso una novela que contara “cosas de la realidad, como *Siddartha*”. Manuel Scorza, entonces. Sorpresa, epifanía, y fiesta: la novelación de las revueltas campesinas peruanas y los esfuerzos de la izquierda por sacar de ahí algo duradero le pareció “impresionante” y “poética”. Pero de *Garabombo*, el segundo de los cinco volúmenes, no quiso pasar. ¿Un salto a lo grande entonces? No. La sinfonía magna de Vargas Llosa, *Conversación en La Catedral*, no la atrapó. “Algo más real, porque las novelas me gustan pero me cansan, porque no enseñan tanto, entretienen más de lo que enseñan”. Ni soñar entonces con García Márquez. Más bien ir al grano: *El mono desnudo*, un texto de divulgación del antropólogo Desmond Morris. Se lo había mencionado a poco de conocerla como un libro muy ameno que postulaba la función reproductiva del orgasmo en la hembra humana: a diferencia de la mona, la naturaleza la habría hecho a ella orgasmar para que se canse mucho y quede tendida

después del coito impidiendo la caída inmediata del semen que la posición erecta humana podría provocar en caso contrario. Lo empezó con entusiasmo. Pasaron los días y no tenía leídas veinte páginas. Silencio. Preguntas. Rápida indagación. Forcejeo. Finalmente:

—No, yo digo algo real en serio, eso es teoría evolucionista. Está totalmente superada.

—¿Quién la superó?

—En las universidades adventistas se demostró que es totalmente absurdo pensar que los animales vinieron unos de otros.

Pequeña clase de teoría evolucionista. Enojo creciente, indignación, verdadero huracán en San Francisco:

—¡¿Pero qué me estás enseñando?! ¿Te creés que yo no fui al colegio? ¿Te creés que soy estúpida? La conozco de memoria la teoría de la evolución. Pero eso no significa que tenga que aceptarla como una verdad incuestionable. ¡Vos te creés cualquier cosa que te venden!

Paciencia infinita. Imperturbabilidad oriental. Retirada ordenada:

—Bueno, dejémoslo para otro momento. Tampoco tiene tanta importancia.

—¡¿Qué otro momento?! ¡Lo que pasa es que vos no respetás nada de lo que hago o pienso yo! Te creés que sos el único que tiene la verdad, y repetís como un lorito lo que te dijeron en la universidad a la que fuiste vos. Pero no es la única universidad que existe. Hay otras formas de pensar y tenés que saberlas respetar. Ya todo el mundo cuestiona la evolución.

—No, al revés, Romina. Lo que a lo sumo se cuestiona son los mecanismos de pasaje de una a otra especie, no el hecho de que unas deriven de otras.

—¿Vos qué sabés? ¿Sos biólogo ahora? Te creés tan sabiondo y ni te enterás de que ahora todo está en discusión.

—Tenés razón, Romina. Todo está en discusión. Menos algunas cosas básicas. Lo que sí es cierto es que algunos científicos dicen ahora que las mutaciones por azar no pueden ser la única vía de aparición de nuevas formas de vida o ni siquiera la principal. Buscan fuerzas o procesos para explicar por qué la variación genética tiene tanta puntería para crear formas cada vez más perfectas y adaptadas al medio, y no se conforman con la

selección natural posterior como mecanismo de armonización entre la vida y el medio ambiente. Se dice de todo. Se habla hasta de “inteligencia genética” como guía de las mutaciones, pero eso, que ni siquiera está muy difundido, no niega sino que refuerza la teoría evolucionista. Es casi como sostener que la ameba, o la primera macromolécula que se formó, “busca” evolucionar hacia el hombre. Y que lo logró. Y no solo con ayuda del azar, sino por medio de alguna interacción desconocida entre los genes y el medio o lo que fuera. Eso sí, hay científicos que lo dicen a cada tanto, incluso desde hace tiempo. Pero que no sea solo por azar no significa que sea por la mano de Dios, creando uno a uno los organismos por separado. Todos dicen que unos derivaron de otros, Romina. Todos. Por eso la evolución fue lenta, por eso nada es demasiado diferente a nada, en la vida. ¿No viste que los huesos del ala de un pollo se parecen un poco a los del brazo de un hombre? Porque todo se hizo por pequeños retoques a partir de un mismo primer boceto, los primeros bichos de una sola célula, y cada nuevo cuadro se pintó usando uno anterior, y cambiando cada vez muy, muy pocas cosas. Los hombres y los pollos tenemos por antepasado común a los reptiles, ese fue nuestro boceto común. Si no, no tendría por qué haber ese parecido entre los miembros. Partiendo de cero, o del poder de un Dios creador, se podría haber concebido un ala que no tuviera nada que ver con un brazo terrestre, que no está hecho para volar sino para correr en tierra o agarrar cosas. Se podría haber creado un ala mucho más aerodinámica y mejor. Pero es imposible, porque solo se puede crear vida a partir de una vida anterior.

—Ricardo, no quiero que me des más libros para leer. Vos lo único que querés es adoctrinarme, hacerme igual a vos.

—¡Romina, los libros me los pediste vos!

—¡Mentira!

—Sí que me los pediste, a tu manera, pero me los pediste. Vos nunca pedís nada de frente, porque sos una reina a la que hay que adivinarle los deseos. Pero me dijiste que nunca habías leído nada fuera de lo que te ordenaban en el colegio, que querías empezar a leer un poco y que no sabías por dónde empezar. ¿Con tamaña biblioteca en mi propia casa no te iba a dar nada?

—¡Pero yo quería que me dieras libros para leer, no que me quisieras adoctrinar!

—¡Romina, yo por mí hubiera preferido que leyeras a Boris Vian, a García Márquez, a Lovecraft, a los que más despegan de la realidad, a los que la usan casi como una excusa para hacer cosas hermosas que nunca podrían pasar en la realidad! Porque eso es un mundo aparte que sí no se puede conocer a través de los diarios o simplemente viviendo la vida de uno. ¡Pero vos me dijiste que querías libros realistas, que las novelas te cansaban y te di un ensayo, nada más que eso! ¿Dónde está el crimen?

—Ahora tratás de confundirme como siempre. Pero los libros vos los elegís para cambiarme. Te decís muy tolerante, te decís muy amplio pero te molestan las diferencias. Te molesta que yo no sea de izquierda. Te molesta que no tenga tus ideas. Que no sea una intelectual. Te molesta mi religión. No podés aceptarme en nada como soy. No soportás ni mi manera de ser, ni mi manera de hacer el amor.

—¡Al contrario! Todo lo que estás diciendo es verdad si lo cambiás de signo, si lo decís al revés. Salvo lo de tu manera de hacer el amor. Te dije mil veces que una de las cosas que más me gustó de vos cuando te conocí es que no eras una intelectual. Y salvo cuando se trata del sexo o de algo que yo necesite saber para entenderte, también te dije que me gusta tu silencio, porque mi vida me la pasé hablando y de eso tuve bastante. Si tenemos problemas es justamente porque para mí en la pareja el sexo es lo más importante. Lo decisivo. Como te lo aclaré desde el primer momento. Con tu religión no me metí nunca, jamás. Ni me interesa hacerlo. Y esta es la primera vez que me entero oficialmente de que no sos de izquierda. ¿Y sabés por qué me entero recién ahora? ¡¡Porque nunca me interesó un reverendísimo carajo saberlo!! ¡Nunca te lo pregunté!

—¡¿Entonces por qué me estás dando todo el tiempo libros de izquierda?!

—Hesse nunca fue de izquierda. Su mejor novela es una apología de la sociedad jerárquica, que es el meollo del pensamiento conservador. Pinta una sociedad utópica, Castalia, donde se selecciona desde arriba, como le gusta a la derecha, a la élite de los creadores que tendrán derecho a unos aprendizajes apasionantes donde se mezcla y se recrea como en un

instrumento de música toda la cultura humana, desde la ingeniería a la poesía. Es *El juego de abalorios*. No te lo di porque a todo el mundo le parece árido, no porque fuera una apología de las jerarquías. Borges despreciaba a la izquierda. Llosa tiene una hermosa novela, que te pensaba dar cuando terminaras *Conversación en La Catedral*, donde se satirizan al máximo los peores defectos de una rebelión de pobres, y que la escribió obviamente para dejar mal parada a la izquierda cuando él ya se estaba cayendo del mapa, de tan a la derecha que se había ido en su país. Se llama *La guerra del fin del mundo*, y si querés podés empezar a leerlo hoy mismo, porque a mí mismo me encantó y lo tengo ahí. Morris no sé en qué carajo debe andar, pero el evolucionismo no es de izquierda. Es el ABC de la biología, para todos los científicos del mundo, de cualquier ideología. Al pensamiento conservador más extremista se lo llama justamente darwinismo social, porque pretende instaurar entre los hombres la selección natural. Scorza te lo di porque habla de la cultura andina que supongo que también debe estar todavía viva en Salta. Es el único izquierdista que te di.

—Entonces te las ingeniás para encontrar a los conservadores que critican las cosas en las que yo creo, Ricardo. No me vas a decir que no estuviste eligiendo a propósito lo que me dabas para leer.

¿Le iba a decir que no? ¿Qué escogía al azar? ¿Que le daba a leer solo lo que más podía alejarnos, lo que reforzara todo lo que nos separaba? ¿Las diferencias estaban para incitarlo a uno a aumentarlas o a disminuirlas? No le dije nada. Esperé que pasara la tormenta, confiando en que un cielo más despejado permitiría descubrir algún terreno más neutral. Después de todo, yo mismo había preferido entablar con ella los intercambios más alejados de cualquier contenido cultural y hasta de cualquier contenido a secas desde el mismo momento en que había percibido con asombro en aquella plaza que su orgullo se desplegaba de manera tanto más deslumbrante y seductora cuanto más contrastaba con los materiales precarios de los que se fabricaba. Era casi la definición misma de toda nuestra apuesta.